Georges Duhamel

Civilización

1914-1917

Premio Goncourt 1918

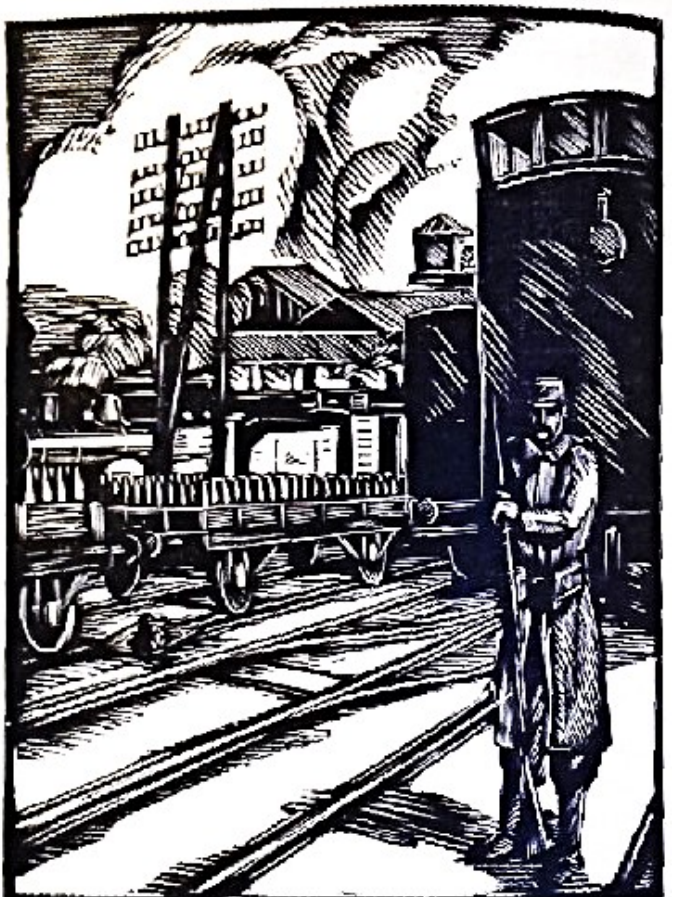
LOS PREMIOS GONCOURT DE NOVELA

I

PLAZA & JANÉS

LOS PREMIOS GONCOURT DE NOVELA

VOL. I



LOS
PREMIOS GONCOURT
DE NOVELA

✸

Francis de Miomandre
Alphonse de Chateaubriant
Adrien Bertrand
René Benjamin
Georges Duhamel
Marcel Proust
Maurice Bedel
Maurice Constantin-Weyer
Henri Fauconnier
Joseph Peyré
Maxence van der Meersch

PLAZA & JANÉS, S. A., EDITORES
BUENOS AIRES - BARCELONA - MEXICO, D. F.
BOGOTA - RIO DE JANEIRO

1964

© PLAZA & JANÉS, S. A., Editores, Barcelona

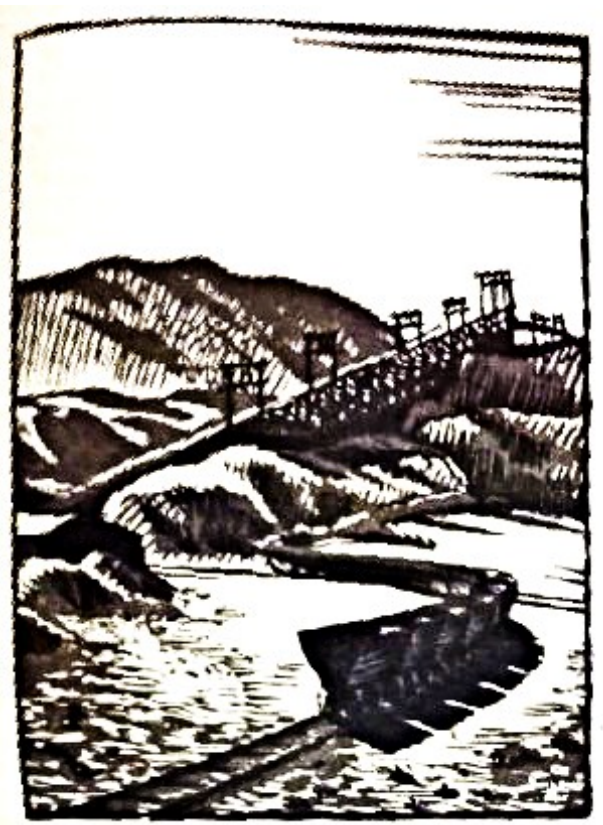
Printed in Spain - Impreso en España

Depósito Legal: B. 14114 - 1964 (I) Núm. de Registro: 4589 - 56

INDICE

	Págs.
FRANCIS DE MIOMANDRE: *Escrito en el agua,*	21
ALPHONSE DE CHATEAUBRIANT: *El señor de Lourdines,*	155
ADRIEN BERTRAND: *La llamada de la tierra,*	287
RENE BENJAMIN: *Gaspar,*	431
GEORGES DUHAMEL: *Civilización,*	601
MARCEL PROUST: *A la sombra de las muchachas en flor,*	731
MAURICE BEDEL: *Jérôme 60° latitud Norte,*	1217
MAURICE CONSTANTIN-WEYER: *Un hombre se asoma a su pasado,*	1359
HENRI FAUCONNIER: *Malasia.*	1499
JOSEPH PEYRE: *Luces y sangre,*	1651
MAXENCE VAN DER MEERSCH: *La huella del dios,*	1905

PROLOGO



QUIZÁ no se escriba nunca la **historia** *de la amargura en las letras. Y tal vez sea mejor así. Es fácil, en este terreno, confundir la amargura con el resentimiento, o mezclar una con otro. El resentimiento es una amargura de mala ley que, como todas las cosas de triste intención, es mejor no tener en cuenta.*

El investigador que hiciera este ensayo penetraría en un mundo de sorpresas. Lo existencial inauténtico se nos revelaría de pronto como una obra pura y exclusivamente humana. Quiero decir con esto que el hombre, despojado de su dios interno, a solas consigo mismo y acaso sin Dios, como los Goncourt, hecha su vida de desesperada vocación, de permanente sacrificio a ésta, resultaría no ser verdad, con todo y serlo. Sería algo así como la verdad impuesta y no la que se impone. Habría que entrar allí donde los hombres no dejan: en su yo trasconsciente. El investigador sentiría verdadero miedo y abandonaría su ensayo antes de empezarlo.

Pero si llegara ese día en el que alguien que no tuviera demasiado que hacer se enfrentase con esta tarea, con este tipo de angustia del que Kierkegaard no habló y que acaso pueda referirse a la pérdida psicosomática de la libertad, tendría siempre por delante, ejemplos vivos y muertos a la vez, a Edmond y Jules de Goncourt, hermanos gemelos nacidos con ocho años de diferencia.

Sabemos hoy que, equivocadamente conscientes de una genialidad que no poseían más que en lo que su literatura tenía de momentánea renovación, los Goncourt — más sinceros en las letras que en la vida — sufrieron la indiferencia, el desinterés y hasta el olvido de su tiempo. Ejemplos de hombres de letras, no lo fueron tanto como escritores. Su tiempo no les perdonó ni su carácter, ni su actitud, ni su posición social. Y estoy por creer que ellos no le perdonaron a su tiempo que fuera el suyo.

Sus lamentaciones, a veces con una tristeza conmovedora, son demasiado frecuentes en su Journal *para que no sean verdad y no*

demuestren la calidad de ese sufrimiento y la condición de esa amargura, y éstas son lo bastante importantes para no haber influido grandemente en sus vidas, tan humanamente malogradas, y, como veremos luego, en la constitución de la Academia.

Hombres sin fe, sin esperanza —me refiero a estas virtudes en su sentido humano— y, lo que es más grave, sin amor, porque éste les hubiera dado esas virtudes, eran la indiferencia personal que se sublevaba ante la colectiva en una heroica y admirable batalla, hay que reconocerlo.

Su tragedia fue la de no ser queridos como puede serlo un oficinista, un duque o un obrero (tuvieron un amor biológico —Marie— que compartieron). Pero a ellos les preocupó más ser admirados en vida y les aterrorizó no serlo después de su muerte. Y éste es otro de los pedestales en que había de levantarse su Academia.

Y, sin embargo, se ponían enfermos ante la miseria humana y soñaban en un gobierno que creara un Ministerio del Sufrimiento Público. Se indignaban y enfurecían contra la injusticia, sobre todo si ésta era una injusticia de tipo literario. Cuando el poeta marsellés Joseph Autran fue elegido por la Academia Francesa en lugar de Théophile Gautier, la doble indignación, por la diferencia de méritos y por la amistad que les unía a éste, les hace escribir en su diario: "Desde el momento en que, esta vez, presentábanse dos poetas a la Academia: uno que se llama Autran y otro que se llama Théophile Gautier, y la Academia ha elegido a Autran, mi convencimiento es de que está compuesta de cretinos o de verdaderas personas sin honradez. Le dejo la elección."

Pero ese mismo poeta rechazado, ese amigo indudable de los Goncourt, humanamente bueno, había de decir de los dos hermanos: "A pesar del encanto de su conversación, su soltura y desinterés aparente, uno siente en ellos una preocupación, una tensión de espíritu. No hablan como yo, por ejemplo, simplemente por el placer de hablar: estudian, observan, se documentan. Sí, tengo la impresión de que toman notas: cuando nadie los ve, deben escribir en los puños de la camisa."

La gente, y sobre todo el círculo de sus amigos, debería notar estas cosas. No son para darle a uno la soltura que tenían ellos. Quienes lo advirtieron deberían sentirse incómodos, recelosos, en guardia, presintiendo que les estudiaban las palabras, los ademanes, incluso el traje que llevaban puesto o la amiga que les acom-

pañaba. Tal vez por esto empezó la gente a desertar del "Grenier" —el desván de su casa de Auteuil, donde recibían a sus amigos los domingos —, a pesar de que Edmond — Jules ya había muerto— diga, aludiendo precisamente a esto: "Hay gente, y siempre cuando se da de comer, pero cuando la recepción es seca *como en casa de Flaubert, como en mi casa, pasada la novedad de la recepción, se queda uno en casa solamente con el amigo íntimo y dos o tres don Nadie".*

No quiere esto decir que no tuvieran amigos. ¿Quién es el hombre sin amigos? Flaubert, por ejemplo, fue para ellos uno de los mejores. Basta leer su correspondencia: les llama bichons, *los besa en las cuatro mejillas y les estrecha las cuatro manos. En una carta escrita en 1860, el "amigo de Franklin y de Marat, faccioso y anarquista de primer orden, y desorganizador del despotismo en los dos hemisferios desde hace veinte años", se despide de ellos, diciendo: "Sois muy amables por haberme enviado el libro* (Madame de Châteauroux), *tener tanto talento y quererme un poco." Amigo suyo fue Gautier, que lloró tanto la muerte de Jules, según Flaubert escribió a George Sand; lo fueron Gavarni, Sainte-Beuve, la princesa Matilde, los Daudet... Es posible que recibieran más amistad de la que daban, merecida acaso, pero no compartida. Era como si la vocación hubiese enfriado su humanidad.*

Algo de esto se manifiesta en esta confesión de Jules: "¿Estamos bien o mal constituidos? En toda cosa vemos el fin, el extremo. Los demás se lanzan a cierra ojos y sin reflexión en una aventura. Nosotros, en un desafío, por ejemplo, si no vemos nuestra muerte, vemos la de nuestro adversario, la condena que habrá que cumplir, la pensión que se deberá pagar a la familia. Nuestro cerebro hace siempre infinitas deducciones sobre lo inesperado, deducciones que no acuden al pensamiento de casi nadie. En un capricho, en un amorío, nuestro pensamiento cuenta de antemano las cantidades de dinero, de libertad, etcétera, que van a costarnos. Por último, en un vaso de vino, vemos la jaqueca del día siguiente."

Tenía que ser dura esta manera de vivir, sobre todo cuando la admiración por la obra se repartía casi únicamente entre amigos como el autor de Madame Bovary. *Dura en la vida normal, ante la sociedad y la gente envidiadas por ellos cuando ellos eran los envidiados. Y más dura aún, llena de sobresaltos, de temores*

y recelos, cuando salía a luz una nueva obra y se exponía a lo desconocido: crítica y público.

En el Journal *figuran anotaciones como ésta: "Hay como una inteligencia para impedirnos alcanzar nuestro puesto, nuestra vida, nuestro poco de gloria. Esto no nos despoja de nuestra confianza y conciencia en el porvenir, pero nos amarga sentir que, durante toda nuestra vida, nada o casi nada nos será pagado por cuanto hemos aportado de nuevo, humano y artista, mientras que a nuestro lado la batahola de los pequeños talentos hace tanto ruido y esos pequeños talentos reciben un vitalicio tan sonoro."*

Refugiábanse en la soledad cuando la necesitaban, no para trabajar, sino tal vez como defensa y reacción al mismo tiempo contra los demás, la "amasan de grado y por fuerza". Y se defendían diciendo: "Todos los observadores son tristes y deben serlo. Contemplan vivir. No son actores, sino testigos de la vida. No toman, de todo, nada de lo que engaña o embriaga. Su estado normal es una serenidad melancólica." Pero no es absolutamente cierto. Hay también una serenidad jubilosa y, mejor aún, cordial, en la observación de la vida cuando se tienen fe y esperanza humanas, cuando la vida —la propia— es algo más que "el usufructo de una agregación de moléculas".

La amargura es vieja. En el Journal de 1875, leemos: "Este silencio tan bien organizado contra todos aquellos que quieren comer el pastel de la publicidad, esas tristezas y esa aflicción que nos poseyeron durante los lentos años en que gritábamos al eco sin poder enseñarle nuestro nombre... Esa agonía muda, interior, sin otro testigo que el amor propio que sangra y el corazón que desfallece..."

Y lo que es peor: la amargura seguida de servidumbre porque "para llegar hay que ser mediocre y servil, con una personalidad tan abotagada en el talento como en el carácter... Ahora, en el mundo de las letras, se oye decir de un hombre que es un chulo como se diría que es calvo. Se dice con tanta facilidad que no parece ser deshonroso".

Pero para ellos esta amargura seguida de servidumbre es una experiencia vivida en los demás, que no comparten y que les hace sentirse orgullosos de su independencia, pero que en su amargura lisa y llana no deja de imponer el escozor, más insoportable.

Gracias a ello, Jules y Edmond —y cito a Jules delante porque murió primero— fueron unos rebeldes. "Hay espíritus que

nacen serviles y hechos para el hombre que manda, para la idea que triunfa, para el éxito —ese terrible dominador de conciencias— y son los más y los más felices. Pero otros nacen, y nosotros somos de éstos, con un sentimiento de rebeldía contra lo que triunfa, con entrañas amigas y fraternas para lo que es vencido y aplastado bajo la enorme victoria de las ideas y sentimientos de universalidad, con esa generosa y desastrosa combatividad que, desde los ocho o diez años, les hace darse de puñetazos con el tirano de la clase y, durante el resto de su vida, los confina en la oposición de la política, de la literatura y del arte."

Y esto, a pesar de todo, a pesar de su frialdad, de su indiferencia ante todo lo que no fuera su arte, ese arte ya un poco condenado a pasarse de moda en el momento de su aparición, llevó a Edmond muy lejos.

Jules había muerto ya —según el doctor Scherb, de una perimeningoencefalitis difusa, y según el doctor Pierre-Yes Even, de un ictus apoplético y una broncoceumonía— y Edmond, desgemelado, con su cojera de medio cuerpo y de media alma, un poco hermano siamés vivo, se enfrentaba con muchas cosas.

"Ser candidato al "qua si Conti" —dice André Billy, en Les frères Goncourt *— era aceptar, además de cometer las bajezas para ser elegido, el desempeño de un papel espectacular, como se dice hoy día; nada más opuesto a su carácter, sobre todo al de Edmond".*

También aquí, como en el caso de la amargura, la aversión es vieja. Por lo menos no nace de buenas a primeras, ni por una ocasional herida del amor propio. Es algo que se ha ido elaborando poco a poco, en un remoto origen, y que ha ido creciendo y afianzándose con el tiempo, como una actitud lógica del carácter de los dos hermanos. Fue, sobre todo, una reacción de su sentido de la justicia, de su posición, no ante la vida, sino ante las letras: otra consecuencia, asimismo, de su carácter.

En el Journal, *leemos, mediado ya el año de 1862: "La Academia, única institución que sobrevive al pasado, buscando el suicidio, apartándose de todo lo que es vida y juventud, premia los anónimos, los libros que no se leen, los poetas desconocidos: la apoteosis de los frutos secos. Premia un estudio de mujer sobre novela, ¡siempre de Louise Colet!" Y cuatro años más tarde: "Los académicos han sido inventados para que Bonnassieux sea preferido a Barye, Flourens a Hugo y todo el mundo a Balzac."*

La aversión a la Academia extendíase a las consagraciones oficiales, premios, recompensas y actitudes académicas, y alcanzaba incluso a aquellos que, buenos o malos, amigos o no, soñaban en llegar a ella y, en algunos casos, por el camino que fuese. No olvidemos que el espíritu de la Academia era fundamentalmente convencional y, por lo tanto, antirrealista. Lo que para los Goncourt tenía una significación más.

La idea de fundar una institución distinta de la del "quai Conti" no debe, sin embargo, verse únicamente en la amargura ni en la aversión y rebeldía de los dos hermanos. Son, esto sí, dos bases en que apoyarla. Pero hay más. Billy, el biógrafo de los dos hermanos, queriendo llegar al origen de esta idea, dice: "Solteros, sin más familia que unos primos, era natural que se planteara a ellos el problema de saber lo que ocurriría con sus queridas colecciones. Desde julio de 1867 parece apuntar en el Journal *una vaga idea del destino que debía dársele: "Es muy curioso que jamás se haya hecho legado alguno al autor de un libro, ni por un moribundo rico a un autor inteligente. Si alguna vez un escritor heredó de un lector, fue preciso que el lector lo conociera, lo frecuentase, se acercara al cuerpo de ese espíritu." Esto no es aún la idea de una Academia fundada para asegurar la existencia material a una decena de buenos escritores, pero no está muy lejos. La primera idea de su Academia debió ocurrírseles en ese entonces".*

Indudablemente tuvo que ser así. En torno a esta preocupación fueron cristalizando los demás sentimientos, y uno de ellos, el más poderoso y el más violento también, fue la idea de la posteridad. Estos hombres que creían que la muerte "es el aniquilamiento completo del individuo", como dijo Edmond a la muerte de Jules, "que el hombre ha puesto sobre toda esa miseria de la materia el velo, la imagen, el símbolo y la espiritualidad ennoblecedora", sintieron la angustia de ese aniquilamiento y les asustó que se extendiera a su obra literaria, a sus nombres y a su vida permanentemente sacrificada por las letras. "La idea de todos mis momentos —dice Edmond en 1865— es defender del olvido, para el porvenir, por medio de todas las supervivencias, el apellido de Goncourt: supervivencia por las obras, supervivencia por las fundaciones, supervivencia por la aplicación de mis iniciales o de mi marca en todos los objetos de arte poseídos por mi hermano y por mí."

"Su fe en la inmortalidad terrestre —dice Billy— era en ellos un sentimiento natural, compensador de un pesimismo verosímilmente vinculado a su mala organización nerviosa y a sus impresiones de la infancia. Contra las tristezas de su vida, contra las injusticias sufridas, contra los necios ataques que habían soportado, contra la indiferencia y hostilidad de que fueron víctimas, su Academia sería un desquite; sería como un bastión construido en el dominio misterioso y desconocido del porvenir y sobre el cual flotaría, ocurriera lo que ocurriese, la bandera de la revolución literaria izada por ellos".

Esto fue todo. En un testamento fechado en julio de 1874, los futuros académicos Goncourt fueron los siguientes: Flaubert, Saint-Victor, Veuillot, Banville, Barbey d'Aurevilly, Fromentin, Chennevières, Zola, Daudet y Cladel. Edmond vivía aún —murió en 1896— y Veuillot, Barbey, Fromentin y Cladel no eran amigos suyos. Hay que hacer justicia a su justicia.

Sin embargo, este testamento permaneció ignorado durante mucho tiempo. Hasta que el 23 de junio de 1882, el poeta Ernest d'Hervilly publicó en Le Bien public *la sensacional noticia del proyecto de la Academia. "Cada uno de los diez miembros percibirá una renta viajera de 6000 francos. Cada año, los miembros de la Academia concederán un premio de 5000 francos a la mejor obra de imaginación." Esta era, de todo el artículo, la esencia. Pero había comentarios del autor, tan encantadores como este: "¡Oh, gentes de letras, a quienes la Academia Goncourt tiene la misión de buscar, de arrebatar de su sombra, de sostener con un honorable viático, de lanzar a la luz, sabed que —y no temo revelarlo porque el rasgo es conmovedor y honra a este ilustre escritor— Edmond de Goncourt, abatido, solo en su casa llena de tristeza, ha sentido de vez en cuando traspasado su corazón por el deseo de construir en él un hogar, iluminarlo con la sonrisa de una mujer y las risas de unos hijos; pero siempre ha rechazado heroicamente esta dulce idea ante el temor de tener que disminuir el tesoro amasado con tanto esfuerzo para asegurar el porvenir de las letras, para llegar a la fundación de esta Academia vengadora y consoladora que, encariñada realmente con la moderna literatura francesa y celosa de mantener su preponderancia en el mundo que no lee solamente al señor de Mazade, no limitará sus esfuerzos y trabajos a risibles confrontaciones de discursos de recepción escritos por personas cuyo oficio es hacer*

otra cosa y, con mucha frecuencia, no hacer absolutamente nada!"

Hagamos caso omiso de los comentarios que despertó, en todos órdenes y sentidos, esta información. Limitémonos a uno sólo: el de Edmond de Goncourt. Dijo: "Tengo la impresión de sobrevivirme." Esto significaba la Academia Goncourt.

El revuelo fue tan grande que Edmond de Goncourt recibió dos consejos de gran importancia, entre otros muchos: uno de la princesa Matilde que, tres años después de la publicación de la noticia, por indicación de Camille Doucet, le pidió que se presentara al "quai Conti". "Seré más Tartarín que Daudet", contestó Edmond. Al otro consejo ni siquiera contestó, fue el de su notario, que le dijo que su propósito era irrealizable, una "insensatez de guillado".

Terminemos con estas manifestaciones hechas por Edmond de Goncourt a un redactor del Gaulois *y que concretan, moralmente, el espíritu de la Academia Goncourt: "La Academia de los Goncourt será accesible, a excepción de tres o cuatro nombres célebres, a los jóvenes literatos a quienes los azares de la fortuna y las necesidades de la vida coloquen en una situación de inferioridad y se vean obligados a aceptar un empleo cualquiera para poder vivir, a la ventura de ser descubiertos. Nuestra idea es ayudar a la formación de talentos, sacándolos de las dificultades materiales de la vida y situándolos en condiciones de trabajar eficazmente; en una palabra: facilitarles la tarea de producir una obra literaria."*

Hasta 1903 no se reunieron los académicos de la Goncourt para conceder por primera vez el premio. Fue otorgado a John Antoine Nau por su obra Force ennemie. *Hacía siete años que Edmond había muerto. A él, aficionado a la cábala, le hubiera gustado este 7 y aquel 3.*

Los "Goncourt", como todos los premios, han tenido sus menos y sus más, sus aciertos y sus errores, y hallazgos que valían la pena y descubrimientos que no la valían. Pero entre sus títulos está La condición humana, *por ejemplo, y entre sus nombres los de Farrère, Miomandre, Duhamel, Proust, Arland, Fabre, Bedel...*

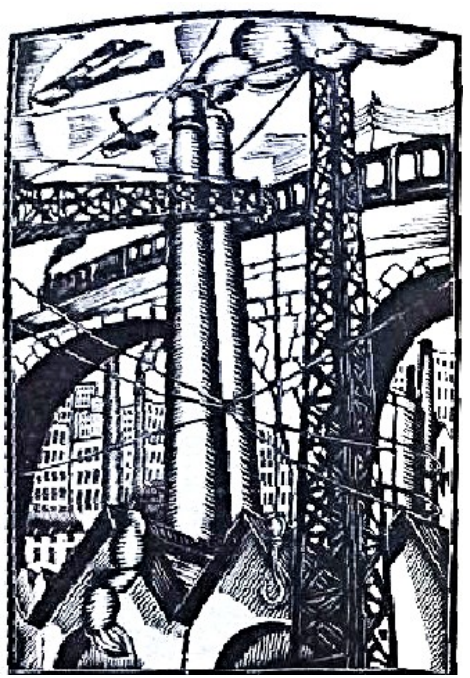
Ha llovido mucho sobre los francos. Pero, ¡qué importa!

GEORGES DUHAMEL

PREMIO GONCOURT 1918

CIVILIZACION

1914-1917



A Charles Viannay

EL ROSTRO

UNA amplia frente de gracioso dibujo, una mirada profunda y a la vez pueril, una barbilla con hoyuelo, un orgulloso bigote, y una especie de amargura alegre en la boca. Siempre me acordaré de ti, rostro francés, aunque no haya podido verte más que un solo segundo, a la luz vacilante de una cerilla.

El tren que va de Châlons a Sainte-Menehould, corría en aquella noche de otoño con todas sus luces apagadas; era en 1916. El frente de Champagne, entonces en calma, dormitaba a nuestra izquierda con el sueño de los cráteres; un sueño lleno de pesadillas, de sobresaltos y de relámpagos. Divisábamos las tinieblas, penetrando lentamente en una campiña miserable, que se presentía aún *afeada por el odioso aparato guerrero. El pequeño tren renqueaba*, jadeaba, un poco vacilante, como un ciego que conoce su camino.

Yo volvía de permiso. No me sentía muy bien y estaba echado sobre una banqueta. Frente a mí, tres oficiales charlaban. Aunque sus voces eran de hombres jóvenes, su experiencia militar era ya de viejos. Iban a reincorporarse a su regimiento.

—Este sector — dijo uno de ellos — está en calma en este momento.

—Seguramente — dijo el otro — estaremos tranquilos hasta la primavera.

Siguió un silencio, roto solamente por el ruido de los carriles bajo las ruedas. Entonces una voz mordaz, juvenil y burlona, dijo quedamente:

—¡Oh! Todavía nos obligarán a hacer alguna tontería antes de la primavera...

Luego, sin transición, el hombre que acababa de hablar añadió:

—Será la duodécima vez que iré al asalto. Pero tengo suerte. no he sido herido más que una vez.

Estas dos frases resonaban todavía en mis oídos cuando el que acababa de pronunciarlas encendió una cerilla y se puso a fumar. El resplandor iluminó por un instante un rostro agradable. El hombre pertenecía a una unidad famosa. Las insignias de las más altas recompensas que se pueden otorgar a los oficiales jóvenes lucían sobre su guerrera de color caqui. Toda su persona respiraba un valor tranquilo y sereno.

La noche nos envolvió otra vez. Pero, ¿habrá jamás una noche lo bastante oscura como para borrar la imagen entrevista durante aquel relámpago? ¿Habrá jamás un silencio lo bastante denso como para ahogar el eco de las dos pequeñas frases murmuradas entre el traqueteo del tren?

Desde entonces he pensado en ello a menudo, cada vez que, como aquella noche, lleno de angustia y de amor, he vuelto a asomarme hacia el pasado y el porvenir de los franceses, mis hermanos, que, en tan gran número, han aceptado morir sin renunciar a expresar lo que tenían en el corazón, de estos franceses cuya grandeza de alma, cuya indomable inteligencia y conmovedora ingenuidad el mundo conoce muy mal.

¿Podré no pensar en ello, cuando se consume el largo martirio de este pueblo admirable que está buscando solo, y a través de una noche sin estrellas, de dónde le pueden llegar el orden y el bienestar?

LA HABITACION DE REVAUD

Era imposible aburrirse en la habitación de Revaud. El rugir de la guerra, el rumor de los convoyes en marcha, las sacudidas epilépticas del cañoneo, todos los silbidos y los jadeos de la máquina mortífera llegaban hasta sus ventanas y las sacudían con una especie de furor agotado, como llegan al fondo de una caleta los ecos disminuidos de las tormentas en alta mar. Pero todo ese ruido era tan familiar al oído como la pulsación de este mísero mundo, y era imposible aburrirse en la habitación de Revaud.

Era una pieza estrecha y larga donde había cuatro camas y cuatro hombres; se la llamaba, sin embargo, la habitación de

Revaud, porque la personalidad de Revaud la desbordaba. El cuarto le iba a Revaud tan bien como un traje cortado a la medida. En el comienzo del mes de noviembre, hubo toda clase de sucias intrigas, urdidas por el cabo Tetard, para que a Revaud se le cambiara de sala, y habiendo triunfado las mismas, el pobre hombre fue trasladado al piso superior, a un gran dormitorio de veinte plazas, un desierto deslumbrador, sin intimidad, devastado por una luz cruda y cruel. En tres días, por decisión espontánea de su cuerpo y de su alma, Revaud había languidecido de una manera tan inquietante, que hubo que bajarlo otra vez a toda prisa al fondo de su habitación, detrás de la puerta, allí donde la claridad del invierno llegaba matizada y llena de indulgencia.

Y siempre sucedía lo mismo. Cuando se traía a la división a un herido grave, a un caso verdaderamente extraordinario, se rogaba a madame Baugan que fuera a ver a Revaud "para tratar de la cuestión".

Revaud se hacía rogar un poco y acababa por decir:

—¡Bueno, está bien! ¡Qué le vamos a hacer! Meted en mi habitación a ese hombre.

Y la habitación de Revaud estaba siempre llena. Pero para estar allí, no bastaba tener una pequeñez tal como una pierna rota, o la simple amputación de un brazo. Era preciso tener cosas curiosas y extraordinarias. Una perforación intestinal, por ejemplo, la columna vertebral descoyuntada, o también uno de esos casos tales como "tener el cráneo machacado o que la orina ya no sale por donde salía antes de esta guerra..."

—Aquí —decía Revaud con orgullo—, aquí somos todos casos muy raros.

Estaba Sandrap, "que hacía sus necesidades por un agujero abierto en el costado". Sandrap, un hombrecillo del Norte, de nariz redonda como una patatá nueva, de hermosos y suaves ojos grises. Le habían herido tres veces, y todas las mañanas decía: "Deben estar desconcertados los boches. ¡Y creían que tiraban a matar!"

Estaba Remusot, que tenía una gran llaga en el pecho. Hacía una especie de ruido como: ¡Favau...! ¡Ravau...! ¡Favau...! ¡Ravau...! y Revaud le había preguntado:

—¿Qué es ese endemoniado ruido que haces? ¿Es posible que lo hagas con la boca?

Con una voz sin timbre, el otro había resoplado:

—Son mis gases, que salen a través de las costillas.

Estaba, en fin, Mery, a quien un torpedo había roto la espina dorsal, y que "sentía la parte inferior de su cuerpo tanto como si no fuera suya".

Todo este pequeño mundo vivía acostado, cada uno en su sitio, en una gran promiscuidad de olores, de ruidos, y a veces de pensamientos. Se conocían por la voz más bien que por la cara, y ya hacía más de una semana que Sandrap estaba allí, cuando Revaud, al verle pasar en su camilla, camino de la sala de curas, le había gritado asombrado:

—¡Caramba, Sandrap, qué cabeza más rara tienes! ¡Y vaya cabellos!

Madame Baugan llegaba a las ocho y empezaba a regañar.

—Esto no huele bien. ¡Oh! ¡Oh! Mi pobre Revaud, apuesto a que otra vez...

Revaud eludía la cuestión:

—Bueno —decía—, he dormido bastante bien. No puedo quejarme. He dormido bastante bien.

Entonces madame Baugan tiraba de las sábanas y, medio ahogada por el grosero y triste olor, la excelente mujer refunfuñaba:

—¡Oh, Revaud! ¡Qué poco razonable es usted! ¿Es que no puede contenerse?

Y Revaud ya no podía disimular más. Confesaba, flemático:

—¡Bueno, sí, es verdad! Y otra vez hay como para llenar un cesto. ¡Qué quiere usted, pobrecita mía, si no puedo remediarlo!

Madame Baugan iba y venia buscando ropas y agua: limpiaba y arreglaba a Revaud como si fuese un niño, metiendo sus pequeñas manos en la porquería con un valor natural y gruñón a la vez.

—Estoy segura de que usted podría contenerse, Revaud.

Y entonces, el herido, repentinamente avergonzado y presa de desesperación, gemía:

—Madame Baugan, no se enfade conmigo; yo no era así antes de la guerra...

Madame Baugan se echaba a reír, y Revaud, sin transición, se reía también, porque toda su cara y toda su alma estaban hechas para reír, y porque le gustaba reír hasta en los peores momentos.

Como su respuesta le habían gustado, la repetía a menudo, y, consciente de su desgracia, explicaba a todo el mundo: "Yo no era así antes de la guerra. ¿Sabe usted?"

Una mañana, al deshacer la cama de Mery, madame Baugan profirió un grito. El paralítico también se había ensuciado.

—¡Cómo, Mery! ¡También usted, mi pobre amigo!

Mery, un antiguo campesino, guapo muchacho con un torso espléndido, miró sus piernas muertas y suspiró.

—Es posible, señora; no me doy cuenta de nada.

Pero Revaud exultaba. Toda la mañana se la pasó gritando: "¡Ya no soy el único! ¡Ya no soy el único!", y nadie le reprochaba su alegría, porque cuando se ha descendido hasta el mismo fondo de la amargura, es consolador encontrar allí un poco de compañía.

Pero ni las frases más afortunadas tienen más de una hora de éxito. Revaud, que era listo, veía muy bien llegar el momento en que yo no sería suficiente afirmar que "él no era así antes de la guerra".

Fue por entonces cuando recibió una carta de su padre. La carta llegó, inopinadamente, una mañana. Acababan de lavarle la cara y le habían cortado, por un capricho, sus grandes mostachos, dejándole un pequeño bigote a la americana. Todo el hospital desfilaba por su puerta para poder contemplar a Revaud que tenía el aire de un "gentleman" muy enfermo. Primero empezó a dar vueltas a la carta entre sus dedos deformados por el dolor y el trabajo, y luego dijo con inquietud: "¿Qué me querrán con esta carta?"

Revaud era casado; pero, como desde hacía seis meses no tenía noticias de su mujer, ya se había acomodado a su aislamiento. Allí se estaba, en su cuarto, detrás de la puerta, y sin buscar querella a nadie. Entonces: ¿por qué le enviaban una carta?

—¿Qué me querrán? — repitió.

Y tendió la carta a madame Baugan para que se la leyera.

Era una carta de su padre. En diez líneas y con una escritura muy cuidada, llena de perfiles, ornamentos y rúbricas, el viejo anunciaba su visita para una fecha próxima e indeterminada.

Revaud volvió a encontrar su risa como última razón de vivir. Todo el día jugó negligentemente con la carta y la enseñaba gustoso diciendo:

—Vamos a tener visita. Mi padre vendrá a vernos.

Luego, añadía confidencialmente:

—Mi padre, sabéis, es un caballero, pero no ha tenido suerte. Ya le veréis, sabe un montón de cosas. Y lleva cuello postizo.

Revaud acabó por limitar a esta última comprobación todo juicio sobre la personalidad paterna. Y decía:

—Ya veréis a mi padre: lleva cuello postizo.

Los días pasaron, y Revaud hablaba tan a menudo de su padre, que acabó por no saber si el visitante había venido ya, o si estaba todavía por venir. Así, por una gracia especial del cielo, Revaud no se dio cuenta jamás de que su padre no había venido a verle; pero luego tuvo, para designar aquella época memorable, palabras de una bella resonancia, y decía: "Fue cuando la visita de mi padre."

Revaud estaba mimado, y como no le faltaban ni cigarrillos ni compañía, confesaba con satisfacción: "En este hospital, yo soy el paniaguado". Con lo que quería decir que era el favorito. Además, Revaud no era difícil; bastaba que apareciera Tarrissant entre sus muletas, para que el moribundo exclamara: "He aquí otro que también viene a verme. ¡Os digo que soy el niño mimado de la casa!".

Tarrissant había sufrido la misma operación que Revaud. Era una especie de cosa complicada en la rodilla. Solamente que la operación había sido un éxito con Tarrissant y más bien un fracaso con Revaud, porque "esto depende de la sangre".

De la misma operación, Revaud había creído retener una palabra: "Su rodilla había sido desecada". Miraba a Tarrissant y, comparándose al convaleciente, terminaba sin más comentarios:

—Los dos estamos secos. Solamente que yo, yo soy un cabestro... Y además he trabajado demasiado...

Esta fue la única alusión que hizo Revaud alguna vez a su desgracia conyugal y a su pasado de hombre trabajador.

Y además, ¡qué caramba!, ¿por qué pensar en todas esas cosas? ¿No tenía aún bastantes trastornos con aquella pierna y aquellas perpetuas ganas que no se podían contener y que le hacían ensuciar la cama? Revaud encendía un pitillo y decía inocentemente:

—Esto no huele bien. ¿Eres acaso tú, Sandrap?

Debía ser Sandrap... Pues Revaud, que ya no notaba desde hacía tiempo su propio olor, se sentía molesto, a veces, por el de los demás.

Por la noche, cada uno se preparaba para el camino nocturno con pequeños cuidados, como si se preparasen para un viaje. A Remusot le ponía una inyección en el muslo y, en seguida, bañado en sudor, entraba en un paraíso en el que la fiebre le mostraba cosas que jamás quiso contar a nadie. Mery se hacía preparar un gran tazón de tisana y no tenía más que alargar el brazo para cogerlo. Sandrap se fumaba el último cigarrillo y Revaud pedía

su almohadón. Era un pequeño bulto de algodón que le ponían junto al costado. Solamente a ese precio Revaud consentía en decir: "Bueno, muchachos; ya podemos dormir..." Y en seguida se perdían en un sopor horrible y espeso, como en un bosque sembrado de emboscadas, cada uno por su lado, a la busca de sus sueños.

Mientras el sueño les cubría con sus alas, los cuatro cuerpos quedaban inmóviles y una pequeña lamparilla les alumbraba. Cuando, arrastrando sus zapatillas, el vigilante nocturno asomaba la cabeza por la puerta y percibía las cuatro respiraciones atormentadas, sorprendiendo a veces la mirada abierta y ausente de Remusot, contemplando aquellos tumbados despojos humanos, pensaba en seguida en una balsa de náufragos, en una balsa deslizándose sobre el mar con cuatro pobres cuerpos enfermos.

Los cristales de la habitación seguían vibrando quejumbrosamente a causa del ruido guerrero. A veces, sucedía que, durante la larga noche, la guerra parecía detenerse, como un leñador que tomase resuello entre dos golpes de hacha.

Entonces, en lo más profundo de aquel silencio, los hombres se despertaban con una extraña angustia, y pensaban en todo lo que pasaba en los combates cuando no se oye absolutamente nada.

El alba de un día invernal se decidió a aparecer, como una bruja perezosa y desaseada que se levanta tarde. Los enfermeros venían a fregar el suelo. Apagaban de un soplo la lamparilla agonizante que apestaba a grasa quemada. Luego seguía la "toilette", y, después, todos los dolores y los gritos de las curas.

A veces, en medio de las pequeñas ocupaciones de la jornada, la puerta se abría majestuosamente y entraba un general seguido de sus ayudantes. Se detenía en el vano de la puerta, herido en la garganta por un olor violento, y luego avanzaba un poco en la habitación preguntando quiénes eran aquellos hombres. El médico le decía unas palabras al oído y el general respondía: "¡Ah! ¡Bueno! Muy bien".

Cuando había salido, Revaud aseguraba siempre:

—Este general, siempre que venga aquí, me hará una visita. Le conozco muy bien...

Después de esto, ya había tema de conversación para todo el día.

Venían también muchos médicos militares, y de los más encopetados. Miraban los papeles prendidos en la pared y decían: "Bueno, a pesar de todo, es un buen resultado".

Uno de ellos se puso un día a contemplar a Mery. Era un médico famoso. Llevaba una perilla blanca, tenía un vientre voluminoso y ostentaba muchas cruces sobre el pecho. Tenía, también, una nuca rosada de hombre bien alimentado. Parecía bueno e inclinado a la piedad. En efecto, dijo:

—¡Pobre chico! ¡Que puedan suceder semejantes cosas!

Pero, por lo general, no venía nadie, absolutamente nadie, y la jornada, como la carne de las comidas, no pasaba más que a condición de ser desmenuzada en pequeños trozos.

Una vez huzo un acontecimiento. A Mery se lo llevaron para examinarle con los rayos X. Reapareció satisfecho, diciendo:

—¡Por lo menos, esto no duele!

Y otro día le cortaron la pierna a Revaud.

Y él lo había aceptado, murmurando:

—¡Y pensar que había hecho todo lo posible para conservar esta pierna! ¡Bueno! ¡Qué le vamos a hacer! Andando, amigo.

Y aún se rió. Pero nadie se ha reído ni se reirá jamás, como Revaud se rió aquel día.

Así, pues, le cortaron la pierna. Y la mejor sangre de Francia corrió una vez más. Pero fue entre cuatro paredes, en una pequeña pieza, blanca como una lechería, y nadie se enteró.

Volvieron a acostar a Revaud detrás de la puerta. Se despertó como un niño. Y dijo:

—¡Os digo que me han hecho sudar con esta dichosa pierna!

Revaud pasó una noche bastante buena, y cuando, al día siguiente, madame Baugan entró en la habitación, le dijo como de costumbre:

—Bueno, madame Baugan. He dormido bastante bien.

Dijo esto, inclinó la cabeza hacia un lado, abrió la boca poco a poco, y murió así, silenciosamente.

Madame Baugan gritó:

—¡Pobre Revaud! ¡Pero si está muerto!

Le besó en la frente, y, en seguida, empezó a amortajarlo, pues la jornada es larga y no se puede perder tiempo.

Madame Baugan amortajó a Revaud gruñendo bondadosamente, pues el cadáver no se dejaba manejar con facilidad.

Sandrap, Mery y Remusot no dijeron nada. La lluvia chorreaba por los cristales que seguían temblando a causa del cañón.

EN EL SOMME

VERDADERAMENTE, yo no tenía el corazón alegre, pero a veces *sentía* como unos vagos deseos de reírme. Pensaba en esas gentes que escriben en los periódicos sobre la guerra, y que dicen: "¡La brecha está abierta! ¿Qué esperamos para lanzar a ella cincuenta divisiones?" O bien: "¡No hay más que amontonar las reservas en las proximidades del frente! ¡Rápido, cuatrocientos mil hombres a la brecha...!"

Yo hubiera querido que encargaran a esas gentes de encontrar, entre Fouilloy y Maricourt, el sitio propicio que tan fácilmente encuentran entre el montón de sus papeles estratégicos. Les hubiera costado un poco.

Mientras andaba, iba pensando yo en mis asuntos; de vez en cuando, lanzaba una ojeada sobre la comarca, y os aseguro que se veían cosas muy curiosas.

Bajo los chopos que forman como una procesión a lo largo del valle, un inmenso ejército se mantenía agazapado, con sus batallones, sus animales, sus carruajes, con toda su chatarra, sus toldos camuflados, sus cueros hediondos, y sus inmundicias. Los caballos pastaban en las cortezas de los grandes árboles que perecían, víctimas de un precoz mal de otoño. Una multitud agitada se esforzaba en disimularse, como si la faz del cielo no hubiera sido más que una vasta traición. Un trío de desmedrados olmos servía de abrigo a todo un campamento. Un seto polvoriento guardaba en su sombra el tren de combate de un regimiento. Pero la vegetación era pobre y su asilo exiguo, de suerte que el ejército se desbordaba por todas partes sobre la llanura desnuda, rozando el esqueleto de las carreteras, y dejando los campos de pistas comparables a aquellos por donde han pasado grandes rebaños de fieras.

Había carreteras intermedias en las que ingleses y franceses estaban juntos. Allí se veía desfilar a la vistosa artillería británica, completamente nueva —nada de pátina, todo barniz—, bien enjaezada, con sus argollas bruñidas, caballos con arneses escogidos, gordos y relucientes como monturas de circo. Pasaba tam-

bién la infantería. Todos hombre jóvenes. Las flautas y los tambores les envolvían en una música salvaje. Carros con lonas superpuestas, transportaban, con muelles sacudidas, a heridos de cabellos claros, de mirada asombrada, que tenían un aire plácido como los viajeros de la agencia Cook.

Nuestros pueblos rebosaban hasta reventar. El hombre se había infiltrado por todas partes, como una enfermedad, como una inundación.

Había arrojado a las bestias de sus guaridas para instalarse en las cuadras, en los establos, en las madrigueras.

Los depósitos de obuses, de trecho en trecho, parecían alfarerías llenas de ánforas terrosas.

El agua viscosa del canal estaba cargada de barcazas que transportaban alimentos, cañones y hospitales.

Remplazaba al silencio un hálito vehemente, compuesto de la respiración de todos aquellos seres humanos y del chirrido de sus mecanismos. La campiña entera evocaba una especie de verbena siniestra, una feria de la guerra, un conjunto de bailes populares y de tribus bohemias.

Al acercarse a Bray, el país aparecía más y más congestionado.

La población motorizada reinaba tiránicamente sobre los caminos, empujando hacia los campos a los humildes convoyes tirados por caballos. Sobre los carriles, unas pequeñas vagonetas alardeaban de independencia y bramaban con énfasis, ventrudas y cargadas de millones de cartuchos; entre las cajas, iban acurrucados unos hombrecillos soñolientos, vivos testigos de lo bueno que es ir sentado sobre cualquier cosa que ahorre el esfuerzo de andar.

Al llegar a Chipilly, vi una cosa muy rara. Una vasta llanura ondulaba, cubierta por tantos hombres, tantos objetos y animales, que, sobre amplias extensiones, la tierra dejaba de ser visible. Más allá de la torre en ruinas que domina Etinehem, se extendía una comarca parda, rojiza, parecida a un brezal devastado por el fuego. Más tarde vi que aquel color era debido a la aglomeración de caballos apretados unos contra otros. Todos los días llevaban veintidós mil a beber al abrevadero fangoso del Somme. Transformaban las pistas en cenegales y cargaban el aire de un acentuado olor a sudor y a estiércol.

Más hacia la izquierda, se levantaba una verdadera ciudad formada de tiendas de campaña de color caqui, con cruces rojas

erguidas sobre sus techos. Más allá, el terreno se hundía y volvía a surgir de pronto hacia el campo de batalla agitado entre nubes de negra polvareda. Aquí y allí se elevaban las ráfagas de humo de los obuses, alineadas una junto a otra como los árboles de una carretera. Más de treinta globos cautivos formaban un círculo en el cielo, como si fuesen curiosos interesados por una pelea.

El ayudante me mostró las tiendas y dijo:

—Aquella es la cota 80. Por allí pasan más heridos que pelos tenemos en la cabeza, y corre más sangre que agua hay en el canal. Todos los que caen entre Combles y Bouchavesnes van a parar allí.

Incliné la cabeza y los dos volvimos a quedar abstraídos en nuestras reflexiones. El día terminaba entre el vaho turbio de los pantanos. No muy lejos de nosotros, la artillería británica disparaba sin cesar y su ruido se precipitaba en el espacio como un corcel furioso que galopase a ciegas. Era tal el número de cañones que poblaban el horizonte que se percibía como un continuo borboteo, parecido al de un inmenso escalfador puesto sobre un brasero.

El ayudante se volvió de nuevo hacia mí:

—Tres de sus hermanos han muerto ante el enemigo. Ya es bastante para una familia. Y no estaría usted mal como camillero. Según cómo, es bastante penoso; pero usted lo resistirá. Ser camillero es duro, pero siempre es mejor que estar en primera línea, ¿no es verdad?

No respondí. Pensaba en el vallecillo desolado donde había pasado el comienzo del verano, frente a la colina de Plémont. Había soportado allí horas mortales mirando, entre los chopos hechos pedazos, las ruinas de Lassingny, los manzanos destrozados al borde del camino caótico, los agujeros de los obuses nauseabundos llenos de un agua verde e hirviente. Había contemplado el semblante mudo, cargado de reproches, del castillo de Plessier y la fúnebre colina que tan sólo un trastorno cósmico había podido hacer surgir de las profundas entrañas del sueño. Allí había respirado, durante las largas noches de guardia, el vaho fétido de los prados sembrados de cadáveres. En la más desesperada soledad, tan pronto había deseado como temido morir. Y por último, un día, habían venido a decirme: "Puede usted volver a la retaguardia. El tercero de sus hermanos acaba de morir luchando." Y muchos me miraban como pensando: "¡Ha muerto el tercero de tus hermanos! En cierto modo, tienes suerte."

En todo esto iba yo pensando mientras me dirigía a mi nuevo destino, mientras caminábamos por la planicie preparada como un altar mirando el cielo y cargado de millones de criaturas, dispuestas para el sacrificio.

Desde hacía varios días hacía un tiempo seco y vivíamos en el reino del polvo. El polvo es el precio de los días buenos; impregna la jauría guerrera y se mezcla a sus trabajos y a sus alimentos, cruje entre los dientes e inflama los ojos. Envilece la cándida alegría de la respiración. Pero cuando desaparece, comienza el reinado del barro y el alma vegeta mejor en el polvo que en el barro.

A lo lejos, semejantes a ríos perezosos, grandes corrientes de polvo dibujaban todos los caminos de la comarca, y, por infiltración, se difundían sobre el paisaje, a voluntad de la brisa. La luz del día se sentía ofendida, como se sentía mancillado el cielo por el vuelo de los aviones, mancillado e injuriado el silencio, mancilladas y mutiladas la tierra y su manto vegetal.

Yo no estaba ya muy inclinado a la alegría y todo aquello me enajenaba de tristeza.

Dejando vagar mi mirada sobre lo que me rodeaba, no encontraba donde reposarla más que los ojos inocentes de los caballos, o en los de algunos hombres desgraciados y tímidos que trabajaban al borde de las carreteras. El resto del mundo no era más que un erizamiento belicoso.

A la caída de la tarde, llegamos a la ciudad de las tiendas de campaña. El ayudante me condujo hacia una choza y me encontró un sitio sobre la paja que olía a pocilga. Yo coloqué mi saco, me tendí y me dormí.

Me levanté con el alba y navegué a través de la niebla intentando comprender.

Había una carretera, la de Alberto, deteriorada, llena de baches, desbordada de trabajo. Acarreaba la ola incesante de los heridos. Al borde del camino se levantaba la ciudad de las tiendas de campaña, con sus calles, sus barrios, sus plazas públicas. Detrás de las tiendas, un cementerio. Eso era todo.

Me apoyé en una estaca; miraba el cementerio. Este estaba ya pletórico y aún parecía hambriento. Un montón de prisioneros alemanes trabajaban allí, cavando largas zanjas. Pasaron dos oficiales; uno de ellos era obeso y, a pesar de la hora temprana, ya parecía amenazado de congestión. El otro decía:

—Tenemos ya preparados doscientos fosos y otros tantos féretros. ¡No! ¡No! ¡No se podrá decir que esta ofensiva no ha sido bien preparada!

En efecto, había preparados gran número de ataúdes. Llenaban una tienda, donde eran expuestos brevemente los cadáveres. Instalados al aire libre, un copioso equipo de carpinteros serraban las tablas de pino. Silbaban y cantaban ingenuamente, como es costumbre cuando se tienen las manos ocupadas.

Fue a este servicio adonde fui destinado desde el primer día, bajo pretexto de que en mi juventud me había ocupado de muebles de arte.

Comprobé una vez más que cada hombre juzga los acontecimientos más solemnes bajo el solo punto de vista que le sugieren su profesión y sus aptitudes. Había un sargento que formaba su opinión sobre la guerra mundial por la calidad de la madera que tenía que trabajar. Cuando la madera era mala, decía: "¡Esta guerra es una gran porquería!" Pero cuando la madera no tenía nudos, opinaba: "¡Venceremos!"

Un muchacho inquieto y minucioso asumía la abrumadora carga de dirigir todo el hospital. Aparecía a cada momento con los dedos crispados sobre legajos de papeles que pasaba alternativamente de una mano a otra. Pocas veces tuve ocasión de oírle hablar. Pero casi siempre sorprendí las mismas frases: "¡Y a mí qué me importa! Ya tengo bastantes preocupaciones..."

Reconozco que tenía que pensar en muchas cosas. Durante casi todo el día, los automóviles, con una gimiente carga, se sucedían sobre la vía hundida que se empedró a toda prisa y que era como la boca voraz de aquel vasto organismo. Al final de la curva, los coches se vaciaban bajo un porche ornado de banderas, bastante parecido a los doseles empavesados que, en las bodas, levantan a la puerta de las iglesias.

Desde la primera tarde, recibí la orden de ayudar, por la noche, en el servicio de transportar las camillas a la llegada de los coches. Eramos unos quince bajo el porche, concentrados para la misma tarea.

Hasta entonces, había visto a los camaradas caídos heridos a mi lado, en la trinchera, partir para un viaje largo y misterioso del que sabíamos poca cosa. El hombre herido era escamoteado; desaparecía del campo de batalla. Y aprendí a conocer todas las etapas de la dolorosa vía que desde aquel momento comenzaba para él.

La noche en que entré en funciones, había habido algo hacia Maurepas o Le Forest; era, entre dos jornadas de batalla, uno de esos episodios que no siempre merecen una línea del redactor del comunicado. No por eso afluyeron menos heridos durante toda la noche. Al descender del coche, los llevábamos a la tienda grande. Era un inmenso *hall* de tela alumbrado con electricidad. La habían levantado sobre los rastrojos, y su grosero suelo estaba todavía erizado de hierbas anémicas y de terrones mal aplastados. Los heridos que podían andar eran introducidos en fila por una especie de pasillo, entre dos rampas, como puede verse a la entrada de los teatros donde el público hace cola. Tenían un aire desvanecido y fatigado. Se les retiraban sus armas, sus machetes, sus granadas; ellos dejaban hacer, como niños abrumados por el sueño. Luego se les interrogaba. La matanza europea debía ser llevada con orden. Una contabilidad minuciosa reglamentaba todos los actos del drama. A medida que estos hombres desfilaban, se les contaba, se les cubría de etiquetas; unos escribientes comprobaban su identidad con la fría exactitud de empleados de aduanas. Por otra parte, ellos respondían con la misma paciencia del eterno público de las taquillas administrativas. Algunas veces, se permitían una reflexión. Se le preguntaba a un cazador:

—¿Eres tú que te llamas Menu?

Y el cazador afirmaba con aire entristecido:

—¡Oh, sí, por desgracia!

Me acuerdo de un hombrecillo que llevaba un brazo en cabestrillo. Un médico consultó sus fichas y dijo:

—¿Tienes una llaga en el brazo derecho?

El hombre contestó con modestia:

—Oh, no es una llaga, es solamente un agujero.

En un rincón, se distribuían alimentos y bebidas. Un cocinero cortaba lonjas de vaca y partía en porciones un enorme trozo de gruyère. Los heridos cogían las vituallas con sus manos llenas de tierra y de sangre, y masticaban con lentitud y delicia. Se adivinaba que el hambre y la sed eran su mayor sufrimiento. Se estaban sobre un banco, sentados tímidamente, como invitados pobres en el "buffet" de un festín.

Enfrente de estos hombres, había una veintena de heridos alemanes llevados allí en mezcolanza. Dormitaban y lanzaban breves miradas ávidas sobre los víveres y los cubos de humeante té. Usando una frase célebre, un soldado de infantería ya canoso que engullía sendos tragos de caldo, dijo de repente al cocinero:

—¡Venga ya! ¡Dales siquiera un poco de caldo!

—¿Es que los conoces? — bromeó el marmitón.

—¡Que si los conozco! ¡Nos hemos estado pegando durante todo el santo día! Venga, hombre, dales siquiera un poco de caldo.

Un mequetrefe de nariz angulosa, de mirada miope, añadió en un tono reconcentrado:

—Hay que hacerlo por nuestra reputación...

Y continuaron platicando con gravedad, bebiendo ávidamente tazas de un brebaje humeante, que les servían de un jarro de hojalata.

Al otro lado de la tienda, el espectáculo era completamente diferente. Los heridos graves estaban todos acostados. Colocados uno al lado del otro, sobre el suelo rugoso, formaban un mosaico del sufrimiento pintado con los colores de la guerra, color de fango y de sangre, y que apestaba a los olores de la guerra, olor de sudor y de podredumbre; con un ruido confuso de gritos, de lamentaciones y de hipos, ruidos que son la voz misma y la música de la guerra.

Aquel espectáculo me heló. Había conocido ya el horror de las matanzas, la caza y su griterío. Me faltaba conocer este otro horror, el del "cuadro", la aglomeración de las víctimas yacentes, la perspectiva del vasto vestíbulo con un montón de larvas humanas bullendo a ras del suelo.

Había terminado el acarreo de las camillas y me afanaba alrededor de los heridos; tenía la torpeza de una buena voluntad demasiado emocionada. Los había que vomitaban, la frente bañada en sudor, con penas infinitas. La mayor parte permanecían inmóviles, serenos, como atentos a los progresos interiores de su mal. Me conmovió sobre todo uno. Era un sargento rubio, con un delicado bigote. Lloraba con una desesperación muy parecida a la vergüenza. Le pregunté si sufría mucho. Apenas me respondió. Entonces, levantando su manta con suavidad, vi que la metralla le había herido cruelmente en su virilidad. Y sentí una profunda compasión por su juventud y por sus lágrimas.

Había también un muchacho que gritaba a intervalos regulares una queja curiosa, una queja de su región, de la cual yo no distinguía más que estas sílabas: "¡Ah...!, mí... don... ¡ah!, mí... don..." Un médico que pasaba le dijo:

—¡Vamos, hombre, un poco de paciencia! No grites así.

El chico se detuvo un momento para replicar:

—Tendría que quedarme sin voz para no gritar.

Y, a continuación, volvía a gritar rítmicamente: "¡Ah!, mi... don...", como si ese ritmo y esas palabras hubieran sido necesarias a su sufrimiento.

Su vecino era un hombre rudo, de potente mandíbula, de rasgos macizos y enérgicos, con esta forma de cráneo y esa disposición de los cabellos por los que se reconoce a la gente de la Auvernia.

Miraba al joven que gemía a su lado y, volviéndose hacia mí, opinó con un movimiento de hombros:

—¡Qué desgracia estar descalabrado como este chico!

—Y tú —le dije—. ¿Qué es lo que tienes?

—¡Oh!, yo creo que ya no tengo pies; pero tengo una salud de hierro. La caja es sólida.

Y era verdad; vi que le habían sido arrancados de cuajo los dos pies.

Las bombillas eléctricas se aureolaban de una polvareda nauseabunda. En los lados de la tienda, en sus pliegues, como grandes manchones negros, dormían las moscas, apaciguadas por la frescura de la noche.

Poco a poco, la sala se despejaba. Grandes olas de viento movían las telas y las agitaban estremeciéndolas o sacudiéndolas según fuera el motivo el aire o el cañón.

Con precaución, di unos pasos, saltando sobre las camillas, y me encontré fuera, en la noche rugiente, iluminada por la aurora boreal del campo de batalla.

Marchaba con las manos hacia delante y acababa de tocar una empalizada; sentí de pronto la sensación de estar acodado en el balcón del infierno.

¡Qué tormenta humana! ¡Qué explosión de odio y de destrucción! Diríase que con millones de chispas una tropa de gigantes forjaba el horizonte de la tierra golpeándola con formidables martillazos. Un inmenso y continuo resplandor, compuesto de infinidad de luces furtivas, vivía, palpitaba, saltaba, deslumbrando el paisaje y la nada. Ramilletes irisados chisporroteaban en el cielo, como los que el martillo hace brotar al golpear el yunque.

Para mí, que acababa de salir de las trincheras, todos aquellos artificios tenían su significado. Recomendaciones, órdenes, llamadas desesperadas, señales de matanza. Interpretaba aquel infierno como si hubiera expresado con todas las letras el furor y el abatimiento de los combatientes.

Hacia la dirección de Combles, a la izquierda de Maurepas, un

punto brillaba con más rabia. Era allí donde se enlazaban los dos ejércitos, el francés y el inglés; era allí donde el enemigo concentraba con insistencia el esfuerzo tumultuoso de sus fuegos. Durante semanas enteras, vi iluminarse aquel sitio cada noche con la misma llama devoradora. Era tan intensa que cada segundo parecía ser el segundo definitivo. Pero las horas, las noches, los meses, se sucedían lentamente a través de la eternidad, y cada uno de aquellos terribles instantes no era más que un paroxismo en una infinidad de paroxismos. Es así como el ardor de las heridas nos hace creer a menudo que no podrá ser ya tolerado. Pero la muerte no accede gustosa al deseo de los hombres; golpea a su voluntad, cuando quiere y a donde quiere, y no tolera ser aconsejada o seducida.

Llegó la mañana. Los que hayan visto las auroras de la guerra, después de las noches dedicadas a combatir, o consumidos en las sangrienta tarea de las ambulancias, conocerán una de las más grandes fealdades y una de las más grandes tristezas del mundo.

Por mi parte, no olvidaré jamás esa luz avara y verdosa, ese aspecto descorazonado de las luces y de los rostros, ese olor sofocante de los hombres invadidos de podredumbre, ese estremecimiento del frío matinal, semejante al último soplo helado de la noche en las frondas entumecidas de los grandes arbolados.

Mi servicio como camillero había terminado. Pude volver a la carpintería. Trabajaba las pesadas planchas de madera verde pensando en toda clase de cosas, como las que concibe el espíritu privado de sueño y empapado de amargura.

Hacia las ocho de la mañana, la población de las moscas saludaba al sol que se desprendía penosamente de las brumas; y los bichos comenzaban a entregarse a su gran orgía cotidiana.

Todos los que hayan pasado por el Somme en 1916 conservarán el recuerdo de las moscas. El desorden del campo de batalla, la abundancia de carroñas, la aglomeración anormal de animales, hombres y restos de comida pasada, todas estas causas determinaron aquel año una enorme aparición de moscas. Parecían haberse dado cita las de todos los puntos del globo para asistir a una solemnidad excepcional. Las había de todas las especies, y los seres humanos, abandonados a su odio, permanecían sin defensa contra esta odiosa invasión.

Durante todo un verano, ellas fueron las dueñas, las reinas, y tuvieron comida a placer.

Yo vi, en la cota 80, plagas, hormigueantes de larvas, esto que se ha podido olvidar después de la batalla del Marne. He visto a las moscas precipitarse sobre la sangre y el pus de las heridas y asentarse allí tan glotonamente que se las podía coger con pinzas o con los dedos sin que se decidieran a huir, a abandonar el festín. Propagaban toda clase de infecciones y gangrenas. El ejército sufrió cruelmente con ellas, y uno se asombra de que, en definitiva, no quedaran victoriosas.

No había nada tan melancólico y pelado, como la llanura sobre la que se asentaba la ciudad de las tiendas de campaña. Cada mañana, unos pesados tractores remontaban la altura de Etinehem y venían a proveer el campo de agua. Llenaban de agua dulzona unos toneles esparcidos aquí y allá, y, con esa provisión, había que dar de beber a los hombres, y lavar todas las inmundicias y deyecciones de la enfermedad.

No se veía un matorral hasta alcanzar los bosquecillos del horizonte. Ni un trozo de hierba fresca. Nada más que la inmensidad polvorienta o pegajosa, según estuviera el cielo sereno o tormentoso. Para animar un poco aquella desolación, había surgido la idea de plantar unas flores, entre las tiendas, y los heridos que descendían de los coches veían con asombro, a través de la lúgubre agitación de las cosas militares, la pálida sonrisa de un geranio y, como si fuesen pequeñas catedrales góticas, los enebros, arrancados de los bordes pedregosos del valle, y replantados allí, apresuradamente, según el modelo de los jardines a la francesa.

No puedo recordar sin una extraña emoción la tienda en la que agonizaban una docena de soldados atacados de gangrena. Alrededor de aquel lugar desesperado había un raquítico arriate, y un hombre, atento, se esforzaba con placidez en cultivar la campanilla roja de las salvias.

A veces, la tierra, agobiada por el calor del mes de agosto, se desmayaba ante la brusca saciedad de una tormenta. En estos días, las tiendas de campaña crujían con todas sus telas y parecían clavarse en el suelo, como grandes pájaros lívidos, para resistir mejor a los elementos.

Pero ni las riadas de lluvia ni la cólera de los rayos, ninguno de aquellos furores de la naturaleza, conseguían distraer a los hombres de su guerra. En la colina 80, seguíase operando y curando a los heridos, así como en las colinas vecinas continuaba la artillería hiriendo el suelo en disputa. A veces, incluso pare-

cía que el hombre se obstinaba en hablar más alto que el cielo y comenzaba un forcejeo entre los cañones y la tormenta.

Recuerdo que, una vez, la tormenta dijo la última palabra: dos globos cautivos se incendiaron y la artillería, cegada, tartajeó un poco pero acabó por callarse.

A los pocos días me encargaron de instalar en las tiendas pequeños objetos de carpintería. Bancos y mesillas. Me trasladé allí con mis herramientas e hice lo que pude por no molestar a los pacientes, ya abrumados por los ruidos de la batalla. Aquel servicio me era penoso, porque me mostraba el testimonio impotente de todas las miserias. Un día, sin embargo, contemplé una hermosa y emocionante escena: un joven artillero, herido en la cara, recibió la visita de su hermano, cadete en un regimiento cercano. Este último, muy pálido, contemplaba el rostro del herido que no era más que una llaga sucia y una mirada. Le había cogido las manos y se aproximaba a él instintivamente como para besarlo, pero retrocedía y se aproximaba otra vez, presa de una emoción mezclada de horror y compasión. Entonces el herido, que no podía hablar, tuvo una inspiración llena de cariño y, soltando sus dedos, se puso a acariciar los cabellos y el rostro de su hermano. Aquella efusión silenciosa, decía como el alma renuncia gustosamente a las palabras, para entregarse a las expansiones más íntimas.

En la misma tienda murió el teniente Gambier.

Era un hombre sencillo, un poco rudo, dedicado a algún oscuro empleo civil y que, por la sola virtud de su valor, había conquistado los galones de oficial. Una hemorragia acababa de agotar su poderoso cuerpo y tardó dos días en morir. El soplo de la vida tardó dos días en abandonar sus miembros helados, cubiertos de gruesas gotas de sudor viscoso. De vez en cuando lanzaba un suspiro. Entonces, dejando mi berbiquí y mis tornillos, iba a preguntarle si necesitaba algo. Me miraba con unos ojos agrandados, llenos de recuerdos y de tristeza, y decía:

—No quiero nada, sólo siento añoranza. ¡Siento mucha añoranza!

Casi me alegré de verle morir; su interminable agonía era demasiado lúcida. El pequeño Lalau, que murió el mismo día, se fue al menos hundido en la inconsciencia y el delirio.

Era un muchacho campesino; había sido alcanzado en la médula por un trozo de obús. Tuvo una especie de meningitis y, en seguida, dejó de pertenecer al mundo de los que razonan. Las

pupilas de sus ojos giraban de derecha a izquierda con una rapidez vertiginosa; movía la mandíbula sin cesar, a la manera de los rumiantes. Un día, lo encontré devorando el rosario que un capellán le había colgado del cuello. Un enfermero le mantuvo la boca abierta mientras le sacábamos infinidad de fragmentos de madera y alambre. El desdichado reía suavemente y repetía: "¡Qué duro es mascar!", y los pliegues de su rostro eran sacudidos por infinidad de tics dolorosos.

El delirio desconcierta y hiere nuestro espíritu como el desorden supremo: aquel de las cosas del juicio. Pero quizá deja traslucir una benevolencia de la naturaleza que ahorra al hombre despojado de todo, de la comprobación de su miseria. La vida y la muerte tienen esas sombras de bondad. Así, vi un soldado traspasado por tantos golpes, que los cirujanos estimaron su caso fuera de los recursos de la ciencia. Tenía, entre otras heridas, un largo trozo de acero hundido como una daga en la muñeca derecha. Aquel espectáculo hería tan cruelmente la vista que se intentó quitárselo. Un médico se lo cogió con la mano y lo golpeó con suaves sacudidas.

—¿Te duele? — le preguntaba de vez en cuando.

Y el paciente respondía:

—No, pero tengo sed.

—Pero —le pregunté al médico—, ¿cómo es posible que no le duela?

—Es porque está ya insensibilizado — respondió el médico.

Y entonces comprendí que el exceso de dolor puede procurar a veces a las víctimas una tregua que es, en cierto modo, el gusto anticipado del aniquilamiento total, el preludio de las delicias de la muerte.

Al extremo de cada una de las grandes tiendas rectangulares, habían levantado una de esas pequeñas tiendas cónicas que los veteranos llamaban morabitos. Servían de cámaras de agonía. Allí se encerraba a los hombres sin esperanzas de salvación, en una soledad previa a la de la tumba. Algunos parecían darse cuenta, como aquel soldado con el abdomen perforado que, penetrando en la tienda redonda, pidió que le pusieran ropa limpia:

—No me dejéis morir con una camisa sucia — repetía —. Dadme una camisa blanca. Si no tenéis tiempo, ya me la pondré yo mismo.

A veces, abrumado por tantos sufrimientos, yo solicitaba que me dieran trabajos fuera del campo, para airear mis ideas, para

renovar el tema de mis reflexiones. Siempre me alejaba de la ciudad de las tiendas con un suspiro de alivio. Contemplaba desde lejos aquella siniestra aglomeración que presentaba un cierto parecido con una feria campesina; buscaba, entre la blancura de las telas y de las cruces escarlata, la punta de los morabitos, contemplaba también el cementerio donde cientos y cientos de cuerpos eran enterrados y, calculando el cúmulo de tristezas, de desesperaciones o de cóleras acumuladas sobre aquel trozo de tierra, pensaba en aquellas otras gentes que, en el interior del país, pueblan los cafés-conciertos, los salones, los cines, los lupanares, gozando descaradamente del mundo y del tiempo, y, al abrigo de esta muralla trémula de sacrificios, rehúsan comulgar en la tristeza universal. Yo pensaba en aquellas gentes con más vergüenza que resentimiento.

Los pasos fuera del campamento me refrescaban el corazón, y encontraba algún consuelo en el espectáculo de los hombres sanos preparados para la batalla.

Algunas veces iba hasta el sector inglés. Allí se prodigaba la artillería a largo alcance. Las piezas estaban atendidas por hombres en mangas de camisa, con pantalones largos, sucios de aceite y de grasa, que se asemejaban más a obreros de una fábrica que a militares. Allí sí que se sentía como la guerra ha llegado a ser una industria, una empresa mecánica y metódica de matanzas.

Una noche, al pasar por la carretera Alberto, oí como hablaban unos hombres sentados junto a un foso. Tenían el acento de los campesinos del Norte y debían pertenecer a los regimientos que volvían de la línea de fuego.

—Después de la guerra —decía uno de ellos— aquellos que querrán mezclarse en los negocios públicos, faltará que puedan decir que "ellos" la han hecho esta guerra.

Pero aquella frase ingenua, sorprendida una noche al pasar por una carretera del frente, aquella frase sin importancia y sin eco, se perdió entre el tumulto del cañoneo.

Debo muchas cosas a aquel mi nuevo oficio de camillero. Le debo conocer a los hombres mejor de lo que les conocía hasta entonces, conocerles bañados en una luz más pura, desnudos ante la muerte, despojados hasta de los instintos que desfiguran la divina belleza de las almas sencillas.

A través de las mayores pruebas, nuestra raza de labradores

ha permanecido vigorosa, pura, digna de las nobles tradiciones humanas. Os he conocido a vosotros, Rebic, Louba, Ratier, Freyssinet, Calmel, Touche y tantos otros que no nombro por no nombrar al país entero. No se podría decir que el daño elegía sus víctimas, y sin embargo, cuando yo pasaba entre las camas donde se debatía vuestro destino, cuando os miraba uno a uno, a la cara, me parecíais todos hombres buenos, pacientes, enérgicos, y todos dignos de ser queridos.

¿No lo merecías tú, Rebic, sargento de cabellos grises, a quien una cariñosa familia aguardaba en el hogar? Un día, acababan de curar la gran herida que tenías en el costado, y todos nos afanábamos a tu alrededor poniéndote ropa limpia y haciéndote la cama cómoda. Tú te echaste a llorar, hombre sencillo y bueno, y como te preguntáramos la causa, encontraste esta respuesta sublime:

—Lloro de ver todo el trabajo que os doy.

De Louba no podíamos esperar palabras. El estallido de un obús le había destrozado la cara. No quedaba de su rostro más que una inmensa y bárbara herida, un ojo desviado, hundido, y la frente, una humilde frente de campesino. Sin embargo, un día, como le dijéramos cosas fraternales, Louba quiso testimoniarnos su complacencia y nos dirigió una sonrisa. Nunca lo olvidarán aquellos que vieron sonreír sin rostro el alma de Louba.

Freyssinet, un muchacho de veinte años, deliraba a menudo, mas se daba cuenta de ello en sus momentos de lucidez y pedía perdón a aquellos a quienes podía haber importunado. Llegó la hora en que conoció un majestuoso reposo. Aquel día, precisamente, un personaje galoneado recorría las tiendas con una imponente compañía. Se detenía al pie de cada cama y, con voz sonora, pronunciaba unas palabras, dejando bien sentado el honor que aquella alocución representaba para el herido. Hizo alto ante la cama de Freyssinet y empezó con su discurso. Como era hombre metódico y de importancia, dijo todo lo que tenía que decir sin reparar en las señas que se multiplicaban a su alrededor. Después de hablar, preguntó a sus asistentes:

—¿Tienen algo que indicarme?

—Sí —se le respondió—, es que... este herido está muerto.

Mas Freyssinet era tan modesto y tan tímido, que toda la actitud de su cadáver dejaba traslucir el respeto y la confusión.

Allí fue también donde conocí a Touche.

Nos llegó el pobre Touche con la cabeza rota, evacuado de

un puesto de socorro destruido por un incendio. Lo vi revolviendo en sus manos vacilantes una vieja cartera que contenía toda su fortuna.

—No, no —decía—, bien perdidas están...

—¿Qué buscas? — le pregunté.

—Busco las fotos de mis dos pequeños y de mi mujer. Desgraciadamente, me las han perdido. Las voy a echar mucho de menos...

Le ayudé en su búsqueda, y al hacerlo, me di cuenta de que Touche estaba ciego.

¡Pobre Touche! Me reconocía muy bien por la voz y siempre me reservaba una sonrisa. Comía con la torpeza de un hombre que todavía no está habituado a su desgracia. Pero se empeñaba en arreglárselas él solo y nos decía con voz serena:

—Hago todo lo posible. ¿Lo veis? Rebusco en el plato hasta que no encuentro nada.

¿Cómo he podido olvidar el nombre de aquel que nos trajeron una noche con las dos piernas trituradas y que murmuró simplemente: "Es duro morir. ¡Vamos, vamos! Seré valiente".

Y, ¿cómo se llamaba, pues, aquel muchacho ingenuo que nos recomendó su pie, maltratado por una granada, en estos términos: "¡Tened cuidado, señores, que todavía no estoy casado!"

Pero a Calmel, a Calmel, ninguno de los que le conocieron lo querrá olvidar. Jamás un hombre deseará más ardientemente vivir. Jamás un hombre será más digno por ello por su entereza y su resignación. Sufría heridas mortales, pero su mirada chispeante de vida interior las desmentía a cada instante. El fue el que a raíz de un bombardeo nocturno apostrofó a sus camaradas y les invitó a la calma, con su voz de moribundo autoritario:

—¡Vamos, vamos! —decía—. Aquí todo somos hombres, ¿verdad?

Tal es la fuerza del alma, que sólo aquellas palabras, pronunciadas por aquella boca, tuvieron el poder de restablecer el orden y la confianza en los corazones.

Fue a Calmel a quien un paisano regordete, encargado de no sé qué misión en el ejército, dijo un día con gozosa convicción:

—¡Parece que te han alcanzado bien, muchacho! ¡Pero si supieras como les pegamos nosotros con nuestro 75! ¡Heridas terribles, amigos, terribles!

Cada día traía visitantes a la cota 80. Llegaban a Amiens en suntuosos automóviles; atravesaban, charlando, el gran vestíbulo

de tela, parecido a una exposición de concurso agrícola; dirigían a los heridos algunas palabras en relación con sus asuntos personales, sus opiniones, sus dignidades. Tomaban notas en unos cuadernillos y, algunas veces, aceptaban cenar en la mesa de los oficiales. Había extranjeros, filántropos, políticos, actores, millonarios, novelistas y escritorzuelos. Aquellos que buscaban sensaciones fuertes, eran admitidos a veces en una de las tiendas cónicas o en una de las salas de operaciones.

Se marchaban, satisfechos de la jornada cuando el tiempo era bueno, y seguros de haber visto cosas curiosas, combatientes heroicos y una instalación modelo.

Pero... ¡Silencio! He pronunciado vuestros nombres, Freyssinet, Touche, Calmel, y ellos no podrán dejar en mi corazón más que un recuerdo demasiado noble para ser mezclado con la hiel.

¿Qué habría sido de la cota 80 abandonada? La batalla se ha corrido hacia el Este. El invierno ha llegado, la ciudad de las tiendas ha plegado sus lonas como una flota de veleros que tiene que aparejar para nuevos destinos.

A menudo, en sueños, vuelvo a ver la llanura desnuda y el inmenso cementerio varado en las brumosas tierras de labor como si fueran los restos de un gran naufragio en el fondo del mar.

LA NAVIDAD DE RECHOUSSAT

Réchoussat repetía con una risa aguda y forzada:

—Te digo que no vendrán.

El cabo Tetard hacía oídos de mercader. Ordenaba sobre una mesa su material: las compresas, el aceite, los guantes de caucho que se asemejaban un poco a los guantes de esgrima, las sondas encerradas en un tubo como grandes palos de vainilla de cinc esmaltado que parecía una gran alubia y otro recipiente de vidrio, ventrudo, de ancha boca que no se parecía a nada.

Réchoussat afectó un aire desembarazado:

—Pueden muy bien dejar de venir, si quieren. A mí me importa un bledo.

El cabo Tetard se encogió de hombros y respondió:

—¡Cuando yo te digo que vendrán!

El herido sacudió la cabeza con obstinación:

—Aquí, mi pobre amigo, aquí no viene nadie. Todos esos que van allá abajo, bueno, aquí no suben jamás. ¡Cuando yo te lo digo! Pero a mí no me importa.

—Puedes estar seguro de que vendrán.

—Y además, yo no sé por qué me han puesto aquí.

—Probablemente porque hace falta que estés tranquilo.

—Pero que vengan o que no vengan, a mí me da igual.

Réchoussat frunció el ceño para demostrar su orgullo. Y añadió con un suspiro:

—Ya puedes empezar con tus manejos.

Precisamente, el cabo Tetard estaba preparado. Había encendido un cabo de vela y retiró las sábanas de la cama de un tirón.

Apareció el cuerpo de Réchoussat, de una delgadez extraordinaria. Pero Tetard apenas prestó atención, y Réchoussat, desde hacía tres meses, vivía en bastante buena inteligencia con su miseria. Sabía muy bien que un estallido de obús en la espalda es una cosa seria, y que, cuando se tienen el vientre y las piernas paralizados, esto no puede arreglarse de un día al otro. Sin embargo, al meterle la sonda, dijo la frase consagrada, aquella que repetía dos veces al día:

—¿No es una desgracia no poder arreglarse por sí mismo?

La sonda estaba ya colocada en su sitio. El recipiente se teñía de un color de ámbar sucio, y un olor fuerte y penetrante se esparcía por el cuarto donde el moribundo vegetaba.

—¿Te alivia esto? — preguntó Tetard.

—Sí, me alivia... Pero ya son las seis y todavía no han venido. Claro que me es igual.

El cabo no contestó, con un aire turbado frotaba sus guantes de caucho uno contra otro. Con la mecha casi agotada, la llama de la vela oscilaba y hacía esfuerzos como pobre prisionera que quisiera liberarse y elevarse por sí sola, más arriba del aire viciado de la estancia, más alto, más alto aún, dentro del cielo invernal, en las regiones donde no se oyera el ruido de la guerra de los hombres. El herido y el enfermero miraban la llama sin hablar, con miradas sin expresión. El recipiente de vidrio desgranaba un pequeño murmullo líquido. A cada segundo, el cañón lejano enviaba una sacudida a los cristales y, cada vez, la llama de la vela dejaba traslucir como un movimiento nervioso.

—¡Qué horas más largas! ¿Tienes frío? — preguntó Tetard.

—Por lo que se refiere a la parte inferior de mi cuerpo, ya no sé lo que es el frío.

—¡Todo volverá!

—¡Seguro que volverá! ¡Está muerto, pero tendrá que revivir! Tengo veinticinco años. Es una edad en que la carne tiene vigor.

El cabo sacudió la cabeza con embarazo. Réchoussat le parecía bastante acabado. Tenía heridas en todos los sitios en que su cuerpo tocaba la cama, y le habían aislado para ocultar a los camaradas más felices el espectáculo de su larga agonía.

Pasó un buen rato. El silencio se hacía pesado, y ellos no tenían nada que decirse. De pronto y como si fuese la continuación de un diálogo interior, Réchoussat dijo:

—Ya sabes que yo me contento con muy poco. Si solamente hubieran venido un par de minutos...

—¡Cállate! — dijo Tetard —. ¡Cállate!

Aguzó el oído hacia la puetra. Un rumor confuso llegaba por el pasillo mezclado con ráfagas de sombra y de frescor.

—¡Míralos! ¡Ahí están! — dijo el enfermero.

Réchoussat alargó el cuello.

—¡Bah! Te digo que no.

De repente, una luz sobrenatural, rica en reflejos rojos y dorados, una luz desconocida, como de cuento de hadas, alumbró el pasillo. Apareció la pared de enfrente. Era un muro gris como pensamientos de diciembre, pero, de pronto, adquirió el resplandor de un palacio oriental o de un traje de princesa. Y toda aquella claridad hacía ruido, un ruido de voces alegres y de risas. No se oía cantar a nadie, pero todo el ruido tenía el aire de una bella canción. Réchoussat, que no se podía mover, alargó el cuello, y levantó un poco sus manos sobre las sábanas, como si quisiera tocar aquel precioso ruido y aquella hermosa luz.

—¡Lo ves! ¡Lo ves! — dijo Tetard —. ¡Te lo había dicho!

Entonces fue como un deslumbramiento. Algo acababa de detenerse ante la puetra, algo que era un árbol, un verdadero abeto de los bosques, balanceándose dentro de una gran caja verde. Había tantos farolillos y tantas velas de color colgando de sus ramas, que parecía una enorme antorcha. El cuartito, como un corazón demasiado feliz, parecía estallar con toda aquella luz. Pero todavía no era aquello lo mejor. Entraron los tres Reyes Magos. Estaban Sorri, el tirador senegalés, y Moussa y Cazin. Llevaban

unos abrigos como hopalandas y largas barbas blancas hechas con el algodón que se utilizaba para las curas.

Todos entraron y fueron hasta el fondo de la habitación de Réchoussat. Sorri llevaba un paquete con un regalo. Moussa blandía dos puros y Cazin una botella de champaña. Los tres saludaron ceremoniosamente tal como les habían enseñado, y Réchoussat se encontró de pronto con una caja de bombones en la mano derecha, dos puros en la izquierda y un cubilete lleno de espumoso sobre su mesilla de noche. Decía:

—¡Ah! ¡No, muchachos! ¡Esto es demasiado! ¡No, no!

Moussa y Cazin reían, Sorri mostraba sus dientes, y todo el mal olor del cuarto había desaparecido, como si bastase un poco de luz para echarlo de allí.

—¡Pero, muchachos! —repetía Réchoussat—. ¡Si yo no fumo! Pero guardaré los puros como recuerdo. ¡Alcanzadme el vino!

Sorri cogió el cubilete con las dos manos, y se lo ofreció con solemnidad, como si fuera un cáliz. Réchoussat bebía despacio y decía:

—¡Esto es champaña! ¡Y qué buen champaña!

Había en la puerta más de veinte caras, y todas reían, como reía la cara ingenua de Réchoussat.

Luego fue como una verdadera puesta de sol. El árbol maravilloso se alejó traqueteando por el pasillo. Los Reyes Magos, se desvanecieron con sus mantos de cola y sus barbas de algodón. Réchoussat seguía con su cubilete entre las manos y contemplaba la vela como si todas las luces hubieran quedado concentradas en ella. Reía suavemente repitiendo: "¡Esto es champaña!" Luego siguió riendo sin decir nada.

Suavemente, la oscuridad se posesionó otra vez de la habitación y se reinstaló en ella, como un animal familiar al que hubieran molestado en sus costumbres.

Con ella, una especie de tristeza se deslizó por todas partes, una tristeza que era el olor mismo de la enfermedad de Réchoussat. Un silencio zumbador se esparció sobre todos los objetos, como si fuera polvo. El rostro del enfermo cesó de reflejar el esplendor del árbol festivo. Bajó la cabeza, miró la cama, miró aquellas piernas flacas y ulceradas que eran las suyas, el vaso de vidrio lleno de sucio líquido, la sonda, todas aquellas cosas incomprensibles, y dijo tartamudeando de asombro:

—Pero... pero... ¿Qué es lo que pasa? ¿qué es lo que pasa?

EL TENIENTE DAUCHE

Fué en el mes de octubre de 1915 cuando trabé conocimiento con el teniente Dauche.

No puedo recordar aquella época sin una profunda emoción. Acabábamos de vivir ante Sapigneul unas semanas horribles. La ofensiva de Champagne había zumbado largamente a nuestra derecha, y sus últimos coletazos rompían ante nuestro sector, como las olas perdidas de un ciclón cuyo furor se debilita en alta mar.

Durante tres días nuestros cañones habían hecho eco a los de Pouilleuse, y habíamos esperado, con el arma al brazo, una orden que no llegó. Teníamos el alma turbada y vacía, todavía vacilante de esa especie de embriaguez sonora que produce un bombardeo prolongado. Nos sentíamos aliviados de no tener que ir a un asalto mortal, pero inquietos por las razones que nos habían dispensado de ello.

Fue entonces cuando me hirieron por primera vez. El azar de las evacuaciones me llevó al castillo de S., que es realmente un mediocre ornamento para la región de Reims, pero que se levanta entre suaves verdes y que contempla, desde el flanco de una colina, el delicado valle del Vesle.

Mi herida, aunque no grave, era, sin embargo, dolorosa. Me valió un poco de fiebre y un verdadero gusto por el silencio y la soledad moral. Me complacía en permanecer, durante largas horas, en compañía de un sufrimiento físico soportable pero que ponía a prueba mi paciencia, y que me hacía reflexionar sobre la vulnerabilidad de un organismo, en el que, hasta entonces, yo había tenido una obstinada confianza.

Ocupaba una habitación alegre, adornada de tela de Jouy y de suaves pinturas. Además de mi cama, había la de otro oficial que deambulaba por el cuarto con pasos silenciosos y se mostraba respetuoso con mi reserva. Sin embargo, llegó el día en que me autorizaron para tomar alimento, y aquel fue el día en que empezamos a charlar, sin duda porque las viejas tradiciones

humanas inclinan a la conversación a la gente que se alimenta en común.

Y a pesar de la disposición de ánimo en que me encontraba, aquella conversación fue un placer y un recurso contra mí mismo.

Yo estaba invadido de sombríos pensamientos y de toda la tristeza de la época. El teniente Dauche me pareció al principio un alma llena de serenidad y de tranquila alegría. Luego comprendí que tenía mucho mérito al conservar tales virtudes frente a una adversidad continua que no le escatimaba las pruebas.

Los dos procedíamos de Lille y aquello fue una razón para unirnos más. La aventura de una herencia y los intereses de su posición habían llevado a Dauche a instalarse en Meuse y a fundar allí su hogar. Había contraído un matrimonio feliz y su esposa le había dado dos hermosos niños. Iba a nacer un tercero cuando la invasión alemana cambió la faz de Francia y del mundo, y redujo a la nada una empresa industrial próspera, separando violentamente a Dauche de sus hijos y de su mujer, de los cuales, desde entonces, tenía las más inciertas e inseguras noticias.

Igualmente yo había dejado en mi tierra invadida mis afectos y mis bienes. Sentía, junto a Dauche, los efectos de esa solidaridad que engendra un mismo infortunio. Tuve que reconocer, sin embargo, que mi camarada soportaba males peores que los míos con un corazón más firme, aunque a la vez muy sensible, como pude notar en infinitas ocasiones.

Dauche era de buena estatura. Tenía la tez sonrosada y los cabellos claros de nuestra tierra. Una fina barba adornaba y prolongaba un rostro lleno de dulzura y de vida, tal como se ve en los jóvenes que los pintores flamencos han pintado con frecuencia y con fortuna: gorguera al cuello y la pesada cadena de oro luciendo sobre jubón de oscuro terciopelo.

Un ligero vendaje le ceñía la frente. Parecía molestarse tan poco que yo descuidé, por algún tiempo, hablarle de su herida. Por otra parte, él mismo no hacía ningún caso de ella. Una vez vi como le cambiaron las vendas y entonces él me explicó, en pocas palabras, que el estallido de una granada le había alcanzado en el curso de un golpe de mano. Afectaba hablar de aquel incidente con la más perfecta despreocupación.

—Nada me atrae en la retaguardia —añadió con una sonrisa melancólica— y querría volver en seguida a mi unidad; pero el médico se ha opuesto formalmente a ello.

Confesaba que se sentía satisfecho de pasar su convalecencia

en aquel castillo de S., al que el otoño vestía de nobles ropajes.

A las dos semanas, y a pesar de la extensión de la herida que yo tenía en el hombro, me permitieron levantarme y dar algunos pasos. Dauche me ayudó con un cariño fraternal, y fue gracias a sus estímulos que me atreví a aventurarme por las avenidas del parque.

—Si usted sale con el teniente Dauche — me dijo, no sin embarazo, el médico que nos atendía a los dos —, procure no separarse de él.

Aquel médico era un hombre taciturno. No le pedí explicaciones. Tenía confianza en mis fuerzas recuperadas, y, por una inclinación de ánimo bastante natural en aquellos momentos, me creía destinado a ser una especie de enfermero que está encargado de velar por los demás.

Pasaron algunos días, colmados por todo lo que hay de calmoso y de eternamente joven en los comienzos de una amistad. La guerra, entre mil miserias, nos ha hecho experimentar, a veces, la de vivir en la sociedad de gentes que, en tiempo de paz, hubiéramos alejado cuidadosamente de nuestro camino. Con una trémula alegría reconocí en Dauche las cualidades que mi naturaleza, quizá inquieta y difícil en extremo, necesita para sentir efecto. Pienso que en ello hay una profunda predestinación. Los hombres de aquella época que llegaron a ser mis amigos, estaban designados, marcados, por un mismo signo misterioso. Pero no a todos los conoceré y el destino no tendrá quizá nunca la preocupación de hacerme encontrar a mi mejor amigo.

Cuando no llovía, Dauche y yo nos paseábamos, conversando, por las pendientes de la colina, por la cual descendía un opulento rebaño de encinas y de abetos. Mi joven amigo percibía y juzgaba las cosas de la naturaleza, con un candor mezclado de imprevistos y de ingeniosidades, que no es corriente encontrar más que en los niños. Hablaba de su disperso hogar con una fe tenaz, y consideraba el porvenir con esa sonriente gravedad que de ordinario no se encuentra más que en los hombres profundamente religiosos o en los que están embriagados por la gloria y el éxito.

Por la noche, cuando el acercamiento de la oscuridad inclina a despiadados recuerdos sobre los acontecimientos y sobre uno mismo, él me invitaba alegremente a una partida de ajedrez, y este juego sutil nos llevaba hasta los umbrales del sueño.

El placer que me producía la amistad de Dauche, me llevó un día a hacer, ante nuestro médico, un elogio de su carácter.

El médico era un hombre que estaba ya al final de su juventud. Era alto, calvo y encorvado. Su mirada era sombría, pero llena de una tímida bondad en su rostro barbudo.

—La suerte —dije— no escoge a sus víctimas. Es deplorable que ataque a naturalezas tan generosas, pero es maravilloso que no consiga alterarlas.

Charlábamos mientras íbamos andando con pasos mesurados por un estrecho camino escondido entre los avellanos.

Mi interlocutor hizo un singular movimiento de hombros, y lanzó una mirada en derredor, como para asegurarse de nuestra soledad.

—Parece gustarle **a usted** —me dijo— la compañía del señor Dauche, y es una **cosa** muy natural. Le rogué, sin embargo, que no prolongasen sus paseos demasiado lejos del castillo, y debo renovarle este aviso.

El tono de estas palabras me llenó de repente de una especie de angustia, y no oculté mi asombro:

—Me parece que Dauche —objeté— lleva una convalecencia muy tranquila. ¿Teme usted algo de ese arañazo que tiene en la frente?

El médico se había detenido. Con la punta de su bota se entretenía en mover una de las piedras del camino sin levantar la cabeza.

—Ese arañazo —dijo rápidamente— es una herida mucho más grave de lo que usted se figura.

Reinó un penoso silencio y, como yo permaneciera como atontado, el médico prosiguió con suspensiones y reticencias:

—Se está empezando a conocer a esas heridas del cráneo. Su camarada ignora, y debe ignorar, la gravedad de su estado. Ni siquiera sabe que el proyectil que le hirió no ha podido ser extraído. Y aunque la cosa fuera posible...

Luego, de pronto, el médico se perdió en consideraciones filosóficas en las que parecía encontrarse a la vez seguro y vacilante como en un laberinto familiar:

—Hemos hecho mucho. ¡Mucho! Incluso hemos devuelto la vida a algunos muertos; pero no podemos devolvérsela a todos. Había problemas muy arduos. Creímos haberlos resuelto; pero hay problemas que no tienen solución. No hablo de Dios. Hasta la idea de Dios parece haberse desinteresado de esta inmensa catástrofe. No hablo de Dios, sino de los hombres. Habría que decir a los hombres cosas muy sencillas. Hay heridas que no po

demos curar. Que no se produzcan, pues, tales heridas y el problema no se planteará. Esto es una solución. Pero la gente de mi profesión es demasiado orgullosa para planteársela al mundo, y el mundo está demasiado alocado para escucharla.

Me inspiraban demasiado respeto aquellas divagaciones para interrumpirlas; sin embargo, al producirse un nuevo silencio, murmuré muy bajo:

—Verdaderamente, si como usted dice, ese proyectil...

—Es inaccesible. ¿Comprende usted? ¡Inaccesible! Es un poco vergonzoso para un hombre lleno de vanidad tener que confesar tales cosas, pero, en cambio, es lo único decente. Y además, es un hecho. La mano del hombre lo ha metido allí donde está; pero es impotente para sacarlo.

Me sentía turbado por la personalidad de mi interlocutor y, sobre todo, muy afectado por sus palabras. Balbucí:

—Sin embargo, se puede vivir así.

—No. Solamente se puede morir.

Continuamos andando hasta los linderos del bosque. La gran luz de la pradera húmeda pareció recordar al médico los ritos de su protocolo social, pues con una voz distinta dijo:

—Perdóneme por haberle llevado a consideraciones que, forzosamente, son extrañas a su moral personal. No me pesa haberle hablado de Dauche en esta ocasión. El no tiene, según creo, parientes próximos en la Francia libre. Pero como usted se interesa por él, debo prevenirle. Es hombre perdido. Hasta añadiré, puesto que usted gusta de su compañía, que, de un momento a otro, puede presentar accidentes rápidamente mortales.

Yo no conocía a Dauche más que desde hacía muy poco tiempo, pero me sentí abrumado. Algunas palabras insignificantes me vinieron a los labios. Dije, quizá, algo parecido a: "¡Pero esto es espantoso!" El médico terminó su pensamiento con una pálida sonrisa:

—¡Ah, caballero! Usted hará como yo y como todos los demás. Se acostumbrará a vivir en compañía de gentes que comparten todavía nuestro universo, pero de los que se sabe que, indudablemente, están ya muertos.

No pude acostumbrarme. Aquella conversación había tenido lugar al filo del mediodía. Empleé el resto del día en huir de Dauche, cobardía que se debía a mi poca aptitud para disimular mis pensamientos.

La noche me encontró completamente desvelado, pero me fue

doblemente propicia, pues me dejó tiempo para dominar mis impresiones y me proporcionó un aspecto doliente indicado para poder achacar a mi herida las alteraciones de mi carácter.

Al levantarme, Dauche me propuso dar juntos un paseo por el bosque. Estuve a punto de rehusar. Pero su sonrisa era tan cordial, tan fraternal, que no tuve el valor de excusarme. Por lo demás, el tiempo estaba espléndido.

El esplendor del sol todavía fuerte, el fino colorido de un paisaje cargado de vapores matinales, quizá también un deseo personal de alegría y de olvido, todo aquello dispersó bruscamente mis ideas lejos de la especie de abismo en que las había visto precipitarse.

Dauche se había puesto a correr entre las altas hierbas color de ámbar que se marchitaban sin prisa. Lanzaba risas que parecían de un adolescente. Imitaba, con toda clase de anécdotas y de palabras, los juegos de sus hijos, y se paraba de pronto, lleno de tierna gravedad, para hablar del que todavía no conocía y de la esposa que le esperaba en el exilio.

Nada de la naturaleza le parecía despreciable o indigno de interés. Respiraba todas las flores, tenía una mirada para cada cosa, frotaba entre sus dedos las hierbas aromáticas, gustaba las bayas de la zarzamora y las avellanas de los sotos. Me hacía reparar en mil cosas, y yo enrojecía por no haberme fijado en ellas hasta entonces. A continuación, me arrastraba a una interminable aventura contemplativa en la que yo no sabía seguirle más que con una torpeza gruñona, como un viejo al que llevan a una ronda.

Volvimos hacia el castillo, muy satisfechos de nuestro apetito y de la brevedad de las horas, cuando, en la revuelta de un sendero, las palabras y las recomendaciones del médico volvieron a salir bruscamente de las profundidades de mi espíritu. Fue semejante a un golpe seco e imperioso dado con el dedo contra una puerta. Entonces sentí que no había cesado de pensar en ello secretamente. Pero mirando una vez más a Dauche, que parecía una espiga rubia y dura entre la belleza del mediodía, sacudí la cabeza y decidí:

—Ese honorable doctor se equivoca.

Y durante aquel día me sentí todavía feliz.

Al día siguiente, como tardara en levantarme y soñara despierto contando las flores pintadas en las paredes, sorprendí, no lejos de mí, la respiración tranquila de Dauche que aún dor-

mía. Súbitamente, una voz me dijo al oído: "Ese hombre que está ahí va a morir."

Me volví del otro lado, pero la voz repitió: "Ese hombre que está ahí, es un hombre muerto."

Entonces me invadió un gran deseo de marcharme, de alejarme de Dauche y de aquel castillo, de hundirme en el ruido y la agitación que reinaban en el interior del país.

Estaba completamente despierto y empecé a razonar con lúcida frialdad: "En resumidas cuentas, yo no conozco a este hombre encantador más que desde hace muy poco tiempo y no puedo hacer nada por él. Está en manos de hábiles médicos que agotarán todos los recursos de la ciencia en su favor. Por otra parte, olvidaré su desdichado destino tanto más legítimamente, cuanto que es, a estas horas, el de millones de otros seres jóvenes y dignos de interés. Mi presencia no puede serle de ninguna utilidad y su amistad, por el contrario, puede contribuir a deprimir una fuerza moral de la que todavía tengo bastante necesidad."

Todas aquellas ideas dieron por resultado el que, encontrándome solo con nuestro médico aquella misma mañana, le rogase, con un pretexto cualquiera, de apresurar mi evacuación a otro hospital.

—No veo ningún inconveniente —me dijo— dado el estado de su herida. Será como usted quiera.

Aquel asentimiento inmediato me causó alivio y también un poco de sorpresa. Mas, al encontrarse mi mirada con la del médico, la sorprendí cargada de una expresión tan triste y turbada que me avergonzó.

Y, realmente, me sentí tan descontento de mi debilidad, que al cabo de un cuarto de hora fui a encontrar al médico y le pregunté si era posible cambiar de intención y terminar mi curación en el castillo de S.

Sonrió, con un curioso aire de satisfacción, y me aseguró que podía quedarme tanto tiempo como quisiera.

Después de tantas vacilaciones, aquella resolución me calmó. Pasé la mayor parte del día en mi cuarto y me distraje leyendo. Hacia el anochecer, un camarada que había perdido un brazo en Berry-au-Bac, vino a buscarnos con gran secreto y nos condujo al invernadero, donde dos músicos de un regimiento cercano daban un concierto.

Yo apreciaba mucho la música, sin reconocerle, no obstante, ninguna significación intelectual precisa. Sin duda, hasta enton-

ces no había podido comprobar con qué fuerza puede adueñarse del estado de nuestra alma y precipitar sus reacciones una sucesión de sonidos y de acordes.

Un violín, sostenido por un piano, tocaba una sonata de Bach. Atacaron súbitamente el adagio, lleno de una majestad punzante. Varias veces sentí la impresión de que una persona invisible y desconocida posaba una mano sobre mi brazo y murmuraba: "¿Cómo, cómo puedes olvidar que él va a morir?"

Me levanté al final del concierto y me fui, presa de un verdadero tormento.

—¿Qué le pasa? — me preguntó Dauche saliéndome al paso —. Parece usted enfermo o desgraciado.

—Lo uno y lo otro — respondí, sin poder controlar mi voz —. ¿No ha oído usted lo que tocaba ese violín?

—Sí, en efecto — dijo él, soñador —. No puede haber nada más puramente gozoso.

Lo miré a hurtadillas y no le contradije. Solamente que, en la oscuridad de la noche, a solas con mis pensamientos, comprendí que el azar me había reservado una parte singular en el destino de mi amigo: Dauche estaba condenado. Tenía que morir. Iba a morir. Pero no era él, sino otro, el que, en cierto modo, sufría su agonía.

No quiero decir que yo sea distinto de los demás hombres. La guerra me ha probado rudamente sin perturbar mi imaginación, y mi herida no era de las que alteran el mecanismo normal de un espíritu corriente y sano.

Estoy bien persuadido, no obstante, de que la crisis que padecí, a partir de aquel día, hubiera trastornado a cualquier hombre sorprendido por los mismos contratiempos.

A pesar de la experiencia siniestra del campo de batalla, tuve, de la muerte, otra experiencia más nueva y más terrible aún por su misma duración. Casi no es posible vivir, sin imaginar a cada minuto, lo que será el minuto siguiente, y es trágico llevar dentro de sí mismo la certeza que destruye, desde su germen, todo proyecto, toda intención. La enfermedad crea, en la vida de cada día, circunstancias semejantes. Pero su tristeza está templada por la esperanza, o hasta por lo que hay de progresivo en el abandono de ella. Debo a la guerra el conocer una angustia nueva: la de vivir al lado de una persona de la que sabía que, a pesar de su fuerza y de su belleza, estaba bajo la amenaza de una

terrible caída, y que no tenía otro tuturo que el que debía a su esperanza y a su ignorancia.

Esta ignorancia nuestra es una cosa maravillosa y que nos hace envidiar la de los animales y de las plantas. A ella debió Dauche el vivir alegremente al borde del abismo. Yo estaba allí para asumir todo lo que de dramático tenía aquella situación, como si fuera contrario al orden humano que una parte tan grande de sufrimiento se quedara sin dueño.

Llegaron los primeros días de noviembre. El otoño declinaba espléndidamente. No habíamos renunciado a nuestros paseos. Me sentía empujado a ellos a pesar mío, como si el espectáculo de la naturaleza desfalleciente fuera particularmente propicio a expresar, hasta la embriaguez, la amargura de nuestra amistad.

Subíamos a menudo a la colina que domina la planicie de Reims. Como la savia de la vegetación, la agitación militar parecía enfriarse poco a poco y reconcentrarse bajo tierra. Los ejércitos preparábanse a dormir durante el invierno. El cañón tronaba, pero con pereza y cansancio. Los bosques, sin hojas, dejaban ver los aparatos guerreros que, durante todo el verano, habían disimulado bajo sus frondas.

El otoño me volvía más sensible al destino de Dauche, que era el destino de todos, como cruelmente me hacía comprobar él mismo. La idea de que aquel hombre iba a morir, se enseñoreaba de mis pensamientos hasta privarles de toda estabilidad, de todo valor, de toda eficacia. Era, sobre todo, la ineficacia del hombre lo que se me aparecía como única evidencia, mientras contemplaba las cortinas de chopos iluminadas de una gloria fugitiva.

Y, además, llegó un momento en que me fue imposible considerar las cosas sin pensar inmediatamente: "El no lo verá más."

Hay, en Saint-Simon, una página espantosa sobre la muerte de Luis XIV. El historiador no puede relatar ninguna de las acciones del monarca, sin repetir con una obstinación penetrada de odio: "Y fue por la última vez."

Igualmente, y veinte veces al día, yo pensaba viendo a mi amigo disfrutar de las bellezas de la estación: "Es por la última vez." Pero en mis pensamientos sólo había una dolorosa piedad.

Después de largas estancias en nuestro mirador, nos decidíamos a regresar, cuando, del lado del campo de batalla, el resplandor de los primeros cohetes adornaba el crepúsculo de lívidas constelaciones.

Dauche se mostraba apacible, ligero, casi dichoso, como un ser al que la esperanza visita a cada minuto.

Hacía proyectos. Y aquello me era tan insoportable que casi sentía irritación, hasta el punto de llegar a decirle una vez con cierta brusquedad:

—Es usted feliz para atreverse a hacer proyectos en una época semejante.

La frase era general y vaga. Pero al instante me pareció bárbara y dañina. Intentaba enmendarla cuando Dauche me respondió:

—¿No es ya hacer un proyecto el dejar latir el corazón? Y además, hay que desafiar al porvenir si no se quiere quedar reducido a temerlo.

Aquellas palabras llenas de prudencia me turbaron sin consolarme. Fui asaltado por una nueva ansiedad. ¿Era que Dauche adivinaba algo de su estado?

Estaba tan vivamente dolorido por el peso de mi secreto que, durante muchos días, me atormentó aquella pregunta.

Hoy, cuando interrogo mis recuerdos, con esa mezcla de amplitud y de minuciosidad que autoriza la perspectiva del tiempo, me es posible afirmar que Dauche ignoraba la gravedad del golpe que le amenazaba. En verdad, jamás sorprendí nada que me permitiera suponer que él sintiera la menor inquietud personal. No puedo recordar ninguna palabra, ninguna alusión, ningún desfallecimiento suyo, algo que, si él hubiera sospechado su estado, no habría podido retener y me hubiera abierto las profundidades de su conciencia.

Una vez, no obstante, me asaltó la duda. Un camarada de mi regimiento, mortalmente herido en el curso de una de las numerosas escaramuzas que hicieron de la cota 108 la plaga sangrienta de aquel sector, acababa de expirar en la ambulancia. Fuimos a verle en su lecho de muerte, pero en seguida me apresuré a alejar a Dauche de aquel cuarto donde él se demoraba.

—Este es quizá más feliz — dije para romper el forzado silencio.

—¿Lo cree usted así? — me respondió el joven.

Una fuerza oscura, que no era el azar, cruzó nuestras miradas y, en la de mi amigo, tan límpida, percibí una palpitación, algo furtivo, alocado, como el naufragio en plena soledad marina de una barca perdida.

Hice un esfuerzo para cambiar de conversación, y lo conseguí.

Dauche retornó a la vida con profundos suspiros y, pronto, con unas risas en las que no pude distinguir nada de falso.

A pesar de aquella alerta, tuve que reconocer que Dauche no sospechaba nada. Lo que vi en sus ojos aquel día, lo hubiera sorprendido, sin duda, en cualquier otra mirada humana. Además, la carne sabe cosas que el alma ignora, y aquella breve angustia en el fondo de su mirada fue, quizá, uno de esos gritos mudos de la bestia, que la conciencia deja pasar sin inspirarlos ni reconocerlos.

La herida de Dauche se cicatrizaba. La mía no requería ya más que muy pocos cuidados. Pero todo aquello no tenía importancia para mí. Yo esperaba.

Lo comprendí perfectamente cuando, un día, Dauche me preguntó por qué permanecía tanto tiempo en la zona del ejército. Improvisé una respuesta en la que invoqué nuestra verdadera amistad y lo poco que me ataba al interior. Pero, interrogándome a mí mismo, comprendí bien el móvil esencial de mi larga permanencia en S. Esperaba algo.

A través de estas peripecias morales, el efecto que yo sentía por Dauche no había cesado de crecer. Mi compasión lo había ampliado más y la certeza de que la muerte le reservaba un fin próximo contribuyó no poco a exaltarlo. Naturalmente inclinado hacia las cosas sentimentales, cedí sin reservas a una pasión de sacrificio. Sentí todos los trances de las mujeres que cuidan a un niño enfermo y que interpretan con desesperación los menores signos, los incidentes más triviales.

Había en el parque una pista de tenis y un juego de bolos carcomidos. Dauche los bombardeaba a menudo con unas viejas bolas usadas y podridas por la humedad. Una mañana, al lanzar una de aquellas bolas, se le deshizo entre los dedos desviando su esfuerzo y haciéndole tambalear. Se llevó en seguida la mano a la frente y tuve la impresión de que vacilaba. Inmediatamente fui a su lado y lo sostuve en mis brazos.

—¿Qué es lo que le pasa? — dijo al ver mi semblante descompuesto.

—Creí que se resentía de su herida.

—No — respondió sonriendo —, me ajustaba las vendas.

Otra vez que yo había dejado caer un libro que estaba hojeando distraídamente, se agachó para recogerlo con su prontitud acostumbrada. Tuve la impresión de que tardaba en endere-

zarse, como si luchara contra una especie de vértigo. Me incliné en seguida, y le quité el libro de las manos. Sus ojos estaban velados por una pequeña sombra rojiza. Quizá fuera tan sólo un efecto de mi imaginación, pues apenas duró.

—Le prohíbo —dije, probando penosamente de bromear —... le prohíbo salir de su papel de convaleciente.

Me miró con aire asombrado y replicó:

—¿Querrá usted hacerme creer que estoy enfermo?

Aquella respuesta me hizo notar mi torpeza, y comprendí que debía disimular las inquietudes que me era imposible no concebir.

Desde entonces no cesaron de asediar mi ánimo. Observaba todo lo que mi amigo comía y bebía, no atreviéndome a darle consejos y ardiendo a veces en deseos de hacerlo.

Descubrí y leí a escondidas artículos de medicina mucho más propios para turbarme que para instruirme. Tomé y rechacé mil determinaciones, hice y deshice mil planes, que hubieran sido ridículos y hasta cómicos si el perfume de la muerte no los hubiera impregnado y santificado.

Por la noche me despertaba bruscamente y espiaba la respiración de mi compañero, persuadido, a la menor detención, al menor cambio de ritmo, de que iba a morir, de que estaba muerto.

No habíamos dejado nuestros paseos, pero yo los limitaba de improviso, sin confesar la razón. Inventaba mil desviaciones para evitar un camino rocoso o resbaladizo. Apartaba las ramas de los senderos con una solicitud que no resultaba natural. A veces, en el transcurso de una salida, experimentaba de súbito, al vernos lejos del pueblo, un terror imperioso que me volvía silencioso y atontado.

Había renunciado al ajedrez pretextando una fatiga que muy pronto no fue fingida. Llegó un momento en que todas aquellas emociones tuvieron un lamentable reflejo en mi salud. Guardé cama durante varios días sin encontrar el menor reposo. Hubiera preferido una soledad absoluta. Pero la idea de que Dauche pudiera alejarse solo y cometiera alguna imprudencia, me resultaintolerable. No podía imaginar que el fatal acontecimiento tuviera lugar fuera de mi presencia, puesto que yo esperaba.

El permanecía a mi lado y, para distraerme, leía en voz alta. Yo hubiese querido evitarlo, pero, no pudiendo expresar mis inquietudes por él, me quejaba de mi propia cabeza. Cosa increíble, yo parecía ser el hombre herido, y él, el que estuviese en plena

posesión de sus fuerzas. Sí, era tal como lo dije. Yo vivía para él las ansias de la muerte.

Una noche, durante su primer sueño, lanzó una especie de gemido animal tan extraño, que me levanté de un salto y fui a contemplarle largamente a la luz de la lamparilla.

A la emoción que sentí aquella noche se mezclaba algo que era como un intenso deseo de liberación. Y comprendí, con horror, que mi alma enferma, no solamente esperaba lo inevitable, sino que lo deseaba.

Me levanté a principios de diciembre, y nuestra primera salida fue por el bosque de pinos que cubre los montecillos arenosos, al sur de la carretera principal de Reims a Soissons.

Era hacia el atardecer. Un furioso viento del oeste recorría gimiendo el viejo valle guerrero que, desde tiempos remotos, no han cesado de asolar los flujos y reflujos de las invasiones.

Marchábamos un poco frioleros, uno junto al otro, silenciosos, entregados, sin duda, a estos pensamientos inconcretos que no se traducen en palabras, y que son la misma esencia del alma.

La ladera de una colina nos resguardaba, y, cuando llegamos a la cima, le propuse que reposáramos sobre el reluciente tronco de una encina, por cuyo corte fluía una sangre ocre y púrpura.

Yo estaba fatigado, completamente al final de mis deseos y de mi valor, indiferente ya a mis acciones, a mis pasos, en el estado de un hombre que deja de luchar y que abandona una partida angustiosa.

¿Es posible que existan, entre dos seres, afinidades tan profundas? ¿Es verdad que aquel día fui yo el que abandonó la partida?

Abrumado de tristeza, me había levantado maquinalmente, y contemplaba, sin verlos, los saltos y la huida de las colinas erizadas de árboles hacia el horizonte.

¿Fue verdaderamente un ruido anormal lo que me hizo volverme? ¿No fue más bien como un choque y un desgarramiento interior? El hecho fue que, súbitamente, supe que algo pasaba detrás de mí. Y entonces mi corazón se puso a latir aceleradamente, pues aquello no podía ser más que una cosa. La cosa espantosa que yo esperaba.

Y lo era.

Dauche se había deslizado del tronco del árbol. Vacilé en reconocerle. Todo su cuerpo estaba agitado por un temblor horrible,

inhumano, como el que se ve en los animales cuando en el matadero reciben el golpe mortal. Sus pies y sus manos se retorcían en una lucha convulsiva. Su rostro violáceo se desviaba hacia el hombro derecho. Babeaba, y su mirada era blanca, sin pupilas.

Al evocar aquel espectáculo, siento una especie de vergüenza. A menudo he visto la muerte de cerca, y la guerra me había hecho vivir en una horrible intimidad con ella. Sin embargo, nunca había visto nada tan feo y tan bestial. A mi vez, me puse a temblar, como si el temblor del herido hubiera sido contagioso, y la impresión de desesperación y de repugnancia se acentuó en mí.

Aquello duró interminables minutos durante los cuales no hice ni un gesto. Dejé trabajar a la muerte y esperé a que ella hubiera acabado su obra. Poco a poco, tuve, sin embargo, la impresión de que tomaba aliento y dejaba a su víctima.

El cuerpo de Dauche permanecía rígido e inerte. Un débil gemido salía de sus labios.

Pude vencer mi inmovilidad y, a pesar del desconcierto de mi voluntad, me impuse el deber de llevarme de aquel lugar al que había sido mi amigo.

Para levantarlo, tuve que hacer un esfuerzo que me costó infinito. Estaba contraído y pesaba horriblemente. Lo había tomado en brazos, y lo llevaba con su pecho contra el mío, como se lleva a un niño dormido. Poco a poco, perdió rigidez y se abandonó. Un hilillo de saliva espumosa salía de su boca, como del hocico de los bueyes de labor. Su cabeza empezó a balancearse pesadamente.

Caía la noche. Después de unos pasos tuve que dejar mi carga, para volverla a coger. Aquel cuerpo dejaba escapar una lamentación inarticulada que movía a compasión. Mi hombro herido me causaba agudos sufrimientos. Pero tenía el alma ofuscada y mis movimientos eran casi inconscientes.

Yo no sé cómo llegué a la vista del castillo. Al llegar al pie de la colina, me encontré, de pronto, en el recodo de la avenida, al médico, que daba un solitario paseo. Era casi noche cerrada. No vi la expresión de su rostro y ni siquiera me acuerdo de lo que pudo decirme.

Dejé el cuerpo en el suelo y me arrodillé junto a él con el rostro bañado en sudor. Dije: "¡Aquí está!". Y me puse a llorar.

Hubo gritos, llamadas, luces. Se llevaron el cuerpo de Dauche y me llevaron a mí también.

Dauche no murió realmente más que dos días después. Yo no quise volverlo a ver. Me llevaron a una habitación alejada, donde viví en un semidelirio, preguntando de hora en hora: "¿Ha terminado? ¿Ha acabado ya?"

Por otra parte, conocí aquel final antes de que nadie me lo dijera, y me dejé caer en la negrura de un sueño sin sueños, del que, sin embargo, he guardado el recuerdo más desesperante.

Parece que Dauche fue enterrado en el pequeño cementerio cercado de álamos y de abetos muertos, que se distingue desde el pueblo de C., en un árido campo de arena blanca. No pude decidirme a ir a visitarlo. Llevaba conmigo una tumba más profunda y menos vana.

Dejé el castillo de S. hacia mediados de diciembre. Me sentía débil y apocado, recrudecido mi cansancio ante la idea de que tenía que proseguir mi vida, la mía, de que tenía que debatirme aún por mi vida y por mi muerte, las mías.

LOS PROYECTOS DE COUSIN

Cuando tenía un minuto de libertad, iba a sentarme al pie de la cama de Cousin. El me decía:

—Ya lo ve. Hay sitio para usted, ahora que me han cortado la pierna. Diríase que lo han hecho a propósito.

¡Qué cara más joven y delicada tenía aquel hombre de cuarenta años! Los "días de barbero", cuando le afeitaban, era agradable contemplar la sonrisa perpetuamente confiada de Cousin. Era una sonrisa sobrenatural, un poco fina, un poco irónica, un poco cándida, un poco crispada. La sonrisa misma de la raza, hecha de labios descoloridos por las pérdidas de sangre, de rasgos tirantes por el esfuerzo demasiado prolongado, demasiado grande. A pesar de todo, Cousin tenía un aire confiado, sin duda alguna, en el mundo entero, y seguramente en él mismo, puesto que vivía, puesto que era Cousin.

Le quedaba una pierna que, hablando con franqueza, no le servía para nada. El juego de la rodilla estaba profundamente dañado por la explosión de un torpedo. Era algo que no marchaba y de lo que se hablaba sacudiendo la cabeza y en voz baja.

Pero... ¡bah! No era precisamente en sus piernas que Cousin ponía su confianza. Ya había perdido una; no parecía hacer mucho caso de la otra. Cousin, yo creo, no ponía su confianza en ningún punto preciso de su pecho, o de su cabeza, o de sus miembros. Con una pierna más o menos, él era el mismo, y en sus ojos verde claro brillaba una llama generosa que no era de la mirada solamente, sino, y sobre todo, del alma.

Cuando me sentaba al pie de su cama, Cousin me contaba sus asuntillos. Siempre tomaba los acontecimientos en el punto donde la guerra los había interrumpido, y tenía una inclinación natural a unir el hermoso pasado de la paz con un porvenir no menos delicioso. Por encima del abismo perturbado y sangriento, le gustaba prolongar la vida de antaño hasta la vida futura. Nada de verbos en pretérito, sino en un eterno y maravilloso presente.

—Soy corredor de objetos de arte —me decía—. Es un oficio ventajoso cuando se conoce bien. Me ocupo, sobre todo, de candelabros y de arañas. Trabajo con Cohen y Cía., con Marguillé, con Smithson, con todos los grandes establecimientos. Ahora tengo una manera particular de trabajar. Guardo mi cliente para mí, y me encargo de hacerle comprender lo que quiere y de servírselo. Supongamos que tengo aquí un tal señor Barnabé que viene a pedirme una araña para un salón. Le digo: "Bueno, ya veo lo que usted necesita". Brinco dentro de un taxi. Llego a casa de Cohen y Cía. "Es un 25 por 100. ¿Comprendido?" Admitamos que Cohen pone dificultades. ¡Bueno! Salto por las escaleras, vuelvo a coger el taxi y nos largamos a casa de Smithson. Tengo que admitir que hay gastos. Supongamos que el Barnabé se vuelve atrás y, bueno, yo me quedo plantado con mi taxi. Pero es muy interesante. Es un oficio que hace correr, que divierte, que exige gusto.

Yo me esforzaba en sonreír contemplando el rostro animado de Cousin. Tenía en las mejillas dos manchas "no muy francas". Tenía también los ojos un poco hinchados del hombre que ha permanecido demasiado tiempo en la cama, con fiebre, y en el cual "lo de dentro no está muy sano". A los cuarenta años, por muy joven que se sienta el corazón, la carne no acoge ya tan bien como a los veinte, las explosiones de torpedo. Por eso miraba yo con asombro la cara de Cousin, mientras el amputado me explicaba como en aquel oficio se trepa a casa de Cohen, se salta a casa de Marguillé, y como se lanza uno por las escaleras de Smithson.

Llegó un día en que la pierna de Cousin empezó a sangrar.

Aquello se filtraba a través de los vendajes, con unas gotas que se agrandaban, como un sudor escarlata, o como el rocío matinal sobre las hojas de una col. Durante cuatro o cinco días, Cousin no cesó de sangrar. Cada vez se lo llevaban a toda prisa, le metían toda clase de cosas en sus heridas y la sangre cesaba de fluir. Cada vez, Cousin volvía a su cama un poco más descolorido y me decía al pasar:

—Ya ve usted. Nunca se puede estar tranquilo con estas historias.

Una mañana fui a sentarme junto a Cousin que hacía su toilette. Estaba sofocado. A pesar de la hinchazón de su rostro, se le notaba más delgado, consumido, como devorado por un mal interior. En verdad hacía pensar en un fruto lleno de gusanos.

—Tengo —me dijo— muy buenas noticias de mis chicos. ¡Doce y trece años! ¿Qué le parece? ¡Figúrese que van a ayudarme en mis negocios! ¿No se lo he dicho? Pienso dedicarme también, además de los candelabros, a los relojes y bibelots de chimeneas. Con las relaciones que tengo, podré hacer cosas estupendas. ¡Hay que tener ambición! ¡Santo Cielo! Eso me hará correr, pero ya me arreglaré. ¡Ya me arreglaré! Lo que es preciso, es conocer los estilos.

Yo intenté sonreír, sin conseguir evitar que se me encogiera el corazón. Cousin estaba agitado por un entusiasmo lírico. Blandía su toalla en una mano y en la otra el jabón. Me describía su hermoso porvenir como un hombre que lo viera expuesto, escrito en gruesas letras sobre la blancura de las sábanas.

Sobre la sábana que yo precisamente estaba mirando, apareció de pronto una mancha, una mancha roja que se extendía con rapidez, una mancha espantosa y espléndida.

—Vaya, por Dios —murmuró Cousin—; ya está esto sangrando otra vez. Nunca puede uno estar tranquilo.

Yo había llamado. Se rodeó con un caucho el muslo de Cousin que decía:

—Despacio, despacio. ¡No os apresuréis!

Decía aquello con una voz seria, pero débil, una voz hecha sólo con los labios.

La sangre cesó de manar y una vez más llevaron a Cousin a la mesa de operaciones.

Allí, hubo un momento de calma. Los cirujanos se lavaban las manos. Yo les oía charlar en voz baja sobre el caso de Cousin, y aquello aceleraba los latidos de mi corazón.

Cousin me distinguió de lejos y me hizo una seña con los párpados. Fui junto a él. Me dijo:

—¡Nunca se puede estar tranquilo! Bueno. ¿Qué es lo que le decía? Ah, sí; le hablaba de los estilos. Mi fuerte es que conozco los estilos. El Luis XV, el Imperio, el holandés, el moderno, todos. Sólo que es difícil, yo le explicaré...

—Duerman a Cousin — dijo suavemente el cirujano.

Cousin contempló la mascarilla como a una vieja amiga, y todavía tuvo tiempo de decirme:

—Ya se lo explicaré cuando estos señores me hayan dejado en paz. Cuando me despierte.

Luego, juiciosamente, se puso a respirar el éter.

Hace más de un año de todo esto. A menudo pienso, Cousin, en aquellas explicaciones que no me has dado, que ya no me darás jamás.

LA DAMA VESTIDA DE VERDE

No sabría decir por qué me gustaba Rabot. Todas las mañanas, yendo y viniendo de la sala por las necesidades del servicio, distinguía a Rabot, o mejor dicho, a la cabeza de Rabot. Menos aún. Al ojo de Rabot que se perdía en el revoltijo de las sábanas. Tenía el aire de un cerdo de Indias que se mete bajo la paja y os acecha con ansiedad.

Cada vez que pasaba, hacía a Rabot una seña familiar que consistía en cerrar enérgicamente el ojo izquierdo apretando los labios. Al momento, el ojo de Rabot se cerraba dibujando mil pliegues en su marchita faz de enfermo. Aquello era todo. Habíamos cambiado nuestros saludos y nuestras confidencias.

Rabot no reía jamás. Era un antiguo niño de la Asistencia Pública, y se adivinaba que, de pequeño, jamás había podido mamar a placer. Y esas comidas frustradas cuando se es un niño de pecho no se recuperan nunca.

Rabot era pelirrojo, con una tez lívida salpicada de pecas. Tenía tan poco seso que parecía a la vez un conejo y un pájaro.

En cuanto una persona extraña le dirigía la palabra, su labio inferior se ponía a temblar y su barbilla se arrugaba como una nuez. Desde luego había que explicarle que no se le iba a pegar.

¡Pobre Rabot! Yo sé lo que hubiera dado por verle reír. Pero todo, al contrario, conspiraba para hacerle llorar. Había las curas horribles, interminables, que se renovaban cada día desde hacía meses. Había la inmovilidad forzosa que impedía a Rabot jugar con sus camaradas, y había, sobre todo, que Rabot no sabía jugar a nada y no se interesaba gran cosa por nada.

Yo era, creo, el único que penetró un poco en su intimidad, y como he dicho, aquello consistía principalmente en cerrar el ojo izquierdo cuando pasaba delante de su cama.

Rabot no fumaba. Cuando había distribución de tabaco, Rabot tomaba su parte y se entretenía un momento jugando con el paquete entre sus grandes y descarnados dedos, deformados por la larga permanencia en cama. Los dedos de un labrador enfermo no son, precisamente, una cosa agradable de ver. En cuanto pierden sus callosidades y su aspecto robusto, ya no son absolutamente nada.

Yo creo que a Rabot le hubiera gustado ofrecer los cigarrillos a sus vecinos. ¡Pero hablar es tan difícil, sobre todo cuando se trata de ofrecer algo! Los cigarrillos se cubrían de polvo en la mesilla y Rabot seguía acostado, muy delgado y muy estirado, como una brizna de paja llevada y traída por el torrente de la guerra y que no comprendía nada de lo que pasaba.

Un día, un oficial del Estado Mayor entró en la sala y se dirigió a Rabot.

—¿Es éste? —dijo—. Pues bien, le traigo la Medalla Militar y la Cruz de Guerra.

Hizo firmar a Rabot en un pequeño papel, y le dejó con sus juguetes. Rabot no se rió, no. Había colocado el estuche ante él, sobre la sábana, y lo estuvo mirando desde las nueve de la mañana hasta las tres de la tarde.

A las tres, el oficial volvió y dijo:

—Me he equivocado, ha habido un error. Las condecoraciones no son para Rabot, son para Raboux.

Cogió el estuche, rompió el recibo y se marchó.

Rabot lloró desde las tres de la tarde hasta las nueve de la noche, hora en que se durmió. Y al día siguiente, al despertar, empezó a llorar de nuevo. M. Gossin, que era un buen jefe, se fue al Estado Mayor, y volvió con una medalla y una cruz completa-

mente semejantes a las anteriores, e incluso hizo firmar a Rabot un nuevo recibo.

Rabot dejó de llorar. Sin embargo, en su cara persistió como una sombra. Una sombra de desconfianza, como si temiera que algún día volvieran a quitarle sus cruces.

Pasaron algunas semanas. Yo miraba a menudo la cara de Rabot intentando imaginar qué efecto haría en ella la risa. En vano pensaba en ello: bien claro estaba que Rabot no sabía reir y que su cabeza no estaba fabricada para ello.

Entonces fue cuando apareció la dama vestida de verde.

Una buena mañana entró por una de las puertas, como todo el mundo. No obstante, no se parecía a nadie. Tenía el aspecto de un ángel, de una reina, o de una muñeca. No iba vestida ni como las enfermeras que trabajaban en las salas, ni tampoco como las madres y las esposas que venían a visitar a sus hijos o a sus maridos. Y menos aún se parecía a las señoras que uno se encuentra por la calle. Era mucho más bella, mucho más majestuosa. Más bien hacía pensar en aquellas hadas, en aquellas imágenes espléndidas que se ven en los grandes calendarios de colores y debajo de los cuales el dibujante ha escrito: "Ensueño", o "Melancolía", o "Poesía".

Estaba rodeada por guapos oficiales bien vestidos, que se mostraban muy atentos a sus menores palabras, y que le prodigaban testimonios de la más viva admiración.

—Entre, señora —dijo uno de ellos—. Ya que desea usted ver algunos heridos.

Ella dio dos pasos dentro de la sala, se detuvo de pronto y dijo con voz profunda:

—¡Pobre gente!

Toda la sala enderezó las orejas y abrió los ojos. Mery dejó la pipa; Tarrissant se cambió de brazo las muletas, lo que en él es un signo de emoción; Domenge y Burnier dejaron de jugar a las cartas y las apretaron contra su estómago para no dejar ver el juego por distracción. Poupot no se movió porque estaba paralítico, pero se vio muy bien que escuchaba atentamente.

La dama vestida de verde fue primero hacia Sorri, el negro.

—¿Te llamas Sorri? — dijo consultando la ficha.

El negro movió la cabeza, y la dama de verde prosiguió con un acento dulce y melodioso, como el de las actrices en escena:

—Has venido a luchar a Francia, Sorri, y has dejado tu hermoso país, aquel oasis fresco y perfumado dentro de un océano

de arena y de fuego. ¡Ah, Sorri!, qué hermosas son las noches de Africa, a la hora en que la mujer vuelve por la avenida de palmeras, llevando sobre su cabeza, como una estatua oscura, el ánfora aromática llena de miel y de leche de coco.

Los oficiales, encantados, dejaron oír un murmullo, y Sorri que entendía el francés, articuló meneando la cabeza:

—Coco... coco...

La dama de verde se deslizaba ya por las baldosas. Llegó hasta Rabot, y se colocó suavemente al pie de la cama, como una golondrina sobre un alambre eléctrico.

—Rabot — dijo —. ¡Tú eres un valiente!

Rabot no respondió.

Como de costumbre, evitó la mirada de ella, como un niño que teme recibir un cachete.

—¡Ah, Rabot! — dijo la dama vestida de verde —. ¿Qué reconocimiento no os debemos a vosotros, los que nos guardáis intacta nuestra dulce Francia? Pero tú, Rabot, tú tienes ya la mayor recompensa. ¡La gloria! ¡El ardor entusiasta del combate! La exquisita angustia de saltar con la bayoneta reluciendo al sol. La voluptuosidad de lanzar un fuego vengador en el flanco sangriento del enemigo. Y después el sufrimiento, divino al ser soportado por todos. ¡La herida santa, que del héroe hace un dios! ¡Ah, los hermosos recuerdos, Rabot!

La dama vestida de verde se calló, y un silencio religioso reinó en toda la sala.

Fue entonces cuando se produjo un fenómeno imprevisto. Rabot no pareció el mismo. Todo sus rasgos se crisparon, se agitaron de una manera casi trágica. Un ruido ronco salió a sacudidas de su pecho esquelético y todo el mundo tuvo que reconocer que Rabot reía.

Rió durante más de tres cuartos de hora. Ya hacía mucho rato que la dama vestida de verde se había marchado y Rabot reía todavía, con fuertes accesos de tos, como si tuviera estertores.

Desde aquel momento hubo un cambio en la vida de Rabot. Cuando estaba a punto de llorar o de sufrir, se le podía consolar y aun arrancarle una pequeña risa diciendo a tiempo:

—¡Rabot! ¡Que vamos a llamar a la dama vestida de verde!

EN LA VIÑA

De Epernay a Château-Thierry, el Marne se desliza apaciblemente, entre graciosas colinas, cargadas de viñas y de huertos frutales, coronadas de verde como diosas rústicas, enriquecidas por toda la vegetación que da a la tierra de Francia su fama, su hermosura y su nobleza.

Es el valle del reposo. Jaulgonne, Dormans, Châtillon, Oeuilly, Port-à-Binson, viejos pueblos sonrientes, benditos seáis por las horas de olvido que habéis prodigado a las tropas agotadas que, de Verdún, volvían hacia los sectores, antes en calma, del Aisne.

Durante el verano de 1916, el... Cuerpo del Ejército se concentraba, una vez más, en el Marne, para tomar su parte sangrienta en el gran sacrificio del Somme. Nuestro batallón esperaba sin impaciencia la orden de embarque, entreteniéndose en contar, desde lo alto de las colinas, a los convoyes que jadeaban en el fondo del valle, y entregándose, según costumbre, a toda clase de suposiciones.

Con algunos de mis camaradas, pasamos nuestras mejores jornadas a través de los campos, sin reflexionar demasiado, gozando un reposo meramente animal, lejos de la barahúnda mortífera de la línea de fuego.

Había tenido algunos días de calor agobiante, y después llegó la tormenta, con un cielo rugiente, un atropellarse de nubes furiosas, y un fuerte viento cargado de polvo o de niebla.

Un día, al atardecer, nos encontramos en la carretera que, desde Chavenay, se eleva suavemente hacia los bosquecillos del sur.

Eramos tres. La conversación languidecía. Insensiblemente nos absorbíamos en nuestros secretos pensamientos, que encontrábamos llenos de angustia y que el camino cuesta arriba parecía volver más pesados a cada paso.

—Sentémonos en ese talud — dijo una voz cansada.

Sin habernos tomado el trabajo de contestar, nos encontramos echados, de pronto, entre las matas de hierbas. Las arrancábamos

con mano distraída, como personas que ocupan sus músculos sólo con el fin de pensar más libremente.

A nuestros pies comenzaba una pequeña viña que, en dos graciosos saltos, ganaba un pliegue de terreno, radiante de frescura y de hierbas húmedas. Era una hermosa viñita de champaña, limpia, hinchada de jugo, cuidada como una cosa santa, divina. Nada de malas hierbas, nada más que gruesas cepas y la tierra, esa tierra opulenta que las lluvias se llevan y que, a cada temporada, los campesinos vuelven a transportar en cestos y sobre sus espaldas, hasta la cima de las colinas.

De entre su armonioso verdor, vimos surgir de repente una vieja delgada, de tez terrosa, con una blanca cabellera despeinada. En una mano llevaba un cubo lleno de ceniza, y con la otra la lanzaba a puñados sobre las raíces de las vides.

A nuestra vista suspendió su tarea, levantó con un dedo polvoriento un mechón de cabellos que el viento desordenaba y nos miró fijamente.

Luego habló:

—¿De qué regimiento sois?

—Del 110° de línea, señora.

—Los míos no eran de ese regimiento.

—¿Tiene usted hijos en el Ejército?

—¡Oh! Los tenía...

Se hizo un silencio, roto por el grito de los animales, el ruido de la borrasca y el silbido de las frondas agitadas. La vieja lanzó algunos puñados de ceniza, se aproximó a nosotros, y repuso con una voz titubeante que se mezclaba con el viento:

—Sí, yo tenía hijos en el Ejército. Pero ya no los tengo. Los dos más jóvenes están muertos. Me queda todavía mi pobre desgraciado, pero a estas horas ya no es soldado.

—¿Está herido, quizá?

—Sí, está herido. Ya no tiene brazos.

La vieja dejó en el suelo su cubo lleno de ceniza, sacó de su cinturón un trozo de paja, sujetó a la estaca una rama que se salía de su alineación, y enderezándose de pronto, se puso a gritar:

—Se han herido como nos han herido a muchos. Ha perdido los dos brazos, y tiene en el muslo un agujero, en donde cabe un cacharro con diez céntimos de leche. Y durante diez días ha estado como un hombre que va a morir. Y yo fui a verle, y fui y le dije: "Clovis: ¿Es que quieres dejarme sola?" Pues tengo que deciros que hace mucho tiempo que no tienen padre. Y él

fue y me contestó: "Mañana estaré mejor". Pues tengo que deciros que no hay persona más cariñosa que ese chico.

Quedamos silenciosos. Uno de nosotros, sin embargo, murmuró:

—¡Es muy valiente su hijo, señora!

La vieja, que miraba su viña, volvió sobre nosotros sus ojos incoloros y dijo bruscamente:

—¡Valiente! ¡No faltaría más que eso, que uno de mis chicos no fuera valiente!

Lanzó como una risa de orgullo, una risa extraña que el viento se llevó en seguida. Luego pareció soñar:

—Mi pobrecito desgraciado podrá muy bien hasta casarse, porque, ya os lo he dicho, no hay nadie más cariñoso que ese chico. Pero los dos más jóvenes, los dos pequeños... Esto fue demasiado de un golpe. Sí, fue demasiado.

No encontramos nada que decir. No había nada que decir. Con los cabellos flotando, la vieja volvió a lanzar ceniza, como una sembradora fúnebre. Tenía los labios apretados, y toda su cara expresaba una mezcla de desesperación, de extravío y de obstinación.

—¿Qué hace usted aquí ahora, señora? — pregunté un poco al azar.

—Pongo ceniza, ya lo ve. Ahora es el tiempo, y del sulfato también. ¡Es el tiempo! No llegaré jamás; son demasiadas cosas que hacer, demasiadas cosas...

Nos habíamos levantado, como avergonzados de estorbar de su tarea a aquella campesina. Con un mismo impulso nos descubrimos para saludarla.

—Buenas tardes —dijo ella—. Y... ¡buena suerte, también!

Subimos hasta la linde del bosque sin pronunciar una palabra. Allí, nos volvimos para contemplar el valle. En el flanco de las colinas, en el mosaico de los cultivos, se distinguía la viña con la vieja, minúscula, que continuaba sembrando ceniza en el viento embriagado de nubarrones. La suave comarca guardaba, bajo el cielo tormentoso, una apariencia de pureza y de resignación. De trecho en trecho, había, engastados en las tierras como pedrería multicolor, unos pueblecillos radiantes. E igual que los campos preparados para los trabajos de agosto, se distinguían unos puntitos que se movían lentamente. Una población de ancianos batallaba con los trabajos de la tierra.

LA REGULADORA

MORIR puede ser una cosa fácil. Pero, al menos, hay que tener el buen gusto de elegir el lugar. Entre nosotros no es como en China, donde los muertos son los amos del Imperio y tienen casi más sitio que los vivos. En nuestros países hay que saber morir a tiempo, o, si no, los vivos os miran de soslayo y dicen: "¿Qué quiere ese cadáver? No tenemos sitio para eso".

En 1915, yo hacía una especie de cursillo en la estación reguladora de X... y prestaba servicio dos o tres veces por semana. Prestar servicio quería decir lo siguiente: Estar presente y, accidentalmente, asumir ciertas pequeñas tareas incoloras de vigilancia o información. Según costumbre, el oficial de guardia residía en una lúgubre dependencia de la lampistería. Allí tascaba el freno a placer, y miraba pasar los trenes militares, cargados de hombres probados por una campaña de diez meses y que cantaban al ir de un infierno a otro. Porque, en la guerra, los hombres no piensan mucho: desde que se alejan del cañón se abandonan sin desconfianza a la delicia de vivir.

Un sábado por la noche, yo me había tendido en el suntuoso pajar que hacía las veces de catre, y que hervía de ratones. Sentía retozar a esos amables bichos a tres pulgadas de mis orejas y escuchaba distraídamente los ruidos de la reguladora. Eran los ruidos de una gran estación: silbidos, cloqueos, jadeos, chirridos de tornos y de grúas, vibraciones de los hilos de alambre, castañeteo de los semáforos, estruendo, a lo lejos, de los vagones que entrechocaban. Pero a todo aquello se mezclaba un rumor y un ritmo militares, la cadencia de un destacamento en marcha, las llamadas de los centinelas, órdenes, tintineos, toda clase de cosas que indican el dominio de la fuerza armada sobre el organismo industrial.

Estaba meditando sobre todo esto, cuando vi entrar en mi reducto al cabo Bonardent que me cegó con su farol de acetileno.

—¡Mi teniente!

—¡Le escucho, Bonardent!

—Hay uno del convoy de aprovisionamiento que acaba de ser

destrozado por el tren sanitario semipermanente 17... Parece que da lástima...

—¡Vamos allá, cabo!

Dos hombres me esperaban afuera con unas parihuelas. La noche era espléndida, apenas turbada por las luces eléctricas, pálidas y nerviosas, de la estación.

—Es en La Folie —dijo Bonardent—. Es un poco lejos de aquí.

La Folie era un lugar donde convergían varias vías, distante aproximadamente unos mil quinientos metros. Me informé por un empleado del itinerario, y partimos.

Lo que hay de maravilloso en una estación es que un orden supremo, imperioso y que reglamenta las furias de masas en movimiento, puede presentarse con todas las apariencias de un laberinto incoherente. Empezamos a andar a lo largo de interminables masas de vagones. Parecían olvidados allí desde el comienzo de la guerra. Tenían el aspecto de material fuera de uso, con los cubos de las ruedas anquilosados, con las articulaciones consumidas por la herrumbre. Pero, de pronto, el farol alumbraba una puerta abierta, y dentro se distinguían soldados amontonados, durmiendo sobre la paja, o animales con mirada estúpida. Había departamentos transformados en oficinas rodantes, donde los escribientes se embrutecían entre el papeleo, bajo la claridad burguesa de una pantalla florida. Y se notaba que la gigantesca babosa administrativa reinaba sobre los raíles, como reina monstruosamente desde las trincheras llenas de baches, hasta los almacenes de vestuario de los lejanos Pirineos. A veces, atravesando amplios espacios nocturnos, intentábamos deslizarnos entre dos trenes que parecían entumecidos por un sueño eterno y, de repente, sin que se viera a nadie, los trenes se ponían en movimiento y se entrechocaban en un clamor de chatarra. Más lejos tuvimos que detenernos para dejar pasar convoyes sanitarios. Distaban mucho de ser confortables, y al pasar nos enviaban un concierto de toses desgarradoras y de bocanadas de cloro apestando a hospital. Más allá había rebaños de grueños morteros, amarrados sobre camiones, legiones de cocinas de campaña, máquinas cuyo uso era imposible adivinar, y toda clase de material guerrero al cual la noche prestaba aspectos fantásticos. Enormes cobertizos llenos de humo abrigaban locomotoras paradas que resoplaban bajo la luz lívida de los arcos voltaicos. Había también, como para recordar la vida de antaño, los trenes de los suburbios que transporta-

ban a viajeros soñolientos, y rápidos que atravesaban el caos de las vías como exhalaciones. En suma, una mezcla de vida militar y de rutina civil.

Llegamos por fin a La Folie. Era un nudo considerable de vías, de discos, de agujas y de cables. En una barraca vivían tres viejos empleados. Estaban en mangas de camisa, y daban vueltas a las manivelas y empujaban palancas, dirigiendo, con calmosa experiencia, todas las fuerzas en movimiento que se entremezclaban en aquel lugar. Me obligaron a pensar en aquellos antiguos contramaestres en quienes la práctica suple al genio, y que hacen marchar la casa mientras que los dueños se entregan a la vida mundana.

Por encima de los ruidos de la circulación, triunfaba el paciente sonido del telégrafo.

—Venimos por el del convoy — dijo Bonardent.

—¡Ah! ¡Pobre! Está ahí, debajo de ese saco y bien triturado a fe mía.

Entramos en la zona ocupada por el cadáver. Y digo bien al decir la zona, pues el desdichado había sido dividido y dispersado como un puñado de granos en día de siembra.

—¡Santo Dios! —decía un empleado de cabellos blancos—. Ha querido descender de su vagón sin mirar alrededor. ¡Se equivocó! Aquí hay demasiadas cosas que se mueven. El hombre jamás debe dejar su sitio.

La cara del muerto estaba intacta; pero sesenta coches habían pasado sobre su cuerpo, destrozándolo desde los pies hasta los hombros. Recogimos, de todas partes, trozos de carnes ensangrentadas, pedazos de intestinos, y recuerdo haber encontrado una mano crispada sobre un trozo de queso. La muerte había sorprendido al hombre comiendo.

Cosa extraña, el paño del capote había resistido; encubría el aniquilamiento horrible del cuerpo. Apartándolo ligeramente, vi una cartilla militar en la que todavía se leía un nombre: Lemailleux.

—Me parece —dijo Bonardent— que ya lo tenemos todo entero.

Una bombilla eléctrica que parecía colgada del cielo, nos alumbraba a sacudidas, agitada por un tic exasperante.

Al regresar, decidí, para acortar el camino, que fuéramos por "La artillería", vasta dependencia donde se alineaban los trenes de municiones. Pero al acercarnos, apareció un centinela:

—¡Alto! La consigna.

Ninguno de nosotros había pensado en ella. El soldado guardaba el paso con el fusil. Fue inflexible:

—Lo siento, mi teniente; pero pase usted por otro lado. ¡Es la consigna!

Un largo rodeo nos puso en presencia de otro centinela.

—¿La consigna, por favor? ¡No se pasa por "La artillería" sin la consigna!

—Amigo mío, transportamos un cadáver.

Levanté una punta del saco y descubrí el rostro violáceo. Bajo el resplandor del acetileno se distinguía, entre la confusión de las ropas ensangrentadas, un trozo de piel verdosa y las letras de un tatuaje. El centinela hizo una mueca de horror, pero, sin embargo, dijo:

—Mi teniente, pase por las vías grandes. Por aquí es imposible.

Volvimos a hundirnos entre el dédalo de raíles, acompañados por los chasquidos de las señales, y el fragor de los ruidosos convoyes. De vez en cuando, los camilleros, extenuados, se detenían y dejaban las parihuelas sobre la grava para escupir cuidadosamente en sus manos. Entonces pasaban junto a nosotros grandes trenes de viajeros y podíamos distinguir, en su claro interior, mujeres que leían, teniendo junto a ellas hermosos niños dormidos.

Por fin, vi las linternas del andén.

—¿Adónde llevamos el cadáver? — pregunté a Bonardent.

—No lo sé, mi teniente.

Después de reflexionar me presenté en Pequeña Velocidad. Había allí un local sin fines determinados, a donde iban a parar todos los restos arrojados por los remolinos de la estación, los paquetes perdidos, los hombres sin empleo, los animales sin dueño, los materiales sin destino, y, en caso necesario, los cadáveres. Un gendarme fumaba un cigarrillo ante la puerta.

—Mi teniente, hoy no tenemos sitio. Está lleno de emigrados del Norte con sus chiquillos y sus paquetes.

Dirigí a mis hombres unas palabras de aliento y decidí ir a "Aislados".

El pabellón de los "aislados" estaba lleno de destacamentos que se reincorporaban a sus unidades. Aquellos hombres dormían a montones, en las literas.

—¡Oh! Imposible poner eso junto a los hombres — dijo un ayudante sacudiendo la cabeza.

Y añadió como para disculparse:

—Póngase usted en mi lugar, mi teniente. No tengo órdenes. No puedo tomar a mi cargo un cadáver sin tener órdenes.

Yo me había sentado sobre una piedra. Los camilleros, fatigados, se enjugaban la frente y pronunciaban la palabra "vino". Yo distinguía la masa informe de Lemailleux que parecía completamente indiferente a su calvario, esperando descansar en su última morada con la soberana paciencia de la muerte.

—Quizá no conoce usted muy bien la estación —me dijo el ayudante—, pero existe un local disciplinario para el personal de los convoyes acantonados aquí. Si usted quiere, iré a ver...

Le dejé partir, y me puse a fumar contemplando la noche, que estaba tibia y admirable. La serenidad de las cosas decía tan claramente como la agitación de los hombres: "¿Qué quiere ahora ese importuno con su inútil cadáver?" Y un insecto, en éxtasis sobre la hierba avara, agudizaba su voz como un pequeño ser que se imagina que la tierra entera es de él y hecha para él.

El ayudante surgió de las tinieblas.

—Es desagradable. Hay un infeliz castigado por embriaguez. Ha vomitado en el local disciplinario y ha armado un escándalo de mil demonios.

—¡Está bien! Vamos a ver al regulador — dije.

El regulador dormía. Su suplente leía unas revistas. En cuanto le expuse mi asunto, empezó a pedirme consejos para recortar con las tijeras, y pegar en la pared, a las mujeres de "La Vie fantaisiste", de la cual parecía ser lector inveterado. Como yo mantuviera un aire malhumorado, hizo un paréntesis:

—Es muy lamentable, teniendo en cuenta un caso tan triste, que el hospital esté al otro extremo del pueblo. No puede usted ir allí a estas horas. Métalo en un vagón hasta mañana, amigo.

Y habiéndose librado de su responsabilidad con esta solución, el joven suplente reanudó la lectura.

En aquel tiempo aún no se habían construido en las reguladoras esos grandes hospitales de planchas de madera y cartón que ahora se ven por todas partes. La idea del vagón ni me pasó por la mente. Con la imaginación, vi aquella funeraria improvisada arrancando de noche y llevándose mi cadáver. ¡Era una locura!

Fui a ver a los de correos. Sacaban el correo cantando a media voz: "Yo soy Nénesse..." En su reducto no había sitio ni para un ratón, y la pregunta pareció en seguida extraña a su jurisdicción.

Salí de allí presa de un cierto cansancio. Verdaderamente, a

nadie le interesaba mi muerto. Yo mascullaba para mis adentros: "¿Por qué, Lemailleux, te atreves a morir en un lugar que no hay sitio para los cadáveres, y a una hora en la que no hay tiempo para ocuparse de ellos?" Pero dejaba de sentir, a pesar de ello, una cierta solidaridad hacia aquel despojo, y lo miraba un poco como a una cosa con la que no se sabe qué hacer, pero que nos pertenece ante todo y contra todo.

—¿Adónde llevaremos al pobre hombre? — dijo Bonardent

Y entonces se me ocurrió la idea más sencilla:

—¡Seguidme!

Lentamente volvimos a la lampistería.

—No hay sitio ahí dentro, mi teniente.

—¡Vamos, cabo!

Hice entrar la camilla en la pequeña pieza reservada para mi uso.

—¡Venga! Dejadle ahí, al lado de mi camastro, e idos a dormir.

Los hombres salieron moviendo la cabeza con asombro. Quedé solo con Lemailleux, y me eché sobre la manta. La guerra me había enseñado ya a vivir y a dormir en compañía de los muertos, y me asombraba de que no se me hubiera ocurrido antes una solución tan natural.

Consideré largamente, a la luz de la vela, el horrible paquete que era mi compañero de noche. Aún no despedía ningún olor. Soplé la vela y me absorbí en mis pensamientos.

De la camilla caían, segundo a segundo, con un menudo ruido, unas gotas de algo que debía ser sangre. Durante un buen rato me entretuve contando las gotas y reflexionando sobre innumerables cosas tan lúgubres como los tiempos. Fuertes silbidos desgarraban el espacio tenebroso, y había contado ya varios cientos de gotas, cuando me hundí en un sopor que, como el de mi compañero, estaba desprovisto de sueños.

LOS CHALANES

Se les ha convocado a todos para el mediodía, pero muchos tendrán que esperar hasta el anochecer.

Están reunidos ante la puerta del establecimiento y forman como una sombría charca. Hay manchas de barro en el jardín donde deambulan unos grupos taciturnos.

Es una tarde de febrero. El cielo, inquieto y lleno de nubes, cambia a cada instante. Está henchido de pensamientos tan tristes que no puede interesarse por los pequeños acontecimientos de aquí abajo. El aire es áspero. Debe saber lo que hacen allí arriba, pero no lo dice. Ni siquiera nos trae el sonido bronco del cañón; está demasiado lejos y hay que olvidar.

El viento se introduce entre los edificios, gira sobre sí mismo y se enloquece como un animal cogido en la trampa.

Los hombres no prestan atención ni al cielo, ni al viento, ni a la agria luz del invierno. Están pensando en sí mismos.

No se conocen, sólo el motivo que les reúne les es común. Tienen un aire turbado, abrumado, pero no logran aparentar indiferencia. No obstante, mirándolos bien, tienen algo que les asemeja los unos a los otros. Es como una falta de alegría física, un aspecto enfermizo de los cuerpos. Tienen demasiada grasa o demasiado poca, unos ojos encendidos de fiebre, a veces una enfermedad evidente, y más a menudo una piel grisácea coloreada por una sangre miserable. Nunca un normal relajamiento de músculos sanos. Toda la asamblea tiene una lentitud de caracol.

Cansados de estar en rebaño, algunos hombres han comenzado a hablar, porque eso alivia el orgullo; otros callan también a causa del orgullo.

Hay empleados, gentes de profesiones liberales, obreros, intelectuales que velan con sus anteojos unas miradas cargadas de amargura y que llevan largos cabellos.

De vez en cuando, dos o tres hombres van hacia la verja del co es para el alma un remedio contra ella misma.

Toda esta gente fuma. Nunca ha sido tan evidente que el taba-

jardín, y desaparecen por algunos minutos. Vuelven secándose la boca, con el aliento cargado de un fuerte olor a vino.

Varias veces por hora, la puerta se entreabre. Un gendarme aparece y grita unos nombres. Los llamados se abren paso entre la multitud como atraídos por unos hilos invisibles. Tienen las comisuras de la boca un poco crispadas. Afectan un aire indiferente, o cansado, o burlón. Y penetran bajo la bóveda.

Ya no ven el cielo de febrero, ya no respiran el aire embriagado de fríos olores. Se amontonan en un apestoso pasillo cuyas paredes, pintadas de colores sin nombre, rezuman un agua viscosa. Están allí un rato, de pie, luego otra puerta se abre. Un gendarme los cuenta por docenas, como a la fruta o a los animales, y los empuja hacia la gran sala adonde debe resolverse el asunto...

En seguida, un violento olor a hombre se les pega a las narices. De momento no se dan cuenta exactamente a qué es debida la extraña agitación que reina en aquel lugar. No se les deja tiempo para reflexionar.

Y, ¿por qué iban a reflexionar? ¿No se elevaba de todo el país enfermo un inmenso gemido, un llamamiento, el estertor de un pueblo que se ahoga?

¿Por qué iban a reflexionar? ¿Es que reflexiona el frenético torbellino que está asolando el viejo continente? No, en verdad que los tiempos no están para reflexionar.

Hay que desnudarse de prisa y ponerse en fila.

La sala es vasta y hostil. Sus muros están adornados con máximas y con bustos de gentes desconocidas. En el centro hay una mesa parecida a un tribunal.

Un personaje de blanca y altiva cabeza, con aires de cansancio y obstinación, la preside. Le asisten unos humildes comparsas. Ante la mesa, dos hombres con blusa, el uno viejo y agostado, el otro todavía joven, pero de cara absorta, sin vida.

Los hombres avanzan, en filas, hacia cada una de las blusas blancas. Marchan uno detrás del otro, como penitentes hacia el altar de un dios irritado. No saben qué hacer de sus brazos.

No son, no, la flor de la raza. Ya hace tiempo que los mejores hombres del país viven allí abajo, con el barro hasta el vientre, atentos al peligro, igual que gatos.

Ya hace tiempo que en la criba del colono no queda más que paja menuda y polvo. Y allá es donde, con mano ávida, él rebusca todavía por si quedan algunos granos.

Los hombres no sienten frío; un calorífero furioso lanza a ras

del suelo unas bocanadas de siroco. Sin embargo, algunos tiemblan y se les pone la carne de gallina como gente que no sabe estar desnuda. Se apoyan tan pronto sobre un pie como sobre el otro, cruzan los brazos o apoyan una mano sobre la nalga, para dejarla caer en seguida, avergonzados de su propio contacto. Pero otras penas les esperan: muy pronto dejan de buscar sus bolsillos o de adoptar una actitud.

En un rincón, cerca de la entrada, un gendarme empuja a un empleadillo desmedrado que tarda en desvestirse. El creía que no habría tenido que quitarse los calcetines y los calzoncillos. Pero le obligan a ello y enseña con desesperación dos pies sucios.

Los dos personajes de blusa blanca operan con una especie de prisa febril, como obreros trabajando a destajo.

Algunas breves preguntas y en seguida alargan las manos, tocan y palpan.

El sujeto está un poco pálido. Tiene un sudor tibio en la frente. Tartamudea y habla con voz suplicante. Luego, interrogado de nuevo, responde con confianza.

—¿No tiene usted más que eso? ¿Tose usted?

—Sí.

—Sin duda tiene usted palpitaciones...

—Sí, muchas palpitaciones.

—Y, además, dolores en las articulaciones...

—Sí, sobre todo dolores en las articulaciones.

—¿No digiere usted bien?

—No, jamás digiero bien.

El hombre parece completamente tranquilizado. Responde con una especie de entusiasmo, como una persona que se ve, al fin, comprendido. De pronto, el viejo médico alza los hombros y descubre la trampa:

—Evidentemente, tiene usted todo esto. Pues bien, será usted enviado al ejército.

El hombre se tambalea ligeramente y gime.

—Sin embargo, ya sabe usted que...

—Tiene usted demasiadas enfermedades. Pues bien: ¡No tiene usted nada! ¡Váyase! ¡Al ejército!

La otra blusa blanca está ocupada con un hombre gordo, de vientre arrugado, que oculta con las dos manos una parte de su cuerpo. Explica algo en voz baja y se escabulle precipitadamente, volviéndose a poner su camisa y su chaqueta, decorada con las palmas académicas.

A veces, uno de los asistentes tose, y, en seguida, una borrasca de toses atraviesa la asamblea como un ciclón.

Un mocetón de cabello cano salió de la sombra. Todo el mundo se aparta de él con una especie de repugnancia. Entonces él apostrofa a sus vecinos:

—Bueno, ¿qué pasa? No son más que manchas de la piel.

Detrás de él, desplomado sobre un banco, un personaje larguirucho, entre los veinte y los sesenta, se desnuda cuidadosamente. Su rostro inspira compasión, parece sumido en lo más hondo de las tristezas humanas. Se saca una cantidad increíble de prendas de vestir y de camisetas de punto. Luego aparecen las cosas más emocionantes: Pecheros de franela, bolsitas, escapularios, paquetes de medallas. Coloca cuidadosamente todo aquello sobre el banco; los vecinos se agitan, las prendas de vestir caen al suelo, y son pisoteadas por los pies de los recién llegados. El hombre sin edad palidece, como si pisotearan su vida íntima o su orgullo.

Un ruido de discusión turba el silencio zumbador. El viejo médico protesta furiosamente:

—¡No oigo nada!

Con sus dos manos, examinaba los hombros de un hombrecillo tan delgado como un palillo y que parecía aterrado.

Con una sola palabra, el pobre alfeñique es lanzado al ejército y se aleja más turbado, más trastornado y más trémulo que si estuviera en campo abierto, ante una compañía de ametralladoras.

Al otro extremo de la sala sucedía un nuevo fenómeno.

—Le digo que puedo andar — protestaba una voz carcomida, roída por un mal desconocido.

—No — responde el médico más joven —, no. Sea usted razonable y vuélvase a casa. Le llamaremos más adelante, cuando esté usted completamente restablecido.

—Si no me admiten ustedes es que voy a reventar. Prefiero ir al frente a que me insulten todos los días.

Un corto silencio inmoviliza a todo el mundo. El eco de un drama se prolonga hasta allí. El hombre está visiblemente muy enfermo. Es terrible ver su pecho sacudido por una respiración fatigosa. Apenas puede sostenerse sobre unas piernas hinchadas, con gruesas venas moradas.

—¡Rebajado! — gritó el juez.

Y el desdichado vuelve a sus pingos, con los hombros caídos, la mirada vertiginosa, como un buey apaleado.

El siguiente es fatalista. No quiere discutir su suerte.

—¡Eso no puede impedirle hacer el servicio!

—Bueno, como usted quiera.

—Entonces: ¡Al ejército!

—¡Si usted lo dice! A mí me importa un bledo.

Y se retira en seguida, libertado, como alguien que se ha jugado su porvenir a cara o cruz.

Todos los que pasan, dejan en la sala un poco de su intenso olor de hombres mal lavados y, cosa extraña, todos tienen el aliento fétido. Hoy, todos han comido demasiado de prisa, han digerido mal, han fumado demasiado, bebido demasiado. Sale de todas aquellas bocas, el mismo hálito agrio y caliente que traiciona la misma emoción, el mismo desarreglo de la mecánica.

La atmósfera de la sala va poniéndose densa. Las bombillas, encendidas pronto, están como envueltas de una neblina pegajosa que humedece todos los objetos. Hay, sobre todo, en el aire, algo más secreto, más turbador, menos evidente. Es como una sobrecarga nerviosa, un polvillo de voluntades rotas, toda clase de detritus de las aprensiones abandonadas allí, por toda aquella gente que se desnuda, que tiene miedo, que quieren y que no quieren, que miden con angustia su resistencia y el sacrificio que se les exige, que luchan a fuerza de remos contra el torrente del destino.

Los hombres de la blusa continúan bregando entre los cuerpos humanos. No cesan de tocar, de manipular, de evaluar. Hunden las falanges de sus dedos en la carne de los hombros, en los costados, en la grasa de las nalgas; aprietan los bíceps entre el pulgar y el dedo del medio, hacen jugar las articulaciones, miran los dientes y el interior de los párpados, tiran de los pelos, golpean sobre los pechos, como los aduaneros sobre los toneles. Luego hacen marchar a los hombres de izquierda a derecha y de derecha a izquierda. Les hacen agacharse, enderezarse, ponerse de rodillas o descubrir los lugares más secretos de su persona.

A veces, parece que un poco de aire fresco atraviesa la sala. ¡Dos jóvenes bien constituidos reclaman su incorporación! Nadie comprende cómo se encuentran allí. El tribunal entero les contempla maravillado, como si fueran pepitas de oro en medio de un puñado de fango.

Pasan con orgullosa sonrisa, un poco forzada. Vuelve a empezar el desfile de conmovedoras fealdades, de espantos, de desesperación, de timideces incurables y violadas. Aquel tribunal hace pensar en un acantilado contra el cual, como aves marinas perseguidas por la tormenta, se estrellasen unos individuos extraviados.

Los médicos dan señales de agotamiento. El más viejo, que es un poco sordo, arremete en la tarea como un jabalí contra las ramas del bosque. El más joven sufre y se irrita visiblemente. Tiene la mirada turbada e inquieta del que hace un trabajo odioso y que no puede consolarse de ello.

Y la carne humana continúa afluyendo; siempre, del mismo rincón, sigue llegando la fila ininterrumpida de cuerpos pálidos que avanzan sobre el parquet con pasos flojos.

¡Santa carne humana, substancia sagrada que sirve al pensamiento, al arte, al amor, a todo lo que hay de grande en la vida; no eres más que una masa vil y maloliente, que se coge entre las manos con repugnancia, para evaluar si eres o no buena para hacerte matar!

Se produce un dolor de cabeza tenaz y general.

La asamblea funciona como en sueños, con los silencios, las lentitudes y las lagunas negras de las pesadillas. Todavía transcurren dos horas más.

—Luego, bruscamente, se oye:

—¡Aquí están los diez últimos!

Entran y se desnudan. Han esperado tanto, que parecen molidos, vacíos, agotados. Reciben las decisiones sin resistencia, como un puñetazo sobre la nuca; y se marchan de prisa, sin hablar, sin mirarse.

El tribunal se lava las manos como Pilatos. Firma ceremoniosamente unos papeles y se dispersa.

Es de noche. El viento ha cesado. Una neblina que apesta a humo de fábrica cubre todavía la ciudad. Al pie de un farol, uno de los últimos hombres examinados está vomitando con enorme esfuerzo los vasos de vino bebidos por la tarde. La calle está sombría y desierta. El mundo entero huele a niebla y a vómitos.

LOS AMORES DE PONCEAU

Hacía quizá dos o tres días que yo estaba en el hospital de Saint-Mandé cuando llegó Ponceau.

No guardo más que unos recuerdos bastante confusos de aquella época de mi vida. Había pasado no poco tiempo

tendido en un campo de avena, cerca de Charny. Luego entré en una especie de somnolencia, durante la cual veía a mi brazo roto verdecer, ennegrecer y volverse tan pesado y tan enorme, que llenaba toda la tierra y yo me sentía tan disminuido comparado con él, como un pigmeo a una montaña.

Todo aquello terminó en una cama decente, en medio de una gran sala desnuda, pintada de color verde agua.

Me durmieron con cloroformo, y me hicieron en el brazo una serie de inmensas aberturas por las que, cada día, salían fragmentos de huesos, sangre y pus. Todo cosas repugnantes y que olían muy mal.

Cuando empecé a darme cuenta de las cosas, puedo decir que lo primero que me llamó la atención fue Ponceau.

Tal como se me apareció aquel día, Ponceau era un muchacho grandote y rubio, un poco hinchado, con una barbita descolorida y unos ojos muy grandes, muy grandes, que yo veía moverse constantemente. Yo estaba tendido boca arriba, pero no tenía más que volver un poco la cabeza para ver a mi vecino de sala, también tendido boca arriba, y completamente inmóvil, aparte de aquellos dos grandes ojos que se movían sin parar.

No pude contenerme y le pregunté:

—¿Qué es lo que miras allá arriba?

El dijo: "¿Qué?" Y luego respondió con aire absorto:

—El sol.

En efecto, en el techo vi un reflejo del sol que se paseaba de derecha a izquierda; como estaba muy cansado, involuntariamente me puse a contemplarlo y a seguirlo con la mirada. Al cabo de un rato le pregunté:

—¿No puedes volver la cabeza?

—No, no puedo —me dijo—; me dolería la pierna.

—¿Cómo te llamas?

—¿Yo? Ponceau, Emilio.

No dijo nada más; un médico militar acababa de entrar gritando: "¡Camilleros! ¡Camilleros! ¡Traigan al herido!"

El herido era Ponceau. Fue cogido entre cuatro hombres y puesto sobre una especie de cama rodante a la que todos teníamos horror, por razones fáciles de adivinar, y a la que llamábamos el "ómnibus".

Oí gritar a Ponceau, con una voz ligeramente temblona que parecía salirle de las mejillas:

—¡Ay! ¡No! ¡Despacio, caramba! Despacio, zopos.

Luego ya no oí nada más y quedé absorto de nuevo en la contemplación de las manchas de sol.

Ya no me acuerdo de cuánto tiempo había pasado, cuando volvieron a traer al "ómnibus" con Ponceau encima, o mejor dicho, a una especie de Ponceau, un infeliz de cara violeta, soplando, babeando, rugiendo, con los puños cerrados y exhalando olor a cloroformo, este asqueroso olor que tengo atravesado.

Toda su pierna izquierda estaba empaquetada dentro de un gran aparato de cinc. Se le colocó sobre su cama; estaba blando como un pingajo. Pensé que, dos días antes, yo debía tener aquella misma cara. La idea de que aquello volviera a suceder me helaba la piel de las mejillas y me hacía retorcer los dedos de los pies.

Ponceau acabó por despertarse. Balbuceaba babeando por todas partes:

—¡Ay! ¡Pobre de mí! ¡Pobre de mí!

Por la noche pudo hablar y obtuve más detalles. Lo habían herido en Château-Thierry. La explosión de un obús le había roto el muslo. Sufría mucho y tenía la impresión de que aquel muslo "no andaba más que a medias".

Desgraciadamente, la impresión de Ponceau me pareció bastante justificada. Comenzó para nosotros dos un triste período de sufrimiento tan continuo, monótono y reglamentado como la vida militar.

Yo estaba demasiado enfermo para interesarme por nada. El pelirrojo de enfrente gritaba durante toda la noche, el argelino Touiton nos llevaba bombones diciendo: "¿Qué, cómo va eso?" He aquí lo más claro de mis recuerdos. Pero conocía bien a Ponceau porque, cuando mi brazo estaba convenientemente colocado sobre el borde de la cama, no tenía más que mirar para verle, pues era mi horizonte natural.

Ponceau también sufría, pero no como yo. Yo me parecía un poco a una mujer que da a luz; a cada uno de mis dolores sentía que daba un paso hacia la curación. En cuanto a Ponceau, se habría dicho, al contrario, que todo nuevo dolor le hundía cada vez más en el marasmo. Todas las mañanas venían los camilleros a buscarnos. Generalmente, a mí me llevaban en una camilla; Ponceau partía en el "ómnibus". Volvíamos a encontrarnos en la sala de curas. Decididamente, mi brazo no estaba muy agradable, pero parecía encantador al lado del muslo de Ponceau. Había allí una herida grosera en la que se hubiera podido meter

un quepis. Una gran herida verdosa, con el hueso roto al fondo.

Sería inútil explicar lo que pasaba en aquella famosa sala; por lo que a mí se refiere, lancé allí una buena cantidad de gritos, y a fe que no me avergüenzo de ello, pues he oído gritar a otros, y de los más valientes, empezando por mi Ponceau.

Después de la cura teníamos un rato que era el mejor de la jornada. Madame Briant venía a darnos de comer. ¡Oh, no gran cosa! Un huevo, un poco de sopa, unos granos de uva. Madame Briant es uno de mis mejores recuerdos de guerra. Era delicada como una muchacha, con una gran mirada tímida. Esta sí que no se daba tono de mujer fuerte. En cuanto empezábamos a gritar, sus ojos se enrojecían y se llenaban de lágrimas, tanto, que nos aguantábamos todo lo posible para no darle más pena.

Hacia el mediodía llegaba la fiebre. Cesábamos de charlar y nos quedábamos mirando al techo. Yo tenía un horrible dolor de cabeza situado detrás de los ojos: la luz me era insoportable. Me sentía voluminoso, como hinchado, relleno por algo más fuerte que yo, como cólera o miedo; aquello me abandonaba hacia las once o las doce de la noche y me dejaba temblando.

Por su parte, Ponceau adelgazaba con extraordinaria rapidez. Su gruesa cara se estaba vaciando y le habían aparecido multitud de rrugas. Sus ojos seguían siendo enormes, y aquello desentonaba con el resto del rostro.

Fue entonces cuando le empezaban los calambres. No le abandonaban un minuto y torturaban su muslo roto. Mientras le duraba la crisis, apretaba con fuerza sus labios agrietados por la fiebre. Cuando aquello terminaba, exclamaba:

—¡Ay, pobre de mí! ¡Pobre de mí!

Habréis notado que, cuando se es muy desgraciado, se habla a los demás diciéndoles: "Pobre amigo mío", o "Mi pobre señor", como si los desdichados fueran ellos.

A Ponceau empezaron a ponerle morfina, primero una vez, luego dos, y al final, hasta tres veces al día. Sus ojos se volvieron raros; parecían ver siempre otra cosa distinta de la que estaban mirando. Desvariaba en voz alta y murmuraba:

—Si al menos ella estuviera aquí... Si ella pudiese venir a verme...

Pero Ponceau no estaba en estado de hacer confidencias y yo me guardé mucho de preguntarle.

Una mañana, el médico militar de cinco galones, el buen tío Coupé, miró la pierna de Ponceau y dijo:

—¡Que le duerman!

Una vez más, Ponceau volvió de la sala de operaciones con la boca babeando y la cara descompuesta. Le habían quitado otro gran trozo de hueso. Los calambres desaparecieron, pero Ponceau no parecía decidido a mejorar.

Por la noche llamó a madame Briant y, reuniendo todas sus fuerzas, le dictó unas breves cartas emocionantes, dirigidas todas a la misma persona. Así pude enterarme de que Ponceau había partido para la guerra dejando a su mujer en La Ferté-Milon, en Aisne, y que, no habiendo tenido más noticias de ella, le escribía al azar, a todas partes adonde él pensaba que se hubiera podido refugiar.

Y comprendí aquella angustia con que él repetía:

—Si al menos ella estuviera a mi lado... Si yo pudiera saber dónde está...

Pero todos los días pasaban, y yo pensé con lástima que Ponceau iba a morir. No siempre me reconocía, y se hundía en una especie de agonía desesperada, hablando como un niño, diciendo "dodó", "bobó", rechazando todo alimento y abandonándose al destino como un hombre que ya no tiene confianza en nada.

Y entonces sucedió un milagro. Cierto jueves, yo me había adormecido dulcemente digeriendo mi primer almuerzo digno de este nombre, cuando me despertó un rumor de voces a mi lado. Hablaban en voz baja, y era precisamente eso lo que me había despertado. En seguida pensé: "¡Ponceau ha muerto!", y abrí los ojos.

Pero Ponceau no había muerto. Entre su cama y la mía, estaba sentada una mujer, una linda mujercita de cabellos castaños y rostro muy blanco. Tenía en su mano una de las manos de Ponceau, mientras que su otra mano, posada encima de su rodilla, temblaba continuamente de una manera casi imperceptible.

Lo que me asombró fue la cara de mi camarada. Decir que había engordado bruscamente parecería exagerado, y, sin embargo, esa fue la impresión que me dio. En cuanto al color, estaba sonrosado, y no por la fiebre, sino con un color saludable que yo no le había visto jamás. Y por lo que se refiere a las arrugas, yo creo que solamente tenía la mitad.

Al darse cuenta de que yo me había despertado, me llamó:

—¡Gustavo! ¡He aquí a mi mujer! ¡La he encontrado!

Fui presentado a madame Ponceau. Tenía unos ojos dulces,

pero en aquel momento estaban empañados, y tuve la impresión de que retenía a duras penas unas grandes ganas de llorar. No debía llorar ante Ponceau. Este estaba radiante. La joven esposa había sacado de su bolso un hermoso racimo de uvas y unos pasteles, y el moribundo se puso a comer.

—¿Te gustan? No sé si están buenos. He comprado cualquier cosa. Estaba medio loca.

El respondió entre dos bocados:

—¡Es delicioso!

Entonces madame Ponceau le acarició la mano diciendo:

—¡Qué bueno eres! ¡Qué bueno!

Ponceau insistió en hacerme comer pasteles, explicando:

—Ya comprenderás que no ha esperado a los "boches". Se escapó a Bretaña. Lo importante es estar juntos otra vez.

Pero no era suficiente volver a estar juntos. También había que vivir, y Ponceau conoció días terribles. El amor había hecho un milagro; pero, cada día, la fiebre volvía al asalto. Entonces el amor renovaba su milagro, y las cosas iban durando.

Como el estado del herido era considerado muy grave, madame Ponceau fue autorizada a venir todos los días. En cuanto abrían la puerta, entraba inmediatamente. Se sentaba entre las dos camas, cogía la mano de su marido entre las suyas, y allí se estaba hasta la noche. Algunas veces Ponceau sufría mucho y entonces permanecían callados. Ella se limitaba a mirarle de una manera ferviente y obstinada, y yo creo que aquella mirada hacía tanto bien al hombre como los litros de suero que, gota a gota, le inyectaban bajo la piel del vientre.

Hacia las cinco, un oficialillo empalagoso y cascarrabias, atravesaba la sala.

—Señora, tendrá usted que marcharse, es la hora.

Ponceau montaba en cólera y lanzaba denuestos en todas direcciones:

—Cinco minutos más, por Dios. Ella no estorba a nadie, pobrecita mía.

Y añadía en voz baja:

—¿Has visto ese animal? ¡Es para matarle! Quiere separarme de mi mujer, él, que está con la suya toda la santa noche.

Otras veces, el oficial añadía una observación relativa a la disciplina:

—Señora, no deje su bolso sobre la cama del herido.

Ponceau tartamudeaba ásperamente:

—¡Ponlo en la cama de Gustavo!

El otro repetía:

—Señora, no deje su bolso sobre la cama del herido.

Entonces Ponceau decía con amabilidad:

—Dáselo al señor oficial. El lo guardará mientras nos besamos.

La herida de Ponceau supuraba mucho. A veces insinuaba:

—Me parece que esto no huele bien. Pero no es culpa mía, es el pus.

Y la miraba con ojos ansiosos. Pero ella siempre respondía que no había notado nada.

Le traía flores. Pero le traía sobre todo su bella mirada húmeda que valía más que nada.

Un día, él exclamó:

—¡Oye, Gustavo! Me parece que ya no me ponen aquellas cochinas inyecciones.

Era verdad. Le habían suprimido la morfina sin que él se hubiese dado cuenta. Terminé con un entusiasmo contenido:

—¡Claro! Es que ahora somos dos para soportar el dolor.

Al marcharse su mujer, me preguntaba:

—Es muy simpática, ¿verdad?

Y nunca me decía nada sin añadir:

—Pobre amigo. Como tú no tienes mujer...

Un día se notó que Ponceau estaba decididamente mejor y se habló de no autorizar las visitas conyugales más que dos veces por semana.

Ponceau lloró toda la mañana verdaderas lágrimas de niño que hinchaban sus grandes ojos, llenaban su nariz de agua, y le desfiguraban completamente.

El tío Coupé, que quería mucho a Ponceau, montó en cólera. Como siempre tenía peloteras con la administración, aprovechó la ocasión para pedir el traslado de Ponceau al hospital complementario de la calle de las Petites-Ecuries, adonde iba a operar a menudo y adonde él era el rey.

—Habría que llevar también a Gustavo — aventuró Ponceau.

—Se le llevará — dijo el tío Coupé.

Y así fue como dejamos el hospital de Saint-Mandé.

La calle de las Petites-Ecuries fue para nosotros el paraíso.

El hospital complementario núm. 335 estaba instalado en un hotel húngaro, requisado al principio de la guerra. Se mantenía

con los subsidios otorgados por una multitud de señoras ricas que hacían funciones de enfermera, y que llenaban la casa de movimiento, de gracia y de fuertes perfumes.

Fuimos recibidos por madame Potocka, la directora.

Era una hermosa dama un poco anticuada, de perfil regular, ligeramente gruesa, con un pecho robusto y un gesto autoritario, a la vez maternal y lánguido.

Madame Potocka nos esperaba en la planta baja. Se sentó a nuestro lado, en el ascensor, y empezamos a subir.

—¡Ascensor! —me dijo Ponceau—. ¡Esto sí que será estupendo para mí, con mi cochina pata!

El ascensor se detuvo en el segundo piso. Nos esperaba un espectáculo fascinador. Había allí una treintena de hermosas damas a cual más elegante. Rodearon nuestras camillas de una blancura movediza que nos deslumbró y nos aturdió un poco.

A duras penas podía el tío Coupé mantener la calma en aquella amable legión:

—¡Vamos, señoras, vamos! Dejen conducir a los heridos a la sala de curas. Habrá para todas.

Una excelente persona de cabellera gris se inclinó sobre mi camilla con solicitud. Se informó con una voz suplicante, en la que se notaba acento extranjero:

—Dígame, doctor. ¿Será éste mi herido?

—Madame Prosteanu, diríjase a la señora directora.

La directora tenía ya su intención. Consultó sus registros y dijo:

—Si quiere usted, doctor, se pondrá a estos dos en la habitación 16.

Y así fue como fuimos confiados a los ciudados de Mlle. Caporal.

La habitación 16 era una habitación de hotel, más bien lujosa, con dos buenas camas de metal y unos sillones.

Desde el día siguiente, madame Ponceau tomó posesión de uno de los sillones y, fielmente, venía todos los días a sentarse en él.

En cuanto a mí, pronto trabé conocimiento con el otro sillón Mi brazo no estaba cicatrizado, pero yo me sentía relativamente bien. Empezaba a levantarme, y me aproveché de ello para visitar toda la casa. Estábamos en enero de 1915. Largos meses habían transcurrido desde que fuimos heridos. Por lo que a mí se refiere, yo debía quedar paralítico. En cuanto a Ponceau, su herida empezaba a cerrarse, pero su pierna no se parecía a nada

humano. Podría decirse que no tenía casi muslo; la rodilla empezaba junto a la cadera y el resto estaba encorvado, descarnado, casi transparente de delgadez.

Confieso que, por mi parte, hubiera preferido una pierna artificial a aquel miembro. Digo esto y, si miráis mi brazo, pensaréis que en lugar de semejante pingajo preferiríais un aparato de madera, con unas hermosas articulaciones niqueladas. Eso prueba que es muy difícil ponerse en el lugar de otro.

La pierna de Ponceau no estaba ya dentro de ningún aparato; no llevaba más que un sencillo vendaje. Durante varios días Ponceau me pareció sombrío, hasta que una mañana me dijo:

—Mi mujer no ha visto todavía lo que queda de mi pata. ¡Mientras no le cause horror!

Yo le aconsejé que acostumbrara a madame Ponceau a aquel espectáculo y a aquella idea.

Siempre me acordaré de como aquella misma noche aventuró el pobre chico, tartamudeando:

—Mira, Francisca, no es muy agradable, pero voy a enseñarte mi pierna.

Levantó la sábana con precaución y enseñó primero la venda, luego la pierna entera.

Yo estaba de pie junto a la cama. Vi como madame Ponceau esbozó una sonrisilla temblorosa y respondió con voz celestial:

—Pero, querido mío, si casi no se ve nada.

Luego le besó diciendo:

—Lo principal es que te hayas salvado.

Ponceau estaba salvado. Desde entonces ya no hubo el menor temor, ninguna inquietud, ningún recelo. Su felicidad fue perfecta. Toda la vida se abría ante él. Volvió a engordar; y la grasa borró, una a una, las arrugas de su rostro. Todas las mañanas cantaba a pleno pulmón "La Riviera" y, cuando Mlle. Caporal le hacía objeciones, exclamaba:

—¡La moral es buena!

Mlle. Caporal era una bella muchacha que había tenido sus penas. Cuando madame Ponceau entraba, la enfermera la contemplaba con el interés, indulgente y un poco cómplice, de una hermana mayor que sabe lo que es el amor, y ha sufrido. Luego salía de puntillas, lanzando profundos suspiros de resignación.

En general, por la tarde, yo dejaba al matrimonio entregado a su ingenua felicidad y me iba a pasear por la casa.

A veces me reunía con el viejo oficial encargado de las ges-

tiones militares. Apenas salía éste de su despacho, adonde pasaba unas horas siniestras, presa del papeleo al que profesaba un terror supersticioso y servil.

Siempre hacía a los cirujanos la misma reflexión:

—¡Oh, Señor! ¡Yo también preferiría operar, ya lo creo! A ustedes, después de todo, les da lo mismo. No tienen más que la responsabilidad moral.

Y volvía a verificar sus estadísticas y a llenar la parte inferior de las hojas de firmas cabalísticas.

Madame Potocka era el alma de la casa. Soñaba con imponer una disciplina de hierro a todas sus enfermeras, a las que ella comprendía luchando entre un gran deseo de abnegación y más tiránicas costumbres mundanas.

—Debe usted ser más sencilla en su modo de vestir —decía a mademoiselle Flegenheim, una bonita judía de labios deslumbradores.

Lo que no impedía a madame Potocka el cubrir sus cabellos cobrizos cada día con una cofia distinta, cada día más blanca, mejor bordada, más vaporosa.

Yo entraba algunas veces en la sala de operaciones, donde reinaba nuestro querido tío Coupé.

Por más que madame Potocka gritara: "¡No quiero más de dos señoras en la sala de operaciones!", era siempre ante una numerosa concurrencia perfumada, que el proyectil, al fin extraído de la carne viva del herido, caía tintineando en la cubeta. Entonces se elevaba un murmullo de admiración.

—¡Oh, doctor! ¡Es admirable!

Y el tío Coupé se reía ingenuamente, como diciendo:

—¡Así soy yo!

La felicidad conyugal de Ponceau daba mucho que hablar en la casa. A menudo me encontraba detenido en la escalera por el señor Potocki, un paisano maduro, atontado, pequeñajo y millonario, que me preguntaba:

—¿Cómo sigue su camarada? Ya sabe usted: Boisseau, Pinceau, Boursault... En fin, ya sabe usted... ¡Pobre chico, tiene una mujer encantadora!

Madame Potocka había otorgado sin reservas su alta protección a la mujer de Ponceau. Esta, por lo tanto, gozaba en la casa de todos los favores compatibles con un vestigio de vida militar.

Fue en medio del entusiasmo general que Ponceau dio sus primeros pasos. Le regalaron un magnífico par de muletas, y él

se apoyaba en ellas con aire embriagado e inquieto, mientras la desdichada pierna pendía y oscilaba como el miembro mal ajustado de un muñeco.

Todas aquellas damas se apretujaban en el pasillo, y todas deseaban ayudar al herido a moverse; Francisca Ponceau le seguía, con las manos juntas, pálida de terror y de emoción.

A partir de aquel día, Ponceau se levantó dos o tres horas cada tarde, y así estaban las cosas cuando sucedió una pintoresca historia.

En cada piso del hotel había un amplio descansillo, donde se reunían las señoras en cuanto terminaban su trabajo. Allí se oía hablar de estrategia y de toilettes, de cirugía, de obras de caridad y de grandes almacenes.

Los bellos ojos hechos para acechar la pelota de tenis, o para apreciar el tono de una "écharpe", reflejaron desde entonces, con una resuelta gravedad, la fealdad de las salas de curas, de los muslos cortados, de los cráneos abiertos. Las bellas bocas acostumbradas a comer frutos raros y a formar graciosas palabras de amor, pronunciaban con autoridad las palabras "desarticulación del hombro" o "gangrena de la pierna". No es que la guerra hubiese transformado la vida. Se había agregado a ella, la había aumentado, aportando duelos, terrores desconocidos, deberes apasionantes, una ocasión trágica y romántica de multiplicar los destinos.

Pero a través de esos bastidores de la guerra, sangrientos y resonantes de los gritos de los hombres derribados, circulaba un perfume de mujer que no había cambiado, que seguía siendo precioso, pueril y embriagador.

En el primer piso reinaba madame Sigeneuret. Su marido estaba en el frente, en una estación reguladora "muy vigilada por la aviación enemiga". Sin embargo, madame Sigeneuret no perdía la serenidad; sabía disimular su angustia, y se mostraba resignada de antemano a todas las desgracias de la suerte.

Un día, yo estaba charlando con aquella encantadora mujer, y me dedicaba a definirle exactamente la extensión de los peligros que amenazaban a monsieur Seigneuret, cuando vi a madame Potocka precipitarse por las escaleras, con toda la rapidez compatible con la elegancia.

—Venga, mi querida Odette, tengo que contarle algo — dijo, jadeando, a madame Seigneuret.

En aquel momento había en el descansillo una rubita con cara de bebé, que desde hacía cuatro meses se enervaba por los pasillos del hotel, consumida por un místico deseo de consagrarse a la cura de heridos.

—Mademoiselle Neveu —dijo la directora—, ¿quiere usted ir a preguntar a su amputado del brazo si quiere comer en el refectorio o en la sala?

Mademoiselle Neveu se alejó como una aparición angelical, y madame Potocka prosiguió:

—No podía explicarle nada de esto delante de esta criatura. Es a propósito de Ponceau...

Yo me había alejado y fingía estar absorto con los movimientos del ascensor, sin perder, no obstante, una sola palabra de la conversación.

—*Figúrese usted, querida, que Ponceau me ha pedido autorización para salir una tarde, y ver a su mujer...* particularmente. Bueno, ya me entiende usted.

—¡Cómo! ¡Con su pierna! — exclamó suavemente madame Seigneuret.

—¡Sí, Dios mío! ¡Con su pierna! ¡No va a dejarla aquí!

En aquel momento, la buena de madame Prosteanu se aproximaba en compañía de una mujer gruesa, todavía agradable, y que se llamaba, si mal no recuerdo, madame Lestourneau.

En dos palabras aquellas damas estuvieron al corriente.

—Ese pobre muchacho —añadió madame Potocka— me ha explicado como no ha podido, desde hace seis meses, en fin, ya me entienden..., desde hace seis meses...

—Seis meses es mucho — dijo francamente madame Lestourneau con un suspiro.

Madame Prosteanu parecía soñar. Murmuró solamente, con acento rumano:

—¡Seis meses! ¡A su edad! ¡Y ha sufrido tanto!

—¡Oh! Desde luego que se lo merece — declaró la directora.

—¡Pero, bueno, con su pierna! ¡Piensen en ello! ¡Con su pierna! — se obstinaba madame Seigneuret.

—Bueno —cortó madame Potocka—; porque tenga la pierna deformada no se va a privar toda la vida de abrazar a su mujer. ¡Eso es! Digamos las cosas claras. Imagínese, mi buena Odette, que su marido, que está en el frente, vuelve con una pierna como la de Ponceau. ¿Y bien?

Madame Seigneuret se tapó la cara con unos dedos espanta-

dos y cargados de sortijas, y acabó por conceder: "¡Sin duda! ¡Sin duda! Pero no es lo mismo."

En pocos minutos, "el caso Ponceau" dio la vuelta al establecimiento.

Se hablaba de ello, con palabras encubiertas, en todos los pisos, en todos los pasillos. La noticia subió y bajó con el ascensor, se infiltró en las salas donde las damas hacían guardia, se murmuró hasta en la sala de operaciones.

A cada momento, yo oía una voz femenina deslizar en un oído femenino:

—¿Le han contado?

—¿Qué?

—A propósito de Ponceau, ya sabe usted. El del muslo que está en la habitación 16.

—¡Ah, sí! El pobre muchacho... Ya sé. Después de todo, es muy legítimo.

—¡Figúrese usted! ¡Seis meses! ¡Y ha sufrido tanto!

—Parece, entonces, que ahora va mejor.

—Sí, va mejor, pero, a pesar de todo, con esa pierna...

—¡Claro que...! Con una pierna semejante... ¡Figúrese usted!

Las damas no dejaban de figurarse cosas. A mi entender, se figuraban incluso demasiado, y yo me sentía ligeramente irritado al ver los asuntos privados de mi pobre Ponceau circular así, como la gaceta.

La cosa se guardó severamente entre las damas. Cuando mademoiselle Flegenheim o mademoiselle Neveu, o cualquiera de las otras muchachas aparecían, las bocas se cerraban por un acuerdo tan netamente concertado, que aquellas niñas preguntaban en seguida:

—¿Qué ha pasado? ¿Hay alguna novedad?

Y como nadie les contestaba, su curiosidad subía de punto.

Hacia la noche, el tío Coupé hizo su aparición. Oí el rumor de una gran discusión que sostenía con la directora.

—¡Oh, no, doctor! —decía ella—. No nos traiga usted aquí apendicitis. Esto es muy poco interesante. Nada más que heridos, no queremos más que heridos.

—Pero, señora —murmuraba el buen hombre—, curando una apendicitis damos un fusil a Francia.

—Sí, pero es mucho menos interesante que nuestros queridos heridos. Y a propósito: ¿Sabe usted lo de Ponceau?

—¿No estará peor, querida señora?

—Al contrario, está tan bien que me ha pedido... ¿Cómo decírselo...? Que me ha pedido... En fin, querría obtener permiso para tener con su mujer algunos instantes de intimidad.

—¡En buena hora, querida señora! ¡Y diez veces, si lo quiere! Estos muchachos deben todavía algo a la patria. ¡Santo Dios, le deben hijos!

—¿Hijos? ¿Pero cree usted que con su pierna...?

—¡Bah! Mi querida señora, la pierna no importa nada, o importa tan poca cosa...

La frase del tío Coupé hizo época. Se repetía en los pasillos, bajo formas enérgicas, lapidarias:

—Los mutilados deben todavía algo a la patria. Ya le han dado su sangre. ¡Ahora que le den hijos!

El doctor Guyard daba una especie de conferencia en el centro de un atento grupo:

—Cada vez que cortando una pierna salvo a un hombre, yo pienso en la raza. Este muchacho sigue siendo un buen reproductor.

—¿Cree usted, doctor —preguntaba obstinadamente madame Seigneuret—, que los niños que vengan no tendrán también las piernas, o los brazos...?

Entré en mi cuarto luchando entre dos sentimientos. Unas ciertas ganas de reír y un real descontento. El espectáculo de Ponceau me calmó. Acababa de despedirse de su querida esposa, y fumaba unos cigarrillos egipcios, tumbado sobre la espalda, descansando beatíficamente.

Por lo demás, no me habló de nada. Parecía ser el único que ignoraba la agitación que sacudía toda la casa.

Por la noche, madame Potocka vino a verle.

—Ya está resuelto, Ponceau. He llevado su permiso a la firma. Será para el viernes.

—¡Qué buena es usted, señora! ¡Gracias!

—Es una cosa muy natural, querido amigo. Cumpla usted hasta el final sus deberes para con la patria.

Madame Potocka salió con una sonrisa llena de indulgencia y de aliento.

Ponceau esperaba, quizá, que yo le dijera algo; pero como yo permaneciera silencioso, se contentó con murmurar:

—Un permiso, mi pobre amigo. Mi primer permiso... ¡Es estupendo!

El día siguiente, que era jueves, vio crecer y embellecerse una magnífica exaltación. Al despertarse, Ponceau se encontró en posesión de una gran botella de agua de Colonia. A cada momento, la puerta de la habitación 16 se abría, y entraba una señora con cualquier fútil pretexto:

—¿Quieren ustedes unas revistas?

—Mademoiselle Caporal, ¿hay que mandarle el peluquero?

Mademoiselle Caporal accedió. Parecía haber sido puesta al corriente de todo, y se comprendía, pues ya no era una niña. Ya tenía cierta experiencia de la vida.

Subió el peluquero. A Ponceau le cortaron el pelo, le friccionaron la cabeza, le rizaron el bigote. El recibió todos aquellos cuidados de una manera completamente natural y sin notar el entusiasmo de que era objeto.

Madame Prosteanu vino a sentarse familiarmente al borde de la cama, como de costumbre. Llevó a Ponceau la última creación de los confiteros, un obús de cartón lleno de bombones de chocolate. Como el herido le diera las gracias un poco confuso, la vieja dama respondió con tono maternal:

—Lléveselos usted mañana. Podrá ofrecerlos a su encantadora mujercita.

Yo salí al pasillo y empecé mi paseo cotidiano. El doctor Guyard estaba apoyado en la barandilla de la escalera y gritaba a madame Potocka:

—¡No! ¡Evidentemente! No se le puede bañar a causa de su herida que no está todavía cerrada. Pero hágalo jabonar con agua caliente.

Y Ponceau fue jabonado con agua caliente y frotado con agua de Colonia.

Madame Ponceau vino por la tarde. Se le abrumó con toda clase de atenciones. Pero, al igual que su marido, estaba sumida en un éxtasis tranquilo, y no parecía notar la sobreexcitación que reinaba alrededor.

Y así pasó el jueves. Ponceau se durmió con el sueño de la inocencia, y no es seguro que el sueño tuviera aquella noche la misma generosidad para con todas las criaturas.

El viernes por la mañana, madame Potocka hizo una nueva aparición.

—Ponceau —dijo—, le he procurado un coche. Le esperará ante la puerta, a partir del mediodía.

El doctor Guyard vino personalmente con mademoiselle Caporal a arreglar los vendajes. En vez de una banda de tarlatana, la buena señorita dispuso, alrededor del muslo de Ponceau, una maravillosa banda de franela suave que sujetó con un imperdible dorado adornado de cristales malva.

Desde hacía tiempo, Ponceau ya no tenía uniforme militar y, para estar en el cuarto, vestía un suntuoso pijama de tela rayada. Un poco antes del almuerzo, mademoiselle Caporal trajo un magnífico pantalón rojo de "paño de suboficial", una guerrera bien lavada y un quepis de artillero, todo piezas escogidas en los más ricos estantes del almacén. Por otra parte, toda la casa tenía un ligero aire de fiesta. La gente se abordaba diciendo:

—Verdaderamente, tiene buena cara.

—Entonces, ¿es hoy el día?

—¡Sí! Sale a mediodía. Volverá para la cena.

—¡Tendrá sus buenas cinco horas!

El doctor Guyard había reunido a las damas en la sala de curas, y les daba explicaciones complementarias:

—El instinto genésico, señoras, corrientemente está adormecido en el período febril, pues con nuestros heridos no pasa como con los tuberculosos, que hasta el tercer período parecen dominados por el deseo de la reproducción. En el caso que nos ocupa, el retorno progresivo de las fuerzas y del apetito, se acompaña muy bien de una cierta aptitud para procrear.

Madame Seigneuret no parecía muy convencida:

—¿No cree usted, doctor, que los dolores provocados por la pierna enferma, pueden, en cierta medida, turbar...?

—Señora, no olvide usted que el instinto de reproducción es uno de los más fuertes; después, sin embargo, del instinto de conservación y del instinto de nutrición.

—Eso es verdad — aprobó madame Lestourneau.

Por favor especial, Ponceau recibió aquel día la ración de los oficiales. Un alón de pollo y pastel de arroz. Se le dio también un café cargado y media copa de champaña. Lo absorbió todo con cándida satisfacción diciendo:

—Aquí no es como en Saint-Mandé. Aquí saben hacer bien las cosas.

Un poco antes del mediodía, se le vio aparecer por los pasillos. Todo el personal del hospital, en masa, estaba reunido.

Madame Prosteanu le prendió subrepticiamente un pequeño manojo de flores sobre el capote diciéndole:

—Así tendrá todo el aspecto de un recién casado.

Y Ponceau montó en el coche adonde le esperaba la bella y tranquila sonrisa de su mujer.

Pasé la tarde errando por la casa y fumando cigarrillos. Fuera, hacía una blanca y fría jornada de invierno; pero el hotel, calentado en demasía por la excesiva calefacción, parecía congestionado. Reinaba una atmósfera tormentosa, saturada de nerviosidad.

Todas las señoras se reunían en los descansillos y en los salones. No se oían, como era la costumbre, risas y conversaciones en voz alta. No se cambiaban más que sonrisas distraídas. Se hablaba bajo, en pequeños grupos. Las muchachas se alejaban ostensiblemente de los grupos de mujeres casadas, diciendo: "¡Oh, perdonen!", lo que indicaba que estaban perfectamente enteradas del acontecimiento. También ellas formaban conciliábulos en los que se decían frases misteriosas.

El tiempo se hacía lento y perezoso. Se arrastraba sobre las banquetas, se detenía en los peldaños de la escalera, parecía completamente inmovilizado entre las puertas entornadas.

Todo el mundo tenía un aire inquieto e impaciente, como esperando el desenlace de cierta situación delicada.

Madame Prosteanu sacó de repente su reloj y dijo:

—¡Son las tres!

Un silencio profundo acogió aquellas sencillas palabras, y el aire perfumado pareció de pronto poblado por toda clase de sueños en libertad. Se diría que la imaginación humana se difundía en él, lo impregnaba, le daba un olor.

—Me zumban los oídos — dijo ingenuamente madame Lestourneau.

—Es verdad, hace mucho calor — notó madame Seigneuret —; tengo una especie de hormigueo en las piernas.

Mademoiselle Caporal se retiró pretextando una jaqueca. Hundida en un canapé, madame Prosteanu charlaba gravemente con una señora muy distinguida a quien, al pasar, oí murmurar con voz doliente:

—Monsieur Gastinel sigue siendo el mejor de los maridos, pero ya no es como en los primeros tiempos de nuestro matrimonio.

Madame Potocka, apoyada en la barandilla de la escalera, hablaba con la joven madame Couturieux.

—No siempre he tenido buenos embarazos — decía —. Cuando el último chico, estuve muy mal, sobre todo en los primeros meses...

Y madame Couturieux respondía:

—¡Ser madre es como un sacerdocio!

Luego, de repente, se alejó presa de una cierta emoción.

—¿Adónde va usted? — preguntó la directora.

—Voy a dar mis masajes — respondió bruscamente la joven señora.

Aparentemente, ya nadie se ocupaba de Ponceau. Pero desde los sótanos hasta el granero, su recuerdo llenaba la casa, y se pensaba en él creyendo pensar en uno mismo.

Pasó un poco de tiempo, y madame Proteanu, sacando de nuevo su reloj, exclamó:

—¡Pero si son más de las cuatro!

Aquello fue la señal para una especie de aflojamiento de la tensión. Todas las señoras encontraron de pronto ocupaciones y lo aprovecharon para cambiar de sitio.

Tuve la impresión de un cansancio general y de una vaga tristeza. Una especie de encanto acababa de ser roto. Algo se terminaba en el mundo y la página se volvía con melancolía.

Madame Seigneuret se levantó, estirando sus bellos brazos.

—¡Oh, qué horrible guerra! — exclamó.

Con extremado candor, madame Lestourneau hizo notar:

—Ponceau volverá pronto.

Inmediatamente toda la concurrencia afectó pensar de nuevo en Ponceau.

—¡Es verdad! El pobre Ponceau...

Madame Potocka llevó su talento hasta decir:

—¡Ese buen Ponceau! Ya no nos acordábamos de él.

Pero no todo el mundo tiene la misma presencia de ánimo, y por eso se oyó, unos instantes después, la voz juvenil de mademoiselle Flegenheim que exclamaba:

—¡Aquí está! ¡Aquí está!

Un coche acababa de detenerse ante el hotel.

Y era él.

Las escaleras fueron escenario de una ligera aglomeración. Ponceau apareció entre sus muletas, cojeando sin dirección fija, en medio de las blusas níveas.

Fumaba un gran cigarro. Tenía la tez avivada por el aire fresco del exterior. Sus ojos reflejaban una gran bondad, una gran felicidad y un perpetuo asombro.

—¿Está usted contento de su permiso, Ponceau? — preguntó discretamente madame Potocka.

—Desde luego que sí, señora directora.

El ascensor acogió a Ponceau y lo arrancó brutalmente a la curiosidad general. Nos encontramos en la habitación 16.

Mientras cenábamos, Ponceau me dijo:

—¡He visto el Bois de Boulogne! ¡Qué bello paseo, mi pobre amigo! ¡Oh, qué bello paseo! ¡Es estupendo vivir y tener una linda y querida mujercita!

No me hizo ninguna otra confidencia, y jamás supe exactamente el empleo del tiempo de su primer permiso.

Por la noche, ya en la cama, al desplegar los periódicos, exclamó de pronto:

—¿A que no sabes lo que he encontrado en el bolsillo de mi capote? ¡Una botella de agua de melisa, mi pobre amigo! No sé por qué me han hecho ese regalo. Pero no la voy a tirar. Vamos a descorcharla y a echar un buen trago.

UN ENTIERRO

Cuando íbamos a sentarnos a la mesa, el doctor Gilbert preguntó:

—¿Para qué hora está previsto el entierro del teniente Limberg?

—Para las tres, doctor —respondió el fiel Augusto—. Se ha pedido un piquete de cazadores perteneciente al mismo batallón del teniente. Este batallón viene de la línea de fuego y está acantonado en Marcourt.

—Bien, diga a Bénezech que venga.

Y nos entregamos al placer agridulce de una ensalada de pepinos. Setiembre languidecía, pero el brasero del Somme redoblaba su ardor. El retumbar del cañón llenaba la inmensidad, como si estuviera pasando un drama en los intestinos del mundo. Estábamos ligeramente atontados por un considerable número de noches sin dormir, noches pasadas remando en contra de aquel torrente de sangre y salvando los restos del naufragio. El teniente Limberg era uno de los casos más tristes; lo habíamos remolcado durante dos semanas y, de golpe, acababa de irse a pique, abrumado por una cochina meningitis, tartamudeando, soñando en voz alta cosas

extravagantes que le transformaban y que daban a la muerte un aspecto de odiosa comedia.

No hay nada más ofensivo ni más doloroso para el alma que oír delirar y ver sufrir a esos hombres heridos en el cerebro, y más aún contemplar un adolescente de veinte años ensuciarse como un viejo. ¡Cuántas veces, consumiéndome ante esos espectáculos vergonzosos, he deseado que pudieran contemplarlos los que tienen en sus manos los destinos de los pueblos! Pero, ¡ay!, dejemos esto. Nadie puede dar imaginación a los que no la tienen. Dejemos esto y volvamos al entierro de Limberg.

Estábamos luchando con un trozo de buey correoso cuando entró Bénezech.

El abate Bénezech, enfermero de segunda clase, desempeñaba diversas funciones, entre ellas las de secretario y capellán. Era un hombre regordete, de inteligencia lenta y de mandíbulas majestuosas. Se dejaba crecer una barba inexplorada y no podía consolarse de no ser objeto de aquellos cuidados en los que se distingue una clientela devota. Demasiado santo para conceder gran importancia a las cuestiones del aseo personal, se había convertido lentamente en una especie de viejo solterón descuidado. Ponía a prueba su paciencia esperando a que le restituyeran a su delicado ministerio.

—Bénezech —le dijo familiarmente monsieur Gilbert—. ¿A qué hora entierra usted al teniente Limberg?

—A las tres, señor.

—¿Está expuesto el cadáver?

—Debe de estar en la barraca.

—¡Bien! ¿Era católico?

—¡Oh, sí, señor! Gracias a Dios, ayer le di la comunión.

—Entonces, todo va bien. Gracias, Bénezech.

El enfermero salió. Volvimos a nuestra somnolencia y a cierto plato de tallarines, hechos realmente para quitar el apetito.

Acabábamos de comer cuando entró un ordenanza que entregó una tarjeta a monsieur Gilbert.

—El oficial —añadió— insiste en verle a usted en seguida.

Monsieur Bilbert dio vueltas a la tarjeta con el aire atento de un hombre que va a quedarse dormido.

—¡Bueno! —suspiró—. Hazle entrar aquí mismo.

Y añadió, volviéndose hacia nosotros:

—El alférez David. ¿Le conocen ustedes? ¿No?

El alférez empujaba ya la puerta. Llevaba la gorra de los cazadores sobre unos cabellos ligeramente rizados. Labios firmes, un

pequeño bigote, magníficos ojos oscuros de negociante esmirnio, principio de obesidad, manos cortas y regordetas.

—Señor —dijo—, mi batallón vuelve a la línea de fuego, y he aprovechado nuestro paso por aquí para pedirle autorización para ver un herido, a mi mejor amigo, el teniente Limberg.

Monsieur Gilbert, que tenía una pequeña nariz muy movible, expresó por medio de una gimnasia especial de ese órgano, que estaba vivamente contrariado.

—Den una silla al alférez — empezó diciendo con el buen sentido de un hombre que sabe como anunciar las noticias tristes.

Luego prosiguió:

—Mi pobre amigo, lo que tengo que decirle sobre el teniente Limberg es muy triste: el desdichado tenía una herida muy grave en el cráneo...

—¿Ha muerto? — preguntó el oficial de cazadores con voz incolora.

—Sí, ha muerto. Le enterramos hoy a las tres.

El alférez David permaneció unos minutos inmóvil. Un tic nervioso empezó a atormentarle la mitad de la cara. Tenía un aire abrumado y enjugaba sus sienes, húmedas por un repentino sudor. Respetamos aquel dolor. Al cabo de un momento, se levantó, saludó militarmente e hizo ademán de retirarse.

—Perdóneme usted, señor —dijo— ; era mi mejor amigo.

Nos dio la mano a todos con aire preocupado, una mano regordeta y húmeda, y ya se disponía a salir cuando, en el umbral de la puerta, cambió de idea.

—Una palabra, señor: Mi amigo Limberg era israelita. Yo también lo soy. Creo que debo decírselo.

Y salió. Hubo un breve silencio, luego monsieur Gilbert se puso a golpear la mesa a ritmo acelerado con el mango de su cuchillo.

—¿Qué es lo que ha dicho? ¿Limberg judío? ¡Es demasiado! Llamad a Bénezech.

Monsieur Gilbert era un hombre testarudo, violento, con reflejos explosivos. Parecía haber olvidado el calor, el cansancio y la digestión. Lanzaba, con un ardor furibundo, migajas de pan a todos los rincones de la habitación. Tenía el aire concentrado y temible de un cartucho que siente arder la mecha. Detuvo a Bénezech en el umbral, con un despliegue de recursos vocales que no dejaban ninguna duda sobre sus sentimientos íntimos.

—¡Ah! ¿Es usted? ¡Bueno! ¿Es que quería usted hacerme comulgar con ruedas de molino?

—¿Señor...?

—El teniente Limberg. ¡Sí, el teniente Limberg! Era israelita y usted iba a enterrármelo según el rito católico.

—¿Israelita?

—Sí, señor, israelita.

El abate sonrió con una soberana incredulidad:

—No era israelita, señor, puesto que ayer mismo le di la comunión.

Monsieur Gilbert se detuvo de golpe, como un caballo que contempla una carretilla. Luego murmuró soñadoramente:

—Sí... Entonces hay alguien que se burla de mí.

—¡Oh, señor! —suspiró el abate. Y levantó las manos, con las palmas hacia delante, con una unción sorprendente para un soldado que llevaba sus polainas enrolladas en los tobillos.

—Usted le dio la comunión, sí —continuó monsieur Gilbert—; evidentemente... Pero, ¿qué es lo que él dijo?

—No sé lo que podía decir —intervino el fiel Augusto— teniendo en cuenta que ya hacía más de diez días que no hablaba razonablemente.

—¡Esto es verdad! —asintió monsieur Gilbert—. ¿Qué dice usted a eso, Bénezech?

—Estoy confuso, señor, pero no puedo creer que un joven tan bien educado como el teniente Limberg, no fuera católico. Le di la comunión dos veces.

—¡De acuerdo! Pero... ¿Le dijo él que era católico?

—Oh, señor, nunca le hubiera hecho la injuria de preguntárselo, sobre todo en el lamentable estado en que se hallaba. Además, llevaba medallas cuando llegó aquí. Yo mismo le di algunas que *él recibió de muy buen grado.*

—Evidentemente —dijo monsieur Gilbert— todo esto no está muy claro. Usted me dice que Limberg era católico. ¡Bien! Por otra parte, acaban de afirmarme que era israelita. Envíe usted inmediatamente a buscar al rabino de los camilleros divisionarios. Luego, para más seguridad, manden un ciclista al batallón de Limberg, a Morcourt. Informémonos en la unidad.

Bénezech salió levantando varias veces las manos con los dedos separados, en señal de turbación.

—Vamos a la chabola —propuso monsieur Gilbert levantándose de la mesa.

Era una tienda agujereada, fuera de uso en la cual se exponían los cadáveres y se celebraban las ceremonias religiosas.

Adornado con una vieja bandera, el féretro de Limberg reposaba allí, sobre dos cajas. Un rayo de sol en el que se veía una turba chispeante de mosquitos, cortaba oblicuamente la sombra. Algunas gallinas picoteaban en la tierra. Aquel fúnebre lugar parecía un puerto de calma en medio de la tormenta bélica.

Surgió un enfermero que puso dos velas sobre la mesa, las encendió y dispuso entre ellas un crucifijo.

—¡Diablo! —dijo Gilbert entre dientes—, qué estúpidas victorias...!

Al salir de la chabola divisamos a Bénezech y al ciclista. Bénezech tenía el rostro radiante. Llevándose los dedos al quepis, saludó como quien da una bendición y dijo con voz celestial:

—Informe del batallón, señor doctor. ¡El teniente Limberg era católico!

—¡Santo Dios! —exclamó monsieur Gilbert—. ¿Tiene usted una nota escrita?

—No —respondió el ciclista—. Los oficiales se consultaron entre ellos y han contestado que era católico. Por lo demás, en seguida podrá usted ver a esos señores, pues vendrán para el entierro con el piquete de cazadores.

Monsieur Gilbert se impacientaba. Estaba muy sofocado y la punta de su nariz se entregaba a movimientos desordenados, lo que anunciaba la inminencia de una decisión.

—¿Puedo preparar la ceremonia? — preguntó Bénezech con el aire cándido y mesurado de un hombre que no abusa de su victoria.

—¿Qué? —dijo monsieur Gilbert—. ¿La ceremonia? Como usted quiera. ¡Prepárela, prepárela! Ahora ya sé lo que he de hacer.

El fiel Augusto, que nos había dejado hacía unos minutos, volvió cotejando un paquete de sobres.

—He rebuscado —dijo— entre las cosas personales del teniente. No he encontrado nada concluyente, sólo un tarjetín firmado por un tal Blumenthal que llama al teniente Limberg "su primo", Blumenthal, suena judío...

—Es posible —dijo monsieur Gilbert—; pero ya no me importa, porque he tomado una decisión.

—Es verdad —replicó vacilando Augusto— que todavía se podría... hacer abrir el féretro.

—¡No! Esto no significa nada —cortó monsieur Gilbert—. Y, además, les repito que ya tengo mi idea. Vamos al trabajo.

Volvimos, pues, al trabajo, que duró hasta las dos y media. En aquel momento, reapareció el ordenanza:

—Señor, el capellán de los judíos quiere verle.

—Allá voy — dijo el jefe.

Se puso su bonito quepis de cuatro galones, se quitó la bata y se fue.

Yo vigilaba por la ventana la llegada del rabino. Le vi apearse de un carricoche de chamarilero, tirado por un mulo patizambo. Con su negro gorro de campaña, su barba en cascada, su alta figura flexible, su levita y su báculo, me hizo pensar en los judíos polacos de los romances populares. Parecía bastante anciano y pisó el estribo con la majestad de un patriarca.

Picado por la curiosidad, salí para ver lo que iba a pasar. A unos veinte pasos del carricoche, en la revuelta de una avenida, vi al rabino sin reconocerlo. Tenía una barba negra y rizada, un poco de barriga, mucha seguridad en sí mismo, una sonrisa de dios asirio y, en la mirada, algo como un reflejo del Mediterráneo oriental.

Di la vuelta a una barraca, y me encontré, de pronto, cara a cara con el jefe y el capellán israelita. En seguida me di cuenta de que me había equivocado dos veces. No era ni el judío errante de las novelas por entregas, ni el levantino semita de los grandes puertos de comercio. Era un hombre de mundo, de edad indefinida, con lentes, de aire estudioso y atento, con un algo distante y profesoral. Tenía el aspecto distinguido de un catedrático de Universidad. Hablaba el francés ligeramente cosmopolita de un erudito que entiende seis u ocho idiomas, y que no pronuncia ninguno con pureza.

—En verdad, señor — decía —, en el Este tenemos muchos Limberg. Yo conozco varias familias.

—Es muy posible — respondió cortésmente monsieur Gilbert —. Pero, en fin, ya he tomado una decisión... Venga usted, señor capellán.

Nos dirigimos lentamente hacia la choza. Cuando ya llegábamos, el suelo resonó bajo el paso rápido de una pequeña tropa en marcha, y el piquete de cazadores apareció. Algunos oficiales lo seguían a distancia. Todo el mundo se detuvo ante la tienda y vimos salir a Bénezech. Se había echado encima de la guerrera una sobrepelliz antigua, que le hacía parecer no solamente veterano de la presente guerra, sino de todas las guerras del siglo anterior.

—Señores — dijo pausadamente el médico —, sucede una cosa

bastante enojosa. No podemos saber con exactitud cuál era la religión del teniente Limberg. El informe que ustedes nos han enviado tiende a probar que era católico...

—E incluso prácticamente —añadió Bénezech aprovechando el breve silencio.

—¿Puedo preguntarles —continuó monsieur Gilbert— en qué fundan ustedes su informe?

Los oficiales se miraron como cogidos de improviso.

—¡Cielos! —dijo uno de ellos—, no nos dijo nunca que fuera judio.

—Pero, bueno...

—¡Oh! Hay un hecho preciso —dijo un capitán—: asistió varias veces a misa conmigo.

—Pero, bueno —dijo ligeramente monsieur Gilbert—, eso no prueba nada. Yo también voy de vez en cuando... Es verdad —prosiguió— que yo no soy judio. En cuanto a Limberg, he visto hoy a uno de sus más íntimos amigos, y me ha dicho que el teniente era israelita.

Reinó un nuevo silencio. Los cazadores formaban un pabellón con los fusiles en la avenida. La concurrencia tenía una apariencia vacilante y turbada. Los dos sacerdotes no se habían mirado todavía, y parecían prestar una extrema atención al uniforme de los oficiales.

Entonces salieron de la tienda dos camilleros, llevando sobre unas parihuelas el féretro con la bandera tricolor. Dieron tres pasos y, de pronto, el cadáver se encontró entre el abate y el rabino. Monsieur Gilbert los detuvo con un ademán.

—Señores —dijo el médico-jefe con el tono de un sabio que recuerda a Salomón—. Señores, en la duda, he decidido que el teniente Limberg sea enterrado según el rito católico y según el rito hebreo. Así no habrá error, todo lo más un exceso. Ya sabemos que Dios conoce a los suyos. Estos señores actuarán por turno. Creo hacer una cosa justa y prudente.

Los oficiales movieron la cabeza de una manera que no expresaba ninguna opinión. Los dos sacerdotes se miraron por primera vez. Se miraron por encima del ataúd y se saludaron como si hasta entonces no se hubieran visto. Espontáneamente, los dos adoptaron una curiosa sonrisa; pero sus ojos no la compartían. Se contemplaban como dos personas de una misma familia, enemistadas durante veinte siglos, y que vuelven a encontrarse en casa de su notario.

Entre ellos dos, lo que se ventilaba no era un alma, sino solamente aquella caja con un cuerpo rígido, desfigurado por diez días de agonía, aquella caja recubierta de una tela simbólica agitada por una libera brisa.

Los dos sacerdotes se miraron con interés durante un largo rato. Por un lado, el cura de pueblo, de toscos miembros de campesino, y por el otro, el rabino cosmopolita y refinado, de compleja sonrisa, viejo como la biblia.

—En verdad — me sopló al oído el fiel Augusto —, en verdad que Bénezech tiene muertos muchos más a menudo que el otro; bien podría dejarle uno de vez en cuando.

—¡Tú! — dijo monsieur Gilbert que le había oído —. ¡Cállate! Estás loco hablando de esa manera. Este asunto es muy serio.

Bénezech hizo de pronto un ligero movimiento de hombros; bajó los ojos y dijo atropelladamente:

—Doctor, si verdaderamente el teniente Limberg era israelita, creo preferible retirarme.

—Haga usted lo que juzgue conveniente, Bénezech — dijo monsieur Gilbert.

El rabino continuó sonriendo. Tenía la cara resignada del creyente que sabe que el Mesías ha faltado por primera vez a la cita, y que quizá habrá que esperarle todavía durante muchos miles de años.

—Entonces — dijo Bénezech en voz muy baja —, me retiro, doctor.

Dio algunos pasos y le oímos murmurar al alejarse:

—Lo principal es que haya recibido la sagrada comunión; y la ha recibido dos veces.

El rabino continuaba sonriendo, como alguien que piensa para sí:

"Pero yo me quedo."

Monsieur Gilbert hizo un gesto. Se oyó gritar unas órdenes y todo el mundo se llevó la mano al quepis.

CIFRAS

No, amigo mío, la guerra no ha cambiado a todo el mundo. ¿No has conocido a monsieur Perrier-Langlade?

Era eso que se llama un gran organizador. Por ejemplo, al llegar a un sitio donde todo parecía marchar perfectamente, donde cada uno creía conocer su obligación y se aplicaba en hacerla a conciencia, monsieur Perrier-Langlade, que poseía un sentido original de las realidades prácticas, demostraba que todo iba mal. En seguida cambiaba a cada cosa de lugar; y a cada hombre de función. Se paseaba, con un bastón en su mano derecha, que era, en cierto modo, su instrumento de trabajo, y con el cual jugaba como un esgrimidor o un jefe de orquesta. Lo tocaba todo con aquel bastón irritado, y dejaba caer las órdenes como si fueran una nube de granizo. Una organización en la que su genio se hubiera ejercitado, empleaba varias semanas en recuperar su funcionamiento y su antigua prosperidad.

Monsieur Perrier-Langlade tenía ideas, y esto es una cosa grave. Las personas poderosas que tienen ideas, no admiten en modo alguno que los simples mortales puedan tenerlas. Con monsieur Perrier-Langlade, el colmo de la habilidad era hacer de modo que él creyera haber concebido por sí mismo las ideas que uno deseaba vivamente ver realizadas. Pero no siempre esto resultaba eficaz, pues aquella escogida inteligencia cambiaba gustosamente de idea varias veces al día, lo que demuestra una gran generosidad natural. Era un hombre presa de un torbellino. Como no podía honestamente decidir nada por sí mismo, no tenía una noción demasiado fácil de la relación que une el acto con la idea. Pero este es el precio de las altas posiciones y, aparte de ello, monsieur Perrier-Langlade era un gran organizador.

Amaba las cifras. Hagámosle esta justicia. Las manejaba con audaz maestría. Les reconocía un sentido tan profundo que escapará siempre a unas almas tan poco matemáticas como las nuestras.

Yo no había visto más que de lejos, y muy raras veces, a monsieur Perrier-Langlade, cuando se me presentó la ocasión de tener

una entrevista con él. Bueno, esto es quizá demasiado decir, dada la modestia de mi grado; pero, en fin, fui admitido a oírle hablar de cerca, y pude gozar de la especie de enseñanza que constituían las menores manifestaciones de su personalidad.

Esto pasó el último invierno, durante el período de los grandes fríos. Desde hacía quince días, soplaba un cierto vientecillo del este, cortante como la ley y, como ella, desesperante.

Aquel frío y aquel viento habían causado en el frente una epidemia de incendios. Se abarrotaban, hasta hacerlas estallar, unas pequeñas estufas epilépticas, que de vez en cuando comunicaban su fiebre a alguna barraca. La llama asomaba su nariz al exterior, el viento la atrapaba, la retorcía, la extendía, la inflaba como una vela y, por lo general, aquello costaba quinientos o seiscientos mil francos de madera, de papel, de tela y de materiales diversos. Cuando los alemanes distinguían aquello a tiro de cañón, despachaban unos cuantos pepinazos, con el caritativo deseo de ayudar a conjurar el siniestro. ¿Qué queréis? Se hace la guerra o no se hace. Y el desdichado mundo la hace.

De este modo habíamos perdido varias tiendas y barracas, por suerte aisladas, y la cosa nos había servido de aviso cuando una noche, hacia la una, el fuego, pero esta vez un fuego muy serio, prendió en la ambulancia 521, que se distinguía en la llanura a unos tres o cuatro kilómetros de nosotros.

Nos habíamos calzado los zuecos y salimos para ver el espectáculo: el vasto brasero chisporroteante, la campiña con su hielo azulado, la claridad de la luna, que el viento parecía rizar como si fuese agua, y los reflejos de la llama sobre el paisaje siberiano, resquebrajado por los viejos atajos de 1915.

Teníamos el corazón angustiado pensando en lo que pudiera pasar allá abajo; pero no nos atrevíamos a alejarnos de nuestra formación.

Hicimos bien. Hacia las tres, una tropa de automóviles llegó zumbando ante nuestra puerta. Nos traían una partida de heridos arrancados a la catástrofe.

Se les bajó de los coches. Fueron muy juiciosos los pobres. Había dos fracturas de cráneo, un ciego, un amputado del muslo, una pierna rota y varios más, no tan gravemente heridos. Habían perdido en el incendio toda su fortuna de soldados, es decir, el viejo saquito de tela que se cuelga de la litera y en el que el hombre mete su cuchillo, su encendedor, tres o cuatro viejas cartas y un cabo de lápiz. Os lo repito, eran muy juiciosos, pero daban

pena, pues uno tenía la impresión de que habían estado esperando en su camastro, en medio de las llamas, diciéndose: "Si no vienen a buscarme inmediatamente, dentro de cinco minutos será demasiado tarde."

Les colocamos en las camas y les calentamos. Lo necesitaban. Recuerdo que el que tenía la pierna rota llevaba una especie de aparato relleno de algodón en el que brillaban trocitos de hielo. En fin, todo aquello era terriblemente lúgubre.

La noche se empleó en aquellos cuidados, y la mañana nos encontró platicando alrededor de una olla de café. Los heridos estaban amodorrados. Casi hacía calor en su barraca. Les habíamos puesto unos gorros de algodón y camisetas. Se les dio una taza de leche condensada bien caliente, y dormían a medias como gente que piensa: "Con esta ya van dos veces que me salvo, cuidado con la tercera."

Y fue entonces, amigo mío, cuando monsieur Perrier-Langlade entró en escena.

Yo había salido, no sé por qué razón, y chapoteaba en el suelo medio helado, cuando vi detenerse al borde de la carretera un automóvil opulento. La postezuela hizo: ¡Clac!, y monsieur Perrier-Langlade descendió, casi aplastado por su suntuoso abrigo de pieles.

Pensé: "¡Vaya, qué bien! ¡He aquí a monsieur Perrier-Langlade que viene a reconfortar a nuestros pobres diablos!"

Yo estaba a unos cien metros. Me lancé sobre unos trozos de hielo temblequeantes y llegué, un poco desalado, justo a tiempo para ponerme en posición de firmes ante la puerta. Monsieur Perrier-Langlade pataleaba.

—¿Qué es esto? —me dijo— ¿Pero es que no hay nadie aquí para recibirme al bajar del coche?

—Perdone, señor...

—¡Cállese! ¡Bien ve usted que no hay nadie! Esta noche han recibido ustedes los heridos de la 521. He ido personalmente a ver ese incendio. Fui a las dos de la madrugada, con riesgo de atrapar una pulmonía. Pero no es eso todo. Quiero que haya alguien aquí, para recibirme al bajar del coche. Si usted no hubiera estado no habría habido nadie, y es inadmisible que yo tenga que esperar con estos fríos. Pondrán un ordenanza aquí, permanente.

—Comprendido, se...

—¡Cállese! ¿Cuántos heridos han recibido esta noche?

—Trece, señor. Es verdad que...

—¡Espere! ¡Trece! ¡Trece!

Monsieur Perrier-Langlade se puso a repetir esta cifra como para sí mismo. Era visible que aquella sencilla palabra sugería a su espíritu toda clase de pensamientos profundos. No sé qué tonto deseo de hablar me hizo abrir la boca:

—Compruebe usted, sin embargo, señor...

—¡Cállese! —me dijo con aire irritado—. ¡Trece! ¡Trece!

Sentí una gran confusión y me quedé silencioso. No tuve que esperar mucho. Ravier llegaba a grandes zancadas; había distinguido el automóvil y se había precipitado. Se detuvo de golpe, a cinco pasos, con los talones anclados en la nieve que rechinaba, y saludó.

—Vaya, al fin llegó usted —notó monsieur Perrier-Langlade—. No ha sido muy rápido que digamos. ¿Cuántos heridos tienen que no debían ser traídos aquí?

Ravier me lanzó una mirada desesperada. Yo le mostré una mano abierta con los dedos separados, y Ravier, que no estaba aturdido del todo, respondió inmediatamente:

—Cinco, señor monsieur...

Un rugido de monsieur Perrier-Langlade le cortó la palabra.

—¡Cinco! ¡Cinco! —dijo—. Entonces no son trece. ¡Son cinco!

Yo salté como si me hubieran clavado un alfiler de sombrero en la parte posterior.

—Pero note usted, señor, que no es...

—Cállese —me dijo. Y esta vez con calmosa autoridad—. ¡Cinco! ¡Cinco!

Y volvió a repetir esta palabra, con un aire a la vez olímpico e indulgente, como alguien que no puede guardar rencor al resto de los hombres porque ignoren las supremas alegrías de la aritmética.

Nos mirábamos consternados, cuando se oyó el ruido de un par de zuecos y apareció el buen monsieur Mourgue, con la nariz helada, la barbita rígida, proyectando ante sí, según el ritmo de su jadeante respiración, una bocanada de fina bruma.

—¡Ah! ¡Por fin! —exclamó monsieur Perrier-Langlade—. Al fin está usted aquí, monsieur Mourgue. Haga el favor de decirme cuántos hombres tiene actualmente hospitalizados en sus barracas.

Monsieur Mourgue pareció descender de las nubes y respondió:

—Veintiocho, señor.

Monsieur Perrier-Langlade se sonrió con desaliento, con una sonrisa llena de amargura.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡De manera que ni trece ni cinco! ¡Son veintiocho! ¡Me lo figuraba!

—Pero, señor... — exclamamos a coro, con voz desmayada.

Sacó de sus pieles una mano que, no por no estar enguantada de terciopelo, dejaba de ser una mano de hierro:

—Cállense, señores, no pueden ustedes comprender. ¡Veintiocho!

Nos examinamos mutuamente, como idiotizados. Monsieur Perrier-Langlade, ensimismado en una sublime meditación, se paseaba de arriba abajo repitiendo: "¡Veintiocho! ¡Veintiocho!"

Noté que tenía una voz ruda y no desprovista de llaneza. Durante largos segundos repitió, primero sacudiendo la cabeza, y luego con un júbilo creciente: "¡Veintiocho! ¡Veintiocho!", y sentí cómo en su boca las cifras no tenían el mismo sentido que en la tuya o en la mía.

Al fin nos saludó bruscamente, con suprema e imperiosa cortesía:

—¡Hasta la vista, señores! ¡Veintiocho! ¡Veintiocho!

Y se fue hacia su automóvil, frotando sus manos una contra otra, con la salvaje alegría de un hombre que ha obtenido la suprema certidumbre.

DISCIPLINA

FRANCAMENTE, no lamento aquellos cuatro días de arresto. Me valieron un magnífico catarro, porque me permitirán hacer notar que el local disciplinario estaba absolutamente desprovisto de confort, pero me inspiraron edificantes y eficaces reflexiones. ¿Puedo quejarme de injusticia cuando reconozco deberle inapreciables beneficios y nuevos puntos de vista? No, no lamento haber hecho, a los cuarenta y seis años, la experiencia de lo que se ha convenido en llamar la paja húmeda de los calabozos. Pero empecemos por el principio.

Cuando el sargento, que no era en modo alguno un hombre

malo y que estaba aquejado de una enfermedad en la vejiga, vino a decirme: "Señor Bouin, tiene usted cuatro días de arresto", sentí de momento un asombro mezclado de incredulidad. Sin embargo, era por la mañana, y el sargento, que no bromeaba jamás antes de que le sondaran, añadió con un aire doliente: "Hay una guardia que debía ser tomada por un tal Bouin y no lo ha sido. Seguramente que no es usted, mi pobre Bouin, quien se la ha saltado, pero no hay duda de que será usted el que se pasará cuatro días en el calabozo."

Y el sargento se calló. Yo sentí una cierta molestia en la boca del estómago, y una desagradable sensación de calor en las mejillas. Hasta los primeros días de la guerra, mi vida había sido apacible y dichosa. Yo no estaba habituado a ciertas emociones, y no puedo dejar de reconocer que estaba indignado, vivamente indignado.

—Sargento — dije —. ¡Esto es imposible! Yo tuve mi guardia en la ambulancia anteayer, y me toca mañana otra vez. Pero yo no tenía ninguna guardia esta noche en la sala, se lo aseguro...

Yo debía estar tembloroso y bastante acalorado, pues el sargento me contempló durante algunos segundos con piadosa solicitud. Luego me dijo: "Espere, voy a ver al oficial de la administración", y salió.

Yo continué frotando el parquet. Es una tarea muy fatigosa para un hombre que ha dedicado toda su vida al estudio de las matemáticas. Pero, en el mes de setiembre de 1914, un gran espíritu de resolución y de sacrificio animaba a todos los franceses de buena voluntad. Yo me había comprometido a servir a mi país humildemente, con valor, en la medida extrema de mi fuerza física, y, como era a mi fuerza física a la que se pedía sobre todo un esfuerzo, yo frotaba todos los días el parquet con entusiasmo. Aquella mañana lo froté con verdadero frenesí, si bien gruesas gotas de sudor empezaron a ensuciar mi obra. Me sentí molesto, pero satisfecho. Uno riega su suelo natal con lo que puede, ¿no es verdad?

El sargento volvió: "Señor Bouin — dijo —, no se escapa usted de los cuatro días, y esto es una cochinada que le hacen. Ultimamente ha entrado en servicio un médico voluntario que lleva su mismo nombre y que todavía no tiene grado. Como hace funciones de médico militar, no tiene guardias de noche. Pero los secretarios, que no saben nunca nada de nada, le han cargado una guardia, y esa es la que ha quedado en blanco. ¿Me comprende us-

ted? Entonces, el oficial de tres galones ha puesto cuatro días de arresto. El funcionario de la administración le ha hecho notar que él no puede castigar a un médico que no tiene ninguna culpa. Lo que pasa es que el castigo ya ha sido llevado a la pizarra a nombre de un tal Bouin, y como es necesario que sea cumplido, parece ser que lo cumplirá usted..."

Yo tenía en la mano uno de esos palos a cuyo extremo los limpiasuelos fijan un pedazo de cera. Me quedé tan atontado que el palo se me cayó. Las paredes sonoras de la sala, subrayaron sin discreción aquella torpeza con un crujido tan estridente como el de una bofetada. Me sentí muy desgraciado.

—Vaya usted mismo a ver al oficial —me dijo con aire convencido el sargento, que, inquieto, tan pronto se apoyaba en una pierna como en la otra—. Yo tengo que marcharme en seguida para las firmas.

Le dejé alejarse. Cuando aquel excelente muchacho hablaba de firmas, era que necesitaba orinar, y esa es una necesidad tan dolorosa como respetable.

Puse en un rincón el cepillo y el palo de encerar, y me fui hacia las oficinas, abrochándome la guerrera con dedos temblorosos. Mi calma era sólo aparente, y me costaba un gran esfuerzo el conservar el dominio sobre mí mismo.

Conocía al oficial. Era un viejo alsaciano al que la guerra había arrancado de un Ayuntamiento en el que consumía los ocios de su jubilación. Hasta entonces no me había parecido hombre ruin ni fastidioso. No desesperaba de conmoverlo y de verle rendirse a la evidencia.

—¡Ah! ¿Es usted, Bouin? —dijo con calma—. Bueno, tiene usted cuatro días de arresto. Empezará usted al mediodía.

—Señor oficial —dije—. Yo soy, en efecto, Bouin, León Bouin y...

Me cortó la palabra:

—El nombre de pila no importa. En la pizarra no hay ningún nombre de pila. Allí dice Bouin. No hay más que hablar.

—Señor oficial, tengo mis días de guardia regularmente establecidos desde hace dos semanas. No me he fijado...

El hombre se enderezó sobre sus piernas, y vi que era de talla mediana, casi ridícula. Vino hacia mí farfullando con una cólera que se enzarzaba en su bigote.

—Se ha decretado un arresto —dijo—. Tiene que ser cumplido. ¡Pues bien! Usted lo cumplirá. ¿Cuál es su profesión?

—Profesor de matemáticas, alistado voluntario.

El añadió con aire concentrado:

—Porque se haya usted alistado voluntariamente no se vaya a figurar que va a escandalizar aquí. Los hombres como usted, que tienen instrucción, son los que deberían dar un buen ejemplo. Créame, cumpla sus cuatro días, amigo mío.

—Pero, señor oficial...

—Cúmplalos y créame, no es este el momento de propagar gérmenes de indisciplina, cuando aún tenemos al enemigo a las puertas de la capital.

—Pero, señor oficial, la disciplina...

Unas arrugas se dibujaron ordenadamente sobre su frente y alrededor de su boca. Luego gruñó con un tono ronco, profundo y triste:

—¡Qué sabe usted lo que es la disciplina! No será usted quien va a enseñármela... Cumpla sus cuatro días...

Por el ademán que acompañó aquellas palabras comprendí que debía salir. Y me vinieron a la boca unas palabras sorprendentes:

—Señor oficial, estoy decidido a presentar una queja al señor médico en jefe...

El renacuajo hundió sus puños en el papeleo.

—¡Está bien! ¡Está bien! ¡Como usted quiera! ¡Y es con gente como ésta que esperan obtener la victoria! ¡Salga! ¡Salga!

Tuve la impresión de que murmuraba, y me encontré en el corredor. Una cañería lo recorría a media altura y el agua se escapaba suavemente, con un pequeño susurro que parecía instalado en aquel silencio desde el comienzo del mundo.

Volví a mi servicio titubeando.

En aquella época, la tercera división tenía como médico a monsieur Briavoine. No pueden ustedes imaginarse qué hombre tan agradable y simpático era este eminente doctor. Tenía una manera encantadora de estar convencido de todo lo que decía y me gustaba de verdad ver sonreír los cien pliegues profundos de sus ojos y de su amplia frente desnuda.

Monsieur Briavoine estaba en su despacho cuando yo entré. Pero aquel día no florecía ninguna sonrisa en su rostro lleno de arrugas y de majestad.

—¡No, no! —estaba diciendo a sus ayudantes—. Dufrene tiene grado de general. ¡Perfectamente! Pero yo soy Briavoine. ¡Se acabó!

Un silencio respetuoso acogió aquella firme declaración. El

renombre de Briavoine se extendía más allá del continente. Se había especializado en el delicado arte de facilitar a los niños la entrada en el mundo, y gran número de princesas habían gemido dando a luz, entre sus manos, al coronado fruto de sus entrañas.

Yo estaba tan preocupado con mi aventura que empecé a vagar por la sala sin objeto real o aparente. Y, sin darme cuenta, pisé torpemente los pies de monsieur Briavoine.

—Preste atención, amigo — me dijo benévolamente aquel hombre cortés.

La gran urbanidad de monsieur Briavoine, la amenidad de su voz, la exquisita corrección de su gesto, actuaron sobre las heridas de mi amor propio como agua bienhechora. Me acurruqué con gratitud y modestia en un rincón de la oficina donde clasificaban los papelotes. Y pensé: "¡Qué correcto es este hombre desde todos los puntos de vista!"

Poco a poco, volví a recuperar el dominio sobre mí mismo, y presté a la conversación de los oficiales reunidos en la habitación, un interés que pronto se agudizó.

Se esperaba aquel mismo día la visita del médico inspector, general Dufrene. Aquel respetable personaje se comportaba en el ejército con un ardor y una autoridad dignas de los mayores elogios, y, sin embargo, era objeto de las más vivas críticas.

Monsieur Briavoine se quitó su guerrera galoneada. El oro y la plata adornaban sus bocamangas.

—Que me den una bata — dijo —. Monsieur Dufrene quiere ser recibido por subordinados vestidos de uniforme, pero los cuidados de nuestra profesión reclaman el uso de una bata.

Un ligero soplo de rebelión agitó la atmósfera de la pieza. Los ayudantes del doctor Briavoine dejaron oír un murmullo en el que había ironía, amargura y burla. Revestido de blanco, el jefe lanzó sobre su persona una mirada satisfecha.

—Voy a recibir a Dufrene con bata y sin quepis — declaró —; y si juzga conveniente objetar que eso no es reglamentario, encontrará al mismo tiempo que a un subordinado a un interlocutor. Sirvo a mi patria con el más indiscutible desinterés y no quiero ser importunado. He obtenido todo lo que pudiera desear. Tengo mi bastón de mariscal como oficial de complemento, y mis trabajos civiles me han valido todos los honores que pudiera pretender.

Mientras pronunciaba aquellas justas palabras, entró el profesor Proby. Era éste un hombre de elevada estatura, de pelo amarillo, y con una mirada tan impregnada de gravedad que rayaba

con el embobamiento. Se expresaba siempre vociferando, cortando su relato con tantas interjecciones y monosílabos, que cambiaban completamente el sentido del mismo. Se metió en la conversación con la gracia de un búfalo:

—¡Eso! ¿Qué es lo que dicen? Pero me importa un pepino... ¡Eso! El sabe muy bien que... ¿Qué? Yo soy Poul Broby, ¡sí, señor, yo, y soy de la Academia! Yo, allí dentro...

Era verdad. El profesor Proby honraba a la Academia con su colaboración. Golpeó el suelo con el pie, haciendo sonar sus espuelas chispeantes y saltar las piezas suntuosas de un atavío que había sacado del armario con ocasión de la gran guerra.

—¡Dufrene, eso! — repitió —. Yo siempre me he llevado bien con él. Pero no hay que... ¡Qué! Que no piense fastidiarnos. ¡Bueno!

Monsieur Briavoine, que era hombre de tacto, sintió que la conversación se desviaba. De un golpe de remo volvió el esquife al agua.

—No es cuestión de personas, es cuestión de principios. Nosotros no somos, como nuestros enemigos, un pueblo brutalmente sometido.

Esta consideración general perfumó de filosofía el aire soleado de la pequeña sala. Todas las fisonomías demostraron atención, y el espíritu de rebelión tomó un giro ordenado y serio.

Desde mi conversación con el oficial de administración, me danzaba en la cabeza una palabra, que repetía maquinalmente, y cuyas sílabas analizaba con obsesionante inquietud.

Tuve de pronto la impresión de que aquella palabra iba a ser pronunciada, que estaba madura, voluminosa, abundante, y que iba a salir de mi cabeza, escaparse y circular en todas las bocas que estaban hablando allí.

—No es posible — dijo monsieur Briavoine — pedir a los franceses que acepten pasivamente una autoridad sin control. Confieso, sin avergonzarme, que nuestra raza es la menos disciplinada del mundo, la más independiente.

—La autoridad es como el alcohol: un veneno que enloquece al hombre — dijo un joven que ocultaba detrás de sus gafas una mirada aguda.

—Ciertamente — contestó el jefe —. En cuanto a la disciplina...

Lancé un verdadero suspiro de alivio. Ya estaba. La palabra había salido y la sentí huir de mi interior con un sentimiento de

liberación y de curiosidad a la vez. Contemplé al ilustre ginecólogo con verdadero agradecimiento. Mi satisfacción interna fue tan grande que me tomé la libertad, a pesar del ínfimo grado de mi situación militar, de hacer al doctor Briavoine una señal de amplio asentimiento. Pero como, por humilde que sea, la aprobación siempre es agradable, monsieur Briavoine me obsequió, al pasar, con una de las sonrisas que llenaban su barba.

—La disciplina — manifestó — no es quizá una de las virtudes francesas. Pero, Dios sea loado, poseemos otras. Y nuestro espíritu crítico, por ejemplo, nuestro espíritu crítico, tan fino, tan perfectamente incisivo y delicado, vale tanto, por sí solo, permítanme afirmarlo, como todas las pesadas cualidades de nuestros enemigos.

La entrada del doctor Coupé había pasado casi inadvertida en medio de la atención general. Cogido entre las opiniones de sus colegas, este excelente anciano parecía una hoja tardía a la que la tormenta invita violentamente a romper sus ligaduras. Vaciló algunos segundos entre un terror innato hacia la autoridad y un cierto regusto por la querella. La impetuosidad de la opinión no le dejó libertad de optar; y la hoja seca se zambulló en el torbellino de la borrasca.

—Estamos dispuestos a dar nuestra sangre si nos la piden — dijo el doctor Coupé —. ¡Pero, diablos! ¡Que nos la pidan cortésmente!

—¡Eso! Es lo menos que puede pedirse. ¡Consideración! — gruñó el profesor Proby —. Yo soy muy disciplinado; a condición... ¡Vamos! A condición de que... ¡Bueno! Aquí pedimos atenciones.

—¿Saben ustedes lo que hizo Dufrene anteayer? — aventuró un imponente personaje que, mediante un sabio esfuerzo del cuello y de la mandíbula, procuraba aguantar su barba horizontal, porque en esta actitud ganaba una excepcional majestad —. Escuchen, pues...

Y se puso a contar, en medio de un concierto de protestas y de risas, el último escándalo incubado por aquellas imaginaciones que no quedaban saciadas con la lectura de los más gloriosos y más angustiosos comunicados de guerra.

Había en aquella pieza unos quince oficiales. Cuatro o cinco de ellos se contaban entre los que se llaman príncipes de la ciencia. La guerra me proporcionó una ocasión única de aproximarme a estas distinguidas personalidades, y les aseguro que experimen-

té una muy legítima emoción al oírles conversar tan libremente delante de mí.

La conversación de la mañana con el oficial de la administración me había sumido en un profundo desconcierto. Las matemáticas proporcionan al espíritu unas invencibles costumbres de orden. Desgraciadamente, soy soltero, Pero tengo, sobre la familia y la sociedad, unas ideas serias y razonables en relación con mis gustos y mi profesión. Sé que grandes y sabios matemáticos han podido soñar con triángulos que no tuvieran tres lados, o con líneas paralelas que acabaran encontrándose... Yo no soy capaz de seguir los pasos de estos maestros. Quizá, también tengo ya demasiada edad para aventurarme por tales derroteros. Pero, ¿qué queréis? Me encuentro satisfecho de mis conocimientos. Contemplando mi biblioteca, hojeando mis cuadernos, he sentido siempre una tranquilizadora impresión de disciplina. Por otra parte, el cultivo de las matemáticas da cierta lógica. Y lo que me había sucedido aquella mañana, no era lógico. Dicho de otro modo: aquello no era justo. Y la idea de que el reino del orden pudiera exigir una cosa ilógica, esto, aun en medio de los trastornos de la guerra, se me aparecía con la peor incoherencia.

Ya se concebirá, pues, la especie de alivio, y aun de embriaguez, que sentí al oír a hombres eminentes justificar la insumisión de mi conducta. Experimentaba un gozo mezclado de orgullo y de pavor supersticioso.

Poco a poco, noté que esta última emoción ganaba terreno sobre las demás. Temí tener demasiada razón; sin conocer mi causa, aquellos señores aportaban a ella un asentimiento demasiado fogoso. Aquella exaltación verbal de la indisciplina, me causó un malestar, de tan exquisito, casi angustioso. Reducido al silencio por respeto, no por ello dejaba de multiplicar mentalmente exhortaciones a la calma, y pensaba: "¡Atención! ¡Atención! ¡Sangre fría, caballeros, sangre fría!"

Tal era el estado de mi alma, cuando, en medio del tumulto de las voces, se oyó la llamada de una campana. La campana de la oficina de entradas. Entonces se hizo un extraño silencio.

—Señor —dijo el sargento que apareció en el umbral—, el coche del Inspector General está en la verja.

—¡Cielos! — pronunció el que todo el mundo llamaba familiarmente el tío Coupé.

Luego, con un gesto mecánico, se sujetó el quepis sobre la cabeza y dio un paso hacia la puerta,

—¿Adónde va usted? — preguntó el profesor Proby con tono ronco y poco seguro.

—Voy a recibirle a la puerta — replicó el buen hombre.

—¡Vaya! Como si no hubiera gente para eso. Nosotros podemos esperarle en nuestro servicio.

—De ninguna manera — dijo el tío Coupé —, las conveniencias...

—Es que a ese hombre, ¿sabe usted?, yo le llamo Dufrene a secas en la vida civil — gruñó el vejete del pelo descolorido —. Y pretendo que... ¡Sí! ¡Ahí dentro!

—Es una cuestión de cortesía — juzgó el doctor Briavoine —. Vamos a la puerta. A propósito, dénme mi guerrera.

—¿No quería usted, mi querido maestro, conservar su bata? — observó el joven de mirada aguda.

—Sin duda, pero temo enfriarme. Dénme también mi quepis. No puedo atravesar el jardín con la cabeza descubierta.

El doctor Briavoine se volvió hacia mí.

—Amigo mío — dijo —, busque los registros de observaciones y haga el favor de acompañarme.

Luego repitió, al cubrirse:

—Es inútil enfriarse.

Un cálido rayo de sol entró por la ventana entreabierta. Pensé que no tenía nada que temer del frío y cogí los registros.

El grupo de oficiales descendía ahora las escaleras con ruido de voces y de botas.

Me pareció que una ligera inquietud templaba el ardor de las conversaciones. Al llegar bajo las galerías, oí que monsieur Briavoine decía al doctor Coupé:

—Es la primera vez, desde la guerra, que veo al Inspector General.

Y añadió, no sin cierta gravedad:

—Vernier, ¿quiere usted subir y ver si la sala de los suboficiales está completamente limpia? Hace un momento, todavía había pedazos de algodón por el suelo.

—Para esto — decía entre dientes Proby —, no era necesario que viniera a molestarnos, porque... ¡Sí! ¡Así será recibido! Le diremos, ¿no es así?, le diremos todo lo que pensamos.

—Le diremos todo lo que haya que decir — replicó en doctor Briavoine con decisión —. Le diremos que el hospital está mal alumbrado, que los escapes de agua y de gas son innumerables, que las cocinas dejan mucho que desear...

—Yo —cortó el tío Coupé— pienso reclamar importantes modificaciones en la instalación de mi servicio.

Al llegar al principio de la avenida, el profesor Proby tuvo un repentino movimiento de humor y, llevando aparte a uno de los ayundantes que llevaba puesta una bata, le dijo:

—Usted, vaya en seguida a ponerse el uniforme. Será más conveniente.

El automóvil del Médico Inspector acababa de detenerse ante la puerta.

Se abrió, como una fruta seca que estalla, y expulsó su contenido sobre el asfalto.

¡Oh! ¡El sorprendente personaje! Era alto y de proporciones que me parecieron enormes. Un rostro cuadrado del modelo que se ha convenido en llamar marcial; rasgos profundos, en los que los dedos y las uñas del escultor debían haber pasado y repasado; sobre la nariz, el pulgar había insistido, arqueando y aplastando ligeramente la carne. Duros mechones blancos, de esa calidad que parece reservada a los militares ancianos. Bigote y perilla. Llevaba el antiguo uniforme de general, aquel que muchos abandonaron no sin pena, como las antiguas ideas. El oro, la pedrería, el terciopelo y las charreteras de seda, cubrían el torso de un fasto tal, que la imaginación apenas podía concebir, bajo aquel bárbaro esplendor, unos pulmones, unos músculos, unos huesos y una vieja piel recubierta de pelos grises.

De las espesas cejas se escapaba una mirada que era a la vez violenta, inquisitiva y animada de un indecible orgullo.

Avanzó en medio de un solemne silencio.

Yo esperaba un choque; pero a partir de aquel instante, las cosas sucedieron de tal forma que permanecen en mi recuerdo como envueltas en misteriosas brumas.

De un solo movimiento, todos los hombres allí presentes se colocaron en cierta posición, y les vi ejecutar el saludo militar según los principios que son enseñados pacientemente en todos los cuarteles a los reclutas campesinos.

Hubo imperceptibles contracciones en las caras. El fuego de los ojos se cambió por una expresión apagada y fija. Diez siglos de una costumbre impuesta y aceptada, entumecieron y helaron de súbito las articulaciones, los músculos, las almas.

Sopló una ligera brisa llevando en sus alas una hojas de cardo; viéndolas revolotear a la altura de mi nariz, blancas, suaves, imponderables, pensé, no sé por qué, en ese espíritu crítico tan fino,

tan perfilado, tan delicado... Desapareció en un remolino. Se oyó zumbar un gran insecto cargado de polen.

Yo estaba alelado. Transcurrieron unos interminables momentos hasta que el nevado bigote se decidió a soltar estas palabras: "¡Buenos días, señores!"

La visita empezó por las salas que los combates del Marne habían colmado de heridos. Allí reposaban hombres jóvenes que se habían encontrado cara a cara con la guerra y que parecían haberla reconocido tranquilamente, como al viejo demonio de la fábula. Desde entonces hablaron de ella, como siguen haciéndolo aún ahora, después que tres años de sangre, de sufrimientos y de crueldad los han diezmado, mutilado, roto.

Pero allí no se trataba de almas. Se retiraban las sábanas, se deshacían los vendajes y se ponían las heridas al aire. No se hablaba más que de sujetos y de lesiones.

Se inició una especie de discusión científica, que yo seguí con la más viva curiosidad. Ya he dicho que allí había príncipes de la ciencia. Llegaban a la arena con disposiciones de espíritu que encontré profundamente independientes, aceradas y hasta agresivas. Y auguré un buen torneo.

Monsieur Dufrene se inclinó hacia un muslo en el que la metralla había abierto un agujero negro y profundo.

—¿Qué pone usted ahí, Proby? — dijo.

El profesor Proby se lanzó a una explicación detallada sobre la forma que él tenía de tratar tales heridas:

—Esto —decía—; ahí tengo yo la costumbre, desde hace treinta años, de poner algodón, y he comunicado allí, a la Academia de Medicina... ¿Y qué? Nada me ha dado tan excelentes resultados, porque...

El interesante discurso había llegado a este punto, cuando vimos al inspector golpear secamente con su lápiz la mesilla de noche del herido.

—Rápido, Proby, amigo mío — dijo con voz calmosa y cortante.

Proby tuvo un ligero sobresalto y todavía titubeó:

—Desde hace treinta años, siempre he puesto mis algodones...

—Basta, Proby, esto se acabó. No pondrá usted más algodones en las heridas. Comprendido, ¿verdad?

Monsieur Dufrene volvió la espalda y se puso a examinar al herido siguiente.

Yo espiaba el rostro del profesor Proby. Estaba seguro de que

el respetable académico iba a saltar. La interesante y tan esperada controversia científica iba al fin, y en mi presencia, a cruzar las ideas como si fueran centelleantes espadas. Esperé reteniendo el aliento.

En medio de un religioso silencio, el académico respondió:

—Bien, señor.

Miré todas las caras, una por una. Me pareció que se había lanzado un guante y que alguien iba a recogerlo con audaz cortesía. Sin embargo, todos los ojos mostraron una expresión atenta y vaga. El profesor Proby dio algunos pasos detrás del Inspector. Repitió maquinalmente:

—Bien, señor Inspector.

Treinta años de práctica y de experiencia se desvanecieron como una luz muerta.

Monsieur Dufrene iba de cama en cama con pesada majestad: "Han hecho mal operando a este hombre — decía —. Hubiera sido mejor esperar". En otra parte, aprobaba: "He aquí un resultado que justifica nuestros grandes métodos". Pero, por lo general, criticaba abiertamente: "¿Por qué no han aplicado ustedes mi aparato, el aparato Dufrene? Quiero que se emplee ese aparato."

Entonces se elevó un murmullo de asentimientos y promesas. A todo, Proby respondía con exactitud: "Sí, señor Inspector General." El doctor Coupé, muy colorado, se confundía en aprobaciones que parecían excusas.

Yo observaba al doctor Briavoine. Movía regularmente la cabeza de arriba abajo, y murmuraba con dignidad: "Evidentemente, señor Inspector General..." "Comprendido, señor Inspector General..." Estas palabras volvían una vez y otra, sin cesar, a todas las bocas, se pronunciaban al menor monosílabo, articuladas con una rapidez tan mecánica que parecían atropellarse de manera que todas las frases, todas las réplicas, terminaban por este sonido ritual: "Señorinspectorjral."

Monsieur Dufrene a duras penas podía contener una especie de lirismo triunfante. Hablaba de sí mismo y de sus trabajos, con una frecuencia y una volubilidad crecientes. Me pareció que tenía tendencia a calificar de "muy franceses", de "nacionales" y, a veces, de "geniales", métodos e ideas que le eran estrictamente personales. De todos modos, este esfuerzo hacia la objetividad, no tenía con la modestia la más lejana relación.

En un momento dado, el monumental personaje vino hacia mí, sin verme, con una impetuosidad tal, que yo me aparté pres-

tamente, como ante un tren en marcha. Hasta llegué a pronunciar unas precipitadas palabras, que fueron estas:

—Perdón, señor Inspector General.

Nunca, en mi oscura vida de pedagogo, yo había tenido ocasión de ver de cerca y de oír discurrir a un militar de alguna importancia. Había tenido trato con reservistas que se disfrazaban en sus fechas señaladas; pero no conocía más que por la lectura o la imaginación, la varonil figura de un verdadero viejo soldado. Mirando y escuchando a aquel médico uniformado, yo me decía: "¡Al fin! ¡Este es de verdad!" Yo estaba atontado, aplastado, pero procuraba sacar de aquel estado de ánimo un elemento de seguridad, de confianza, y me decía a cada instante: "¡Qué atrevimiento! Pero, al menos, con tipos como éste, la victoria es segura."

El inspector había cogido una estilográfica y cubría las paredes de esquemas. Indicaba con fórmulas decisivas, cómo él entendía que se debía proceder desde aquel momento. Después de todas sus afirmaciones, la concurrencia salmodiaba el responso litúrgico: "Sí, señorinspectorjral."

—Es necesario —decía— que recuerden ante todo que son soldados. Al ponerse el uniforme, han contraído responsabilidades. La independencia científica debe inclinarse ante la necesidad de un método general. La experiencia personal debe abdicar forzosamente ante la disciplina.

Después de esta simple orden, la experiencia personal abdicó completamente ante la disciplina. Como un solo eco, la raza menos disciplinada del mundo respondió:

—Comprendido, señor Inspector General.

El joven con gafas estaba junto a mí, con las manos firmes, la mirada en la vaina del sable. Le oí murmurar al oído de su vecino esta extraña frase:

—Los tiempos evolucionan; el día de este hombre ha llegado.

Pero el vecino esbozó un gesto de impaciencia y el joven se inmovilizó en actitud de respeto.

Su frase me pareció inconveniente. Obtuvo, sin embargo, el resultado de hacerme salir de mi entorpecimiento y comencé a reflexionar con esfuerzo sobre el increíble fenómeno que se estaba desarrollando delante de mí.

Este fenómeno entraba en su fase crítica. El inspector visitaba una sala en la que se hacían curas.

—Esta pieza —dijo— es espaciosa y bien dispuesta. Fue

instalada según mis instrucciones en el año 95, cuando yo reorganicé este hospital. Verdaderamente, toda la casa está en buen estado. ¿Tiene usted algo que reclamar, Coupé?

El doctor Coupé enrojeció, se turbó y acabó por declarar:

—Nada en absoluto, señorinspectorjral.

Monsieur Briavoine, igualmente consultado, pareció reflexionar, y respondió que no había nada que hacer.

En cuanto al profesor Proby, salió de su modorra y se apresuró a tartamudear:

—Eso, aquí dentro todo va bien señorinspectorjral.

Recordé una frase del doctor Briavoine. Le veía abrocharse la bata diciendo: "¿Qué puedo esperar?" Ahora contemplaba su faz atenta y su actitud respetuosa con un profundo asombro. Miraba igualmente a sus colegas y, considerando a toda aquella gente que no esperaba nada de su renuncia, y que abdicaba tan totalmente, tan absolutamente, concebí por ellos una inmensa admiración, y pude entrever el sentido de la palabra disciplina. Pero los conceptos de la inteligencia son, a menudo, traicionados por otros impulsos menos nobles, porque en aquel mismo instante, a duras penas pude reprimir unos enormes deseos de reír.

Monsieur Dufrene se había detenido en el centro de un dormitorio. Cincuenta heridos se alojaban allí. Algunos hablaban en voz baja, otros gemían, y los demás se perdían en el delirio. El inspector dio una palmada y, en seguida, el silencio fue completo. La raza menos disciplinada del mundo dejó de delirar y de quejarse.

—¡Soldados! —dijo con voz atronadora—. El Gobierno de la República me ha enviado para ver cómo estáis atendidos. Por mi presencia podéis juzgar de la solicitud del gobierno de la República para con vosotros.

De un extremo a otro de la sala, las cabezas se levantaron, los cuellos se estiraron, y todos los que todavía tenían un poco de ánimo respondieron a coro:

—¡Gracias, mi general!

Dufrene se alejó. Detrás de él, la raza menos disciplinada del mundo se precipitó en buen orden por una escalera que conducía al jardín.

Yo seguí detrás, en el último lugar.

Las sombras de la escalera me rodearon y, ante mis ojos deslumbrados, se pusieron a danzar unos signos de interrogación multicolores. Al borrarse me puse a soñar en un gran teatro

donde los hombres aparecían por turno, decían lo que les habían enseñado, e iban a colocarse ordenadamente en su sitio respectivo, los unos para volver a hablar, los otros para danzar, los demás para llevar su carga, y en fin, otros también, para morir. En el frontis del teatro había grabada una palabra que yo no conseguía descifrar, pero que se me apareció de pronto luminosa al oír, a mi derecha, al joven de las gafas decir a su camarada en voz muy baja:

—Es un convenio, un gran convenio en medio de todos los demás convenios de la vida. Es un convenio muy curioso, pero no más que el que nos obliga a poner en un orden determinado tales o cuales palabras de la conversación.

Llegamos al jardín. La luz verde y ambarina de un hermoso fin de verano disipó los sueños.

El inspector había agrupado a su auditorio y decía:

—A usted, Coupé, le felicito calurosamente. Y, al hacerlo, no ignoro la profunda satisfacción que les causo.

Dufrene no se equivocaba, pues el excelente doctor Coupé enrojeció de placer hasta la misma raíz de sus cabellos blancos.

Hubo más felicitaciones. Hubo también quejas. Los que habían sido elogiados se encontraron rodeados de cortesanos. Los que habían recibido quejas conocieron la humillación y el aislamiento. Así, se vio al profesor Proby retirarse solo y avergonzado, como un colegial relegado al rincón.

Briavoine cerró con sus propias manos la portezuela del coche. Al arrancar el vehículo, se reprodujo de nuevo el fenómeno de los saludos. Los brazos izquierdos cayeron a lo largo de los cuerpos mientras que todos los brazos derechos se levantaban al mismo tiempo.

La raza menos disciplinada del mundo se inmovilizó en la actitud reglamentaria.

El automóvil partió zumbando.

—A pesar de todo, es un hombre notable — dijo el doctor Coupé, que parecía salir de un sueño.

Y repitió: "Sí, a pesar de todo!"

—Ha estado muy bien — confesó monsieur Briavoine.

Distinguí en el grupo al personaje de la barba horizontal. La hermosa barba parecía inclinarse sobre el pecho. La volvio a poner a su nivel con un deliberado movimiento de la mandíbula, y pronunció:

—Ha estado muy bien, desde luego. Pero no tendría pelos

en la lengua, si se presentase la ocasión, para decirle francamente lo que hiciera al caso.

—Muy acertado —dijo el doctor Briavoine—; no se debe obedecer hasta el punto de renunciar a la facultad de examen.

Todos tenían un aire de personas a las que un veneno sutil ha embriagado, pero que poco a poco van recuperando el sentido.

Un viento perfumado agitaba el césped. Vi pasar ante mis ojos a un loco granito de cardo, alado, algodonoso. Con gesto delicado, monsieur Briavoine lo atrapó y lo contempló soñadoramente mientras completaba su pensamiento. Dijo:

—La disciplina no excluye en nosotros el sentido crítico.

Y pude comprobar, en efecto, que el sentido crítico había vuelto.

El grupo se dispersó. Me quedé contemplando las puntas de mis zapatos. Los registros de observaciones me pesaban bajo el brazo, y yo intentaba comprender, comprender, cuando una pesada mano se posó en mi hombro.

—¡Vaya! ¡De manera que no está usted en el calabozo! ¡Está bien, está bien, amigo mío!

Rojo, apoplético, el oficial administrativo me consideraba con una mirada furiosa, en el fondo de la cual había una especie de lúgubre súplica. Añadió:

—Presente usted su queja. ¡Ya veremos!

Levanté la vista hacia el reloj de la fachada del edificio.

Entonces, juntando mis talones y llevando mi diestra libre a la altura del quepis, respondí sencillamente:

—Señor oficial, no presentaré ninguna queja. Son las doce menos cinco. A los doce estaré en el calabozo.

El rostro de bulldog se distendió. Creí que me iba a dar las gracias. Pero se contentó con mascullar:

—¡En buena hora!

Y se alejó. Me encaminé hacia el calabozo sin reírme.

Ya sabéis el resto. Pasé allí cuatro días y cuatro noches. Estábamos a mediados de setiembre. En aquellos días, los mejores soldados de Francia estaban cumpliendo un deber tal, que el país entero exhalaba un inmenso suspiro de alivio. Fue desde una humilde prisión que yo también me permití lanzar hacia aquellos hombres mi humilde acción de gracias. Durante aquellos cuatro días, reflexioné sobre más extrañas cosas. Pero ya os contaré esto alguna otra vez.

EL CORACERO CUVELIER

Me quedó grabada en el corazón la historia del coracero Cuvelier. Monsieur Poisson no era, ni pensarlo, un hombre malo. ¡Nada de eso! Pero era demasiado viejo, esta es la verdad. No hacía falta hacer la guerra con estos vejestorios. Ya se sabe lo que esto nos ha costado. Y lo más curioso, señor, es que todo el mundo lo reconoce, puesto que se llegó a mandar al Limousin a todos estos hombres, el uno detrás del otro. Pero, en fin, no hablemos de eso, que roza la política, y sé muy bien que no me concierne.

Por lo que se refiere a monsieur Poisson, tenía, sobre todo, un defecto. Bebía. Aparte de esto, ya os lo he dicho, no era ningún hombre malo. Pero, creedme, la pasta de un hombre, cuando está remojada por unas pocas o unas muchas copas acaba por estropear. Monsieur Poisson bebía, y eso es malo para una persona que ocupa un cargo importante.

Más que nada lo que había de especial en él, es que no era del mismo estilo que nosotros, los paisanos. Era una cosa completamente aparte. Por lo que se refiere a monsieur Poisson, el mundo está claramente dividido en dos bandos. Por un lado, todo lo que está por encima de él. Cuando se vuelve hacia este lado, saluda y dice: "¡Entendido, mi general!" "¡Comprendido, mi coronel!" Y luego, del otro lado, todo lo que está subordinado a él. Entonces, cuando mira hacia allí, enrojece y se pone a aullar: "¡Callaros! ¡Dejadme en paz!" Y toda clase de frases por el estilo. En el fondo, yo creo que tenía razón, y que es así como se debe ser en este oficio. Os lo repito, nada de malo, más bien tímido. Por eso gritaba primero, nada más que para demostrar que no tenía miedo.

Después de todo, eso es cosa de militares y a nosotros no nos incumbe. Hablemos de otra cosa. Yo tengo por principio no hablar jamás de cosas que son, en cierto modo, sagradas.

Lo que reprocho personalmente a monsieur Poisson, es haberme destinado al depósito de cadáveres, al "amphi", como él decía, a mí, que sé escribir en redondilla, en bastardilla, en gó-

tica, y de doce maneras más. A mí, que hubiera hecho un secretario tan bueno.

Imaginaos esta recepción: yo llego con mi casco, mi mochila y todo mi equipo. Me hacen entrar en una barraca y me dicen: "El señor médico en jefe está aquí."

Al principio no vi nada. Monsieur Poisson estaba hundido hasta los pelos entre papeles. Oí solamente una respiración asmática, semejante al ruido que hace el viento en las cerraduras. De repente sale de su nido y empieza a considerarme. Vi a un viejo hombrecillo, un poco grueso, de piernas cortas, que daba la impresión de no ser muy limpio en el cuidado de su persona, con las uñas ribeteadas de negro, demasiada carne en el dorso de las manos y de piel arrugada y llena de pecas. Me miró, pero fingiendo que no me veía. Yo sí le miré de frente y le vi muy bien. Una nariz llena de pequeñas varices, mejillas azuladas, demasiada piel colgando de la barbilla, y, debajo de los ojos, dos bolsas temblonas, semejantes a vasitos de licor, dos bolsas que daban ganas de pincharlas con un alfiler.

Me volvió a mirar, escupió en el suelo y dijo:

—Sí...

Yo respondí en seguida:

—Perfectamente, señor...

Entonces se puso a chillar, con una voz cascada llena de escupitajos:

—¿Es que le estoy hablando? ¡Déjeme en paz! ¡Ya ve usted que estoy hasta la coronilla con la ofensiva, y los heridos, y todo lo demás!

¿Qué creéis que debía responder? Me puse en posición de firmes y repetí:

—Sí, señor.

Y helo aquí que enciende un pitillo y empieza a hacer "¡hum!" "hum!", porque, ya lo habréis notado, tiene siempre el pecho espeso a causa del alcohol.

Entonces entró un oficial. Monsieur Poisson gritó:

—¿Es usted, Perrin? ¡Por Dios, amigo, déjeme tranquilo con todos estos líos! Ya ve usted que estoy desbordado de trabajo. Tenga, mire el papel. ¡Diecinueve! ¡No acabo! ¡Diecinueve!

El oficial me tomó por el brazo y dijo:

—Aquí tenemos a otro hombre para ayudarnos.

Y entonces, monsieur Poisson se aproximó, me miró por de-

bajo de la nariz y se puso a berrear, con un aliento que olía a fondo de tonel:

—¡Lárguelo al depósito de cadáveres! Hace falta alguien en el depósito de cadáveres. ¡Lárguelo al "amphi"! Ayudará a Tanquerelle. ¡Venga! ¡Al "amphi"! ¡Y basta ya de líos!

Diez minutos después, yo estaba destinado al "amphi".

Señor mío, aquello me entristeció. Tengo bastante buen carácter, pero, verdaderamente, no es vida el estar removiendo cadáveres todo el día. ¡Y qué cadáveres! La flor y nata del país. Pero todos tan deshechos que es imposible imaginar un más enorme estropicio.

Tanquerelle era un antiguo dependiente de charcutería. Y he aquí aún a otro aficionado a la bebida. Se le cargaban los más repugnantes trabajos porque bebía, y se le daba de beber con el pretexto de que hacía los más repugnantes trabajos. En fin, no hablemos de esto... ¡Esta cuestión del alcoholismo tampoco me importa, desgraciadamente!

Tanquerelle no era una compañía. Era una calamidad, una plaga, un mal bicho, como se dice vulgarmente. Cuando estaba sobrio, no hablaba. Pero jamás estaba sobrio. Lo más frecuente era que dijese toda clase de tonterías, de incongruencias de borracho muy desagradables de oír escuchar delante de los cadáveres.

Se dice, señor, que los cadáveres no tienen demasiada importancia y que cuando uno se acostumbra a vivir entre ellos, les considera poco más que como piedras. Pues bien, no era este mi caso. Todos aquellos cadáveres entre los que me pasaba los días, acabaron por ser para mí como compañeros. Había algunos que me gustaban, a los que casi lamentaba ver partir. A veces, cuando por descuido rozaba a alguno con el codo, tenía que contenerme para no decirle: "¡Perdón, amigo!" Los miraba y veía sus manos callosas, sus pobres pies destrozados a fuerza de haberse arrastrado por las carreteras, y todo aquello parecía hablarme al alma.

Veía una sortija en un dedo, un lunar en la piel, una antigua cicatriz, a veces hasta un tatuaje, en fin, cualquiera de estas cosas de las que el hombre no puede separarse ni aun en la muerte. Esos pobres cabellos grises, las arrugas de la cara, la huella de una sonrisa en los ojos y, más a menudo todavía, una huella de espanto. Y todo aquello hacía trabajar mi cerebro. Yo

leía su historia sobre sus cuerpos; pensaba en lo que habían bregado aquellos brazos, pensaba en lo que habían visto aquellos ojos, pensaba en que alguien habría besado su boca, que habrían presumido de su bigote o de su barba, sobre la cual, ahora, yo veía correr a los piojos espantados por el frío de la piel. Pensaba en todas estas cosas mientras les cosía dentro del grueso saco; y esto me hacía sentir una tristeza muy extraña, porque, en el fondo, no me disgustaba.

Pero me doy cuenta de que vuelvo a filosofar. ¡Silencio! Yo no soy un filósofo para permitirme aburrirle.

Me parece que le estaba hablando del coracero Cuvelier. Pues bien, volvamos a la historia del coracero Cuvelier.

Esta se remonta a los ataques del mes de mayo. Puedo asegurarle que no descansé durante aquel mes. ¡Los muertos que pasaron por mis manos! Que sus mujeres y sus madres estén tranquilas, pobres desgraciadas; cumplí con mi deber y a mi manera. Todos partieron con la boca cerrada por una venda y las manos cruzadas sobre el pecho. Siempre, claro está, que les quedaran una boca y unas manos. Y cubiertos cuidadosamente. No hablo de los ojos, porque ya no era yo quien podía cerrárselos. Era demasiado tarde cuando llegaban al "amphi".

¡Oh! ¡Qué bien cuidé a mis muertos!

Un día, sin embargo, me trajeron uno que no llevaba ficha. Tenía el rostro muy desfigurado y vendajes por todas partes, pero ninguna ficha, ninguna chapa en la muñeca.

¡Nada!

Lo puse aparte e hice prevenir al médico jefe.

Al cabo de un momento, la puerta se abre y monsieur Poisson se presenta.

Se encontraba siempre muy bien cuando ya tenía una copa dentro. Yo se lo notaba en la manera que tenía de toser, de escupir en el suelo y de manipular con su cruz, porque, sépanlo ustedes, era oficial de la Legión de Honor.

—¿Le sobra un hombre?

—Señor doctor, yo no sé si sobra, pero no trae ficha de identidad.

—Y no es eso todo —prosiguió monsieur Poisson—; veo que tiene usted aquí ocho cadáveres. A ver, espere...

Sacó de su bolsillo un pedazo de papel arrugado, lo volvió en todos sentidos, y lanzó unos gritos:

—¡Siete! ¡Siete solamente! ¡No tiene usted que tener más que

siete cadáveres! ¡Es usted un cerdo! ¿Quién le ha dado ese muerto? No lo quiero aquí. No está en mi lista. ¿De dónde viene ese muerto?

Yo empecé a temblar y contesté tartamudeando:

—No me fijé en los camilleros que lo trajeron.

—¡Ah! ¿No se fijó usted? ¿Y qué quiere usted que yo haga con ese muerto? Antes que nada, ¿cómo se llama?

—Precisamente, señor, no se sabe, puesto que no está identificado.

—¡No está identificado! ¡Vaya, pues, estamos frescos! Ya me conocerá usted, ya. ¡No me gustan estos asuntos! Y, para empezar, ¡sígame!

Y henos aquí de barraca en barraca, preguntando monsieur Poisson en cada puerta:

—¿Son ustedes los que nos mandan muertos sin papeles?

Ya comprenderá usted, que, interrogados de este modo, los subordinados de monsieur Poisson se desentendían, como suele decirse. Unos se burlaban por lo bajo, otros se asustaban. Y todos respondían invariablemente:

—¿Un muerto sin identidad? ¡Oh, señor, no es nuestro seguramente!

Poisson empezaba a respirar penosamente; zumbaba como un caballo extenuado, escupía por todas partes; su voz no se parecía a nada humano, a fuerza de colérica. Era una voz desgastada, agujereada, hecha jirones. A pesar de su mal carácter, aquel vejete acabó por darme lástima.

Volvió a la oficina, siempre seguido por mí, y se lanzó sobre sus papeles; removió allí dentro como un perro de aguas en el lodo. Luego, con cloqueos de furor, prosiguió:

—¡Mire! Han entrado 1.236. Han salido 561. ¿Comprende usted? A estas horas quedan aquí 674. Esto es: falta uno, que es el que sobra. Y no se sabe quién es. ¡Estamos frescos! ¡Estamos frescos!

Confieso que la seguridad de monsieur Poisson me impresionó. Sobre todo, me sorprendió la precisión de las cifras que daba. Es maravilloso, señor, ver el orden que reina en las cosas militares; siempre se puede decir exactamente, por ejemplo: De cien camillas hay veintitrés perdidas, ni una más, ni una menos: O bien; han entrado mil heridos, han muerto cincuenta, así es que los 950 restantes viven todavía. Bajo este punto de vista, este orden matemático, bien vale la pena de que se escriban todos los

papeles que se escriben. Al oír a monsieur Poisson hacer su cuenta, comprendí hasta qué punto mi desventurado cadáver estaba de más.

He aquí de nuevo a monsieur Poisson yendo de derecha a izquierda. Yo le seguía con la cabeza baja, y poco a poco me sentía ganado por su fiebre. Detenía a todos los oficiales:

—¡Estoy hasta la coronilla con tantos líos! Asegúrense de que este muerto no es de ustedes.

Entraba, incluso, en las salas de operaciones e interpelaba a los cirujanos:

—¿No será usted quien me ha enviado un muerto sin ficha?

Y cada vez volvía a sacar su papelito arrugado y añadía una raya, una cifra, una cruz.

Hacia la noche, fijó en mí sus ojos que parecían ribeteados con jamón de York y dijo:

—¡Usted, vuelva al "amphi"! ¡Ya sabrá quién soy yo!

Volví al "amphi" y me senté tristemente. Habían llevado tres nuevos cadáveres. Tanquerelle los metía en los féretros con ayuda del carpintero.

Sobre la mesa, amortajado provisionalmente con la tela de una tienda de campaña, el muerto desconocido esperaba una decisión. Tanquerelle, completamente borracho, cantaba el "Missouri", cosa muy poco apropiada para quien se ocupa de cadáveres. Fui a levantar aquella tela y contemplé el cuerpo helado. El rostro machacado estaba cubierto de trapos. Se distinguían algunos mechones de cabellos rubios. El resto, un cuerpo cualquiera, como el suyo o el mío, señor.

Había caído la noche. Se abrió la puerta y apareció monsieur Poisson con una linterna, acompañado de otro oficial. Parecía calmado y eructaba como hombre que ha cenado bien.

—Es usted un cochino —me dijo—; ni siquiera ha visto usted que ese cuerpo es el del coracero Cuvelier.

—Pero, señor...

—¡Cállese! Es el coracero Cuvelier.

Se aproximó a la mesa, examinó el cadáver y exclamó:

—¡Seguro! Es lo bastante alto para ser coracero. Vea usted, Perrin, el coracero Cuvelier entró anteayer en la ambulancia. Según los registros, no ha salido. Sin embargo, no está en tratamiento. Luego, ha muerto y es el que está aquí. ¡Está bien claro!

—Evidentemente —dijo Perrin— es él.

—¿No es verdad? —repuso monsieur Poisson—. Es Cuvelier.

Se comprende en seguida. ¡Pobre muchacho! Ahora, vamos a dormir.

Luego se volvió hacia mí:

—Usted, le meterá en un ataúd y pegará sobre la tapa: "Cuvelier, Eduardo, 9.° de Coraceros". Y, además, entérese. No quiero más líos como este.

Aquellos señores salieron. Yo metí en una caja al coracero Cuvelier y fui a echarme unas horas sobre mi camastro.

Al día siguiente por la mañana, me disponía a hacer cerrar el ataúd de Eduardo Cuvelier, cuando vi entrar otra vez a monsieur Poisson. No estaba tan calmado como la víspera por la noche.

—Espere antes de enterrar a ese buen hombre — me dijo.

Dio una vuelta alrededor del ataúd, mascó una colilla, sacó a relucir un catarro tan viejo como la humanidad. En fin, tenía un aire tan poco tranquilo que vi muy bien que no estaba decidido a lanzar a Cuvelier a la eternidad así como así. Aquello no marchaba bien, el muerto se atravesaba y no se dejaba engullir. Yo no sé si monsieur Poisson tenía una elevada idea de su deber, o era sencillamente que tenía miedo a las complicaciones, pero en aquel momento me inspiró una simpatía emocionada.

Se volvió hacia mí y, como no le gustaba estar solo:

—Venga — me dijo —, venga conmigo otra vez.

Y henos otra vez dando vueltas entre las barracas. Poisson entraba y decía:

—¿Pabellón 8? ¿Es un pabellón de heridos graves? ¿No tienen ustedes aquí al coracero Cuvelier?

La gente del pabellón se consultaba y respondía: "No".

Ibamos más lejos.

Poisson empezaba otra vez:

—¿Pabellón 7? ¿Tienen ustedes un tal Cuvelier, del 9.° de Coraceros?

—No, señor.

—¡Claro! — exclamó Poisson —. No pueden tenerlo si está muerto. Hago esto para tranquilidad de mi conciencia. Yo soy así.

Encontramos a Perrin.

—Mire usted, Perrin — le dijo el médico en jefe —, para estar completamente tranquilo, busco por las salas de los heridos graves. No soy un tonto. Puesto que está muerto, es que estaba gravemente herido.

—Evidentemente — dijo Perrin.

Cuando hubimos visitado todos los pabellones, Poisson se pavoneó, lo que hizo formarse toda clase de pliegues en la piel que colgaba debajo de su barbilla, y concluyó:

—¡Es Cuvelier! Eso es tener orden. Yo no soy como Pouce y como Vieillon, que son unos tanto-se-me-da.

—Quizá —dijo Perrin— debería usted preguntar también en "heridos leves", por prudencia.

—¡Bueno! Si usted se empeña...

Y nos dirigimos al pabellón de "evacuables".

Entramos. Hicimos la pregunta de ritual. Nadie respondió. Al momento de salir, monsieur Poisson repitió:

—¿No está aquí Cuvelier?

Y oímos gritar de repente:

—¡Sí! Cuvelier. ¡Presente!

Y un gran tipo de pelo rizado salió de su cama, agitando una mano con un pequeño vendaje.

Entonces las cosas se volvieron trágicas. Poisson se puso violáceo, como un hombre atacado de apoplejía. Escupió dos o tres veces seguidas. Se golpeó las caderas y dijo con un estertor:

—¡Vamos, está bien! ¡Tenía que estar vivo éste!

—Cuvelier —repuso el otro— soy yo.

—¿Eduardo Cuvelier?

—Sí, Eduardo.

—¿Del 9.° de Coraceros?

—Esto es, del 9.° de Coraceros.

Poisson salió como un loco, seguido de Perrin, y seguido por mí. Salió disparado hacia el depósito de cadáveres, se plantó ante el ataúd, babeó sobre su guerrera y dijo simplemente:

—Si éste no es Cuvelier, hay que volver a empezar.

¡Ay, señor! ¡Qué día! ¡Qué recuerdo!

La ofensiva continuaba. Los muertos llenaban el reducto que les estaba reservado. Pero la vida verdadera del servicio parecía en suspenso.

¿Ha visto usted a estos barcos que se detienen en medio del río, estorbando toda la circulación? Pues bien, el cadáver desconocido daba esa impresión. Había caído en medio de nuestra tarea y amenazaba con trastornarlo todo, empezando por la salud del desdichado monsieur Poisson, que hablaba de hacerse evacuar.

A todas horas venía a echar una mirada al cuerpo que empezaba a descomponerse suavemente. Lo contemplaba con fijeza, como esperando que la muerte renunciara a su silencio.

Después de comer tuve un momento tranquilo, mientras Poisson dormía la siesta. Hacia las seis reapareció y me costó trabajo reconocerlo. Tenía las manos casi limpias, llevaba un cuello blanco, la barba peinada, y su aliento era el de un hombre que acaba de lavarse la boca.

—¡Bueno! ¿Y qué? —me dijo—. ¿Aún no ha mandado usted cerrar el ataúd del alemán? Entonces, ¿es que es usted un vago?

—Pero, señor...

—¡Cállese! Y haga en seguida un cartelito: "Súbdito alemán, desconocido." ¿Entendido?

Monsieur Perrin acababa de entrar. Los dos oficiales miraron una vez más el cadáver.

—Está bien visto que es un "boche" — dijo monsieur Poisson.

—Sí, mire usted esos cabellos rubios.

—Perrin, debió usted pensarlo antes — añadió el médico jefe.

Ya iban a marcharse aquellos señores, cuando monsieur Poisson se volvió.

—Después de todo, sáquelo usted del ataúd. Puesto que es un alemán se le enterrará sin féretro, como de costumbre.

CIVILIZACION

Habría que saber a qué llamáis civilización. Yo creo que bien puedo preguntárselo a usted. En primer lugar porque es usted un hombre inteligente e instruido y, en segundo, porque no hace usted más que hablar de esta famosa civilización.

Antes de la guerra, yo era preparador en un laboratorio industrial. No era un mal empleo. Pero yo le aseguro a usted que, si tengo la triste suerte de salir vivo de esta catástrofe, no volveré allá. ¡El campo! ¡La campiña pura! ¡Algún sitio bien alejado de todas las sucias fábricas, un sitio donde jamás vuelva a oír el ruido de vuestros aviones y de todas vuestras máquinas, estas máquinas que antes me divertían, antes, cuando aún no sabía nada de nada, pero que ahora me causan horror, porque son el espíritu mismo de esta guerra, el principio y la razón de esta guerra!

Odio al siglo XX, como odio a esta Europa podrida y al mundo entero sobre el cual esta desdichada Europa se ha extendido como una gran mancha sucia y grasienta. Sé muy bien que es un poco ridículo salir con frases tan grandilocuentes como esta. Pero tampoco le cuento estas cosas a todo el mundo, y, además, tan ridículo es esto como puede serlo cualquier otra cosa. Se lo repito, me iré a la montaña y procuraré estar tan solo como me sea posible. Había pensado retirarme donde viven los salvajes, los negros, pero ahora ya no hay ni negros de verdad. Toda esa gente monta en bicicleta y pide ser condecorada. No, no iré donde viven los negros, hemos hecho todo lo posible para alucinarlos. Lo he visto muy bien en Soissons...

En la primavera de este año, yo estaba en Soissons, con todo el G.B.C. Adivino que esto de G.B.C. no le dice gran cosa, pero esto también se lo debemos a la civilización. La civilización vuelve a reconstruir la torre de Babel, y pronto los hombres habrán envilecido su lengua materna, hasta el punto de hacer de ella un dialecto telegráfico, sin sabor y sin belleza.

La retirada alemana había llevado la línea hacia Vauxaillon y Laffaux, y allí se combatía regularmente. En un sector de combate, una posición como el molino de Laffaux es como una espina en medio de una llaga. Prolonga la inflamación. Hacia principios de mayo, hubo un gran ataque contra este molino, y casi todo mi grupo hubo de pasar a primera línea.

—Usted, sargento —me dijo el oficial—, se quedará en el hospital, y se encargará de las camillas del A.C.A. Ya le daremos gente.

Ahora ya estoy al corriente de las sutilezas del lenguaje militar. Al oír que se me daría gente, comprendí muy bien que no habría nadie, y, en efecto, me quedé a la cabeza de cuatro hombres de desecho, especie de cretinos cacoquímicos que nadie quería emplear.

Desde el sábado, los heridos llegaron a centenares. Y yo comencé a amontonarlos metódicamente en las salas del A.C.A.

A decir verdad, el trabajo no iba bien. Mis camilleros, extenuados, se acoplaban mal, tropezaban como rocines y hacían aullar a los heridos. Merodeaban al azar en la enorme aglomeración de trabajo, y todo el A.C.A. pataleaba de impaciencia, como una fábrica de carne humana que no recibe sus materias primas y da vueltas en el vacío.

Tengo que explicar qué es un A.C.A. En el argot de la gue-

rra, eso significa "autochir"; dicho de otro modo, lo más perfeccionado que se ha inventado como ambulancia. Es el colmo de la ciencia, como los cañones de 400 sobre la vía férrea. Esto sigue al ejército con motores, máquinas a vapor, microscopios y laboratorios, es decir todo un equipo de hospital moderno. Es el primer gran taller de reparación que el hombre herido encuentra al salir del taller de trituración y de destrucción que funciona en el extremo opuesto. Allí se llevan las piezas más averiadas de la máquina militar. Unos obreros hábiles se arrojan encima de ellas, las derraman a gran velocidad, y las examinan con competencia, como se haría con un freno hidroneumático, o con una culata. Si la pieza está seriamente averiada, se hace lo necesario para asegurarle una reforma conveniente; pero si el "material humano" no está absolutamente fuera de uso, se le remienda con cuidado para ponerlo en servicio a la primera ocasión, y eso se llama "la conservación de los efectivos".

Ya os lo he dicho, el A.C.A. tenía trepidaciones de máquina que funciona para nada. Mis camilleros le aportaban, con torpezas de recaderos borrachos, algunos heridos que inmediatamente eran digeridos y eliminados. Y la fábrica continuaba zumbando, como un Moloch al que se le ha abierto el apetito con los primeros vapores del sacrificio.

Yo había recogido una camilla. Ayudado por un artillero que había sido herido en el cuello, y que no pedía otra cosa que hacerse útil, esperando ser operado, dirigí mi equipo a través del tumulto. Entonces pasó, con su rostro solícito y sonriente y casco en la cabeza, una especie de general razonable que dijo: "Sus camillas no marchan bien. Voy a enviarle ocho malgaches. Son excelentes camilleros."

Diez minutos después, mis malgaches estaban allí.

Para ser más exactos, era un conjunto de negros entre los que predominaba el elemento malgache, una serie de muestras descontadas del primer Cuerpo colonial que, en aquellos mismos momentos, pegaba de firme ante Laffaux. Había algunos sudaneses sin edad, arrugados, tenebrosos, escondiendo bajo la guerrera reglamentaria unos torsos patinados que olían a cuero, a sudor y a aceites exóticos. En cuanto a los malgaches, eran unos hombres de talla mediocre, de aspecto desmedrado, que parecían fetos negros y serios.

Toda aquella gente se puso al trabajo, y, siguiendo mis órdenes, empezaron a llevar heridos, flemática y silenciosamente,

como si estuvieran transportando paquetes de algodón en un muelle.

Yo estaba satisfecho, o, por mejor decir, tranquilizado. El A.C.A., saciado, trabajaba a plenas mandíbulas, y tenía el ronroneo de las máquinas bien cuidadas que chorrean aceite y cuyas piezas brillan deslumbradoras.

¡Brillar! La palabra no es excesiva. Quedé deslumbrado al entrar en la barraca de operaciones. Había llegado la noche, una de las más cálidas noches de aquella primavera hermosa y brutal. El cañoneo tenía estremecimientos como de gigante enfermo. Las salas del hospital rebosaban de un sufrimiento agitado y confuso, en el que la muerte trabajaba para poner orden. Aspiré fuertemente la oscuridad del jardín, y, como he dicho, entré en la barraca de operaciones.

Había varios departamentos. Aquel en que yo me encontraba formaba un saliente en el flanco del edificio. Reinaba allí un calor de horno. Unos hombres lavaban, cepillaban y frotaban con minuciosidad una cantidad de instrumentos relucientes, mientras otros avivaban unos fuegos que tenían el color descolorido de lámparas de soldar. Había gentes que entraban y salían sin cesar, llevando unas cajas planas, ceremoniosamente y con los brazos extendidos, como maîtres de hotel consagrados a los ritos de la mesa.

—Hace calor aquí — murmuré por decir algo.

—Pase al lado; allí estará mejor — me dijo sonriendo burlonamente un renacuajo barbudo.

Levanté una cortina con la impresión de penetrar en el pecho de un monstruo. Frente a mí, elevado como un monarca sobre su trono al que se ascendía por algunos escalones, reconocí el corazón del personaje. Era lo que se llama un autoclave, una especie de inmensa marmita en la que se hubiera podido cocer fácilmente un buey entero. Yacía boca abajo y dejaba escapar una bocanada de vapor perturbador y monótono que hacía perder la noción del espacio y del tiempo. Aquel ruido infernal cesó bruscamente, y esto me pareció como si fuera el fin de la eternidad. Encima de la máquina, un cargamento de escalfadores continuaba haciendo gárgaras y escupiendo. Semejante a un timonel, un hombre manejaba un gran volante, y, destornillada de pronto, la tapa de la caldera dio vuelta dejando ver un vientre de fuego del que salían toda clase de cajas y de paquetes.

Al calor de horno había sucedido una temperatura húmeda, abrumadora de baño turco o de estufa.

—¿Dónde operan a los heridos? — pregunté a un muchacho que lavaba unos guantes de goma en una gran palangana de metal.

—Por allí, en las salas de operaciones, pero no entre usted por este lado.

Me volví a hundir en la noche, como en un baño de frescor, y enfilé hacia la sala de espera al encuentro de mis camilleros.

Traían en aquel momento todo un lote de coraceros. Una división de "caballería de a pie" no cesaba de entregarnos sus hombres desde por la mañana. La mejor gente de Francia había caído a centenares, y allí estaban esperando como estatuas rotas cuyos restos todavía son valiosos. ¡Dios mío! ¡Qué fuertes y magníficas criaturas! Tenían unos miembros tan poderosos y unos pechos tan anchos que no podían creer en la muerte y, al sentir gotear de sus heridas su sangre rica y generosa, conjuraban con blasfemias y risas los desfallecimientos de su carne rota.

—Por mí — decía uno de ellos — que hagan lo que quieran de mi persona, pero dormirme con cloroformo, no. ¡Eso sí que no!

—Sí, todo lo que quieran — decía otro —; todo menos la amputación. Yo necesito mi pata, aunque sea estropeada. ¡La quiero!

Aquellos dos hombres salían de la sala de radiografías. Iban desnudos debajo de una manta, y llevaban prendidos con alfileres, en sus vendajes, unos manojos de fichas abigarradas con croquis y fórmulas, algo así como un comentario algebraico de sus heridas, la expresión en cifras de su miseria y del desorden de sus órganos.

Hablaban de aquel primer viaje al laboratorio como niños bien educados, que reconocen que el mundo moderno ya no sabría vivir ni morir sin la minuciosa disciplina de la ciencia.

—¿Qué es lo que te ha dicho el médico de los rayos X?

—Ha dicho que es un eje anteroposterior... Ya me lo figuraba.

—Lo mío es en el vientre. El ha dicho "abdomen", pero yo sé muy bien que es en el vientre. ¡Ah! ¡Dios del cielo! Pero yo no quiero que me duerman, eso de ninguna manera.

La puerta de la sala de operaciones se abrió en aquel momento, y un diluvio de luz invadió la sala de espera. Una voz gritó:

—¡Los siguientes! ¡Y el del vientre primero!

Los camilleros negros ajustaron sus correas y los dos habladores fueron metidos dentro. Yo seguí las camillas.

Imaginad un bloque luminoso, rectangular, engastado en la

noche como una joya entre carbón. La puerta se cerró y me encontré aprisionado dentro del resplandor. En el techo, un toldo inmaculado difundía la claridad de las lámparas. El suelo, plano, elástico, estaba sembrado de trapos rojos que los enfermeros recogían prestamente con las pinzas. Entre el techo y el suelo, cuatro formas extrañas que eran hombres. Iban completamente vestidos de blanco y sus rostros estaban cubiertos con máscaras que, como las de los tuaregs, no dejaban ver más que los ojos. Mantenían en el aire y separadas, a la manera de los danzarines chinos, sus manos enguantadas de goma, y el sudor perlaba sus frentes.

Se percibía la trepidación sorda del motor que suministraba la luz. Alimentado de nuevo, el autoclave llenaba el universo con su queja estridente. Unos pequeños radiadores resoplaban como animales acariciados a contrapelo. Todo aquello semejaba una música bárbara y grandiosa, y la gente que allí se agitaba parecía ejecutar con armonía una danza religiosa, una especie de ballet severo y misterioso.

Los camilleros se infiltraron en medio de las mesas, como piraguas en un archipiélago. Colocados sobre unos paños, los instrumentos tenían el relampagueo de vitrinas de orfebrería. Los pequeños malgaches maniobraban sus fardos con precaución y docilidad. Se detuvieron cuando se los ordenaron, y esperaron. Sus cuellos, delgados y negros, embriagados por las correas y sus dedos, crispados en los palos de las camillas, hacían pensar en monos sagrados, amaestrados para transportar ídolos. Los dos coraceros, enormes y pálidos, rebasaban sus camillas con los pies y la cabeza.

Hubo los movimientos de ritual y los heridos se encontraron sobre las mesas.

En aquel momento, mi mirada se cruzó con la de uno de los negros y sentí una especie de malestar. Era una mirada tranquila y profunda, como la de un niño o un perro joven. El salvaje volvía suavemente la cabeza a derecha e izquierda, y consideraba los seres y los objetos extraordinarios que le rodeaban. Sus pupilas sombrías se detenían ligeramente sobre todas las piezas maravillosas de aquel taller donde se reparaba la máquina humana. Y aquellos ojos, que no traslucían ningún pensamiento, no por ello eran menos inquietantes.

Por un momento, pensé tontamente: "¡Qué asombrado debe de estar!" Pero esta necia preocupación me abandonó, y no sentí más que una invencible vergüenza.

Los cuatro malgaches salieron. Experimenté cierto alivio. Los heridos parecían atontados, estúpidos. Unos enfermeros se agitaban a su alrededor, les ataban las manos, las piernas y les frotaban con alcohol. Los hombres enmascarados daban órdenes y evolucionaban alrededor de las mesas, con los movimientos mesurados de ministros oficiantes.

—¿Quién es el jefe aquí? — pregunté muy bajo a alguien.

Me lo mostraron. Era un hombre de estatura mediana, estaba sentado, levantaba sus manos enguantadas y dictaba algo a un escribiente.

La fatiga, el deslumbramiento de las luces, el cañoneo, el rumor de industria que reinaba allí, todo contribuía a proporcionarme una especie de lúcida embriaguez. Permanecí inmóvil, embargado por una tormenta de reflexiones. Todo lo que me rodeaba estaba hecho para el bien. Era la réplica de la civilización a sí misma, la reprensión que daba a sus desbordamientos destructores. Era necesaria toda aquella complejidad para anular un poco el mal inmenso engendrado por la época de la maquinaria. Me acordé, una vez más, de la mirada indescifrable del salvaje, y la emoción que sentí estaba mezclada de piedad, de cólera y de repugnancia.

El que me habían designado como jefe había terminado de dictar. Permanecía en su posición hierática y parecía soñar. Noté que, tras sus gafas, ardía una hermosa mirada grave, mezcla de serenidad, de ardor y de tristeza. Casi no se veía nada de la cara, la mascarilla ocultaba la boca y el mentón; pero las sienes mostraban algunos cabellos tempranamente encanecidos, y una gruesa vena se hinchaba sobre la frente, traicionando los esfuerzos de una voluntad en tensión.

—El herido duerme — murmuró alguien.

El cirujano se aproximó a la mesa. El herido dormía, en efecto; y vi que era aquel mismo que había declarado tan enérgicamente que no quería que lo cloroformizaran. El pobre hombre no se había atrevido a balbucear su protesta. Cogido en el engranaje, había sido dominado en seguida, y se abandonaba a los apetitos de la mecánica, como un lingote de metal tragado por los laminadores. Y además, ya sabía él que todo aquello era por su bien; puesto que es a eso a lo que el bien ha quedado reducido.

—Sargento — me dijo una voz —, no se puede estar sin gorro en la sala de operaciones.

En el instante de salir, volví a mirar otra vez al cirujano. Estaba inclinado sobre su tarea con una aplicación de la que, a

pesar de la bata, la mascarilla, los guantes y todo el aparato exterior, se desprendía cierta ternura.

Pensé con fuerza:

—¡No! ¡No! ¡Este no se equivoca!

Y me encontré otra vez en la sala de espera que despedía olor a sangre y a guarida de fieras. Una lámpara velada mantenía una claridad mortecina. Unos heridos gemían, otros charlaban a media voz.

—¿Quién habla de tanques? —decía uno de ellos— ¡A mí me han herido en un tanque!

Se hizo un ligero y respetuoso silencio. El hombre, que estaba medio enterrado entre vendajes, añadió:

—Reventaron nuestro depósito de esencia. Tengo las piernas rotas y la cara quemada. ¡Sé muy bien lo que es un tanque!

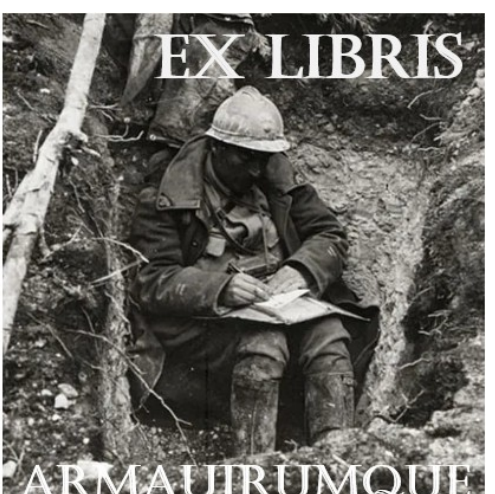
Dijo aquello con un acento extraño, en el que reconocí la vieja plaga de la humanidad: el orgullo.

Al ir a salir, mi mirada se detuvo en la sombra, detrás de un montón de camillas. Había dos negros allí. Pensé que dormitaban, pero tuve tiempo de ver una cosa extraordinaria: volviendo la espalda a los heridos, saciaban, cada uno para sí, con una especie de lúgubre indiferencia y como monos en la jaula, una pasión solitaria.

Me encogí de hombros y me fui a fumar una pipa en el seno de las tinieblas. El mundo me parecía confuso, incoherente y desgraciado; y estimo que realmente es así.

Créame, señor, cuando hablo con lástima de la civilización, sé lo que me digo; y no será la telegrafía sin hilos lo que me hará cambiar de opinión. Es tanto más triste cuando que no hay nada que hacer; el mundo rueda por una pendiente contra la cual es imposible luchar. ¡Y sin embargo...!

En la civilización, en la verdadera civilización, yo pienso muy a menudo. Es, en mi espíritu, como un coro de voces armoniosas cantando un himno, es una estatua de mármol sobre una colina reseca, es un hombre que dijera: "¡Amaos los unos a los otros!" o "¡Devolved bien por mal!" Pero hace casi dos mil años que no hacemos más que repetir estas cosas, y los príncipes de los sacerdotes tienen demasiados intereses en el siglo para concebir otras semejantes.

Nos equivocamos sobre la felicidad y sobre el bien. Las almas más generosas también se equivocan, porque muy a menudo el silencio y la soledad les son rehusados. He mirado muy bien el

monstruoso autoclave colocado en su trono. Y, de verdad os lo digo, la civilización no está en este objeto, como tampoco está en las pinzas brillantes de que se sirve el cirujano. La civilización no está en toda esta terrible pacotilla. Si no está en el corazón del hombre, pues bien, entonces es que no está en ninguna parte.